Xóchitl Patricia Campos López

LA FAMILIA REVOLUCIONARIA EN MÉXICO

LA GOBERNABILIDAD FACCIONALISTA DE LA ÉLITE DEL PODER

Montiel & Soriano
EDITORES

La Familia Revolucionaria en México

La Familia Revolucionaria en México

Xóchitl Patricia Campos López

Montiel & Soriano
EDITORES

La Familia Revolucionaria en México
Xóchitl Patricia Campos López

Primera Edición: Marzo, 2021
ISBN: 978-607-8728-46-6

Montiel & Soriano Editores S.A. de C.V.
15 sur 1103-6 Col. Santiago
Puebla, Pue.

Diseño de portada: Mario Luna Cholula

ESTA OBRA HA SIDO DICTAMINADA FAVORABLEMENTE POR
PARES ACADÉMICOS MEDIANTE UN SISTEMA DOBLE CIEGO.

Esta obra puede ser compartida con completa libertad
por cualquier medio existente, siempre y cuando se haga
referencia a los autores, y no se modifiquen los contenidos.

Impreso y Hecho en México / *Printed and bound in Mexico*

Poco nos queda y, ¿qué vamos a dejar a nuestros hijos? ¿Nuestros odios y nuestras desavenencias? ¿Aceptarán ellos esa triste herencia? ¿Hemos de condenar a nuestros hijos a que continúen odiando a los que fueron nuestros enemigos?

No tenemos derecho de amargar a nuestras gentes cuando estamos a punto de partir para siempre.

Carrancistas, obregonistas, villistas y zapatistas, revolucionarios todos de México, antes de despedirnos para siempre, ¡démonos un abrazo de hermanos!

Gral. Francisco G. Urquizo

Índice

Prólogo 6

Introducción 25

Capítulo I. La tripulación revolucionaria 29

Capítulo II. Hacia la isla de la fantasía 47

Capítulo III. El extravío 64

Capítulo IV. El amotinamiento 77

Capítulo V. La hecatombe 89

Capítulo VI. Selección, estructuración y cohesión de la familia revolucionaria 122

Conclusión 138

Fuentes 145

Prólogo

El nacionalismo conservador revolucionario

Diego Martín Velázquez Caballero[*]

Introducción

Las elecciones de 2018 para la presidencia de la república se tornaron en uno de los escenarios más polémicos en las sucesiones políticas del México contemporáneo. Se reanudó el ambiente de rijosidad y confrontación de 2006; sobre todo, porque uno de los protagonistas de aquellas elecciones que provocaron la fractura del país, nuevamente participó en la lid: Andrés Manuel López Obrador. Entonces como ahora, prevalecen algunos de los prejuicios sobre el líder de Morena (Movimiento de Regeneración Nacional). Sin embargo, el contexto ha cambiado. El regreso del PRI se develó como uno de los períodos más corruptos en la historia mexicana. A la docena trágica de los gobiernos panistas hay que sumar la corrupción sin precedentes en el sexenio del Grupo Atlacomulco y el descrédito del orden neoliberal mexicano frente a Estados Unidos.

El realineamiento político actual termina por definir la confrontación entre los principales proyectos del país: el nacionalismo revolucionario y el neoliberalismo tecnocrático. Para estudiosos de la cultura como Samuel Huntington (1996), México vive una profunda esquizofrenia civilizatoria dado el intento de guardar un equilibrio entre una desconocida tradición y una, todavía mayor, incógnita modernidad. No es la primera ocasión que el recelo entre costumbre y actualidad surge en el país. Este nudo tiende a resolverse mediante un trance violento; por ello, la modernidad mexicana se pude definir como reaccionaria o dialéctica. John Womack (1989), Rhina Roux (2005) y Germán Pérez Fernández del Castillo (2008) señalan que las revoluciones o revueltas mexicanas ocurren cuando se genera la injusticia y pérdida del sentido de comunidad. El villismo y zapatismo son expresiones de esta modernidad resistente que caracteriza a México. Luego entonces, ¿dónde se puede ubicar a López Obrador en esta perspectiva maniquea de la historia nacional?

[*] Profesor de la FDCS-BUAP.

El trabajo de la Dra. Xóchitl Patricia Campos López ayuda a entender el sistema político mexicano en los momentos previos al transfuguismo político que ha tenido la democratización mexicana. La hipótesis respecto al régimen actual, donde predominan priístas de todos los partidos políticos se ve enriquecida por la cuestión del cambio en las camarillas y facciones del sistema político mexicano. Es indudable la colonización priísta de los partidos políticos mexicanos; como rezaba la tesis del ilustre Daniel Cosío Villegas: sólo el PRI le gana al PRI. Y vaya que los yunques priístas azules y pricomunistas amarillos han aprendido la lección. El mérito del PAN, PRD, PVEM, MORENA, etc., es postular priístas. Sin embargo, en el devenir de los tiempos transitológicos también se hace necesario observar las diferencias, continuidades y discontinuidades que el PRI ha tenido.

En 1980 ocurre un cisma importante al interior de la Familia Revolucionaria entre políticos y tecnócratas. La sangría de priístas evidenciaba la resistencia a que la política se doblara ante la crematística. El PRI se tecnocratizó y alcanzó colores cada vez más blanquiazules; aun cuando, si bien es cierto, uno de los primeros tecnócratas posrevolucionarios fue el panista Manuel Gómez Morín –inspirado en el primorriverismo–, los panistas en general poco dominaron la técnica. Los disidentes priístas se acercaron a partidos políticos sociales que coincidían con sus artes populistas. El conflicto interno priísta generó una movilidad donde los políticos perdían espacios frente a los especialistas liberales de la economía; empero, todos iban a integrarse con los otrora partidos opositores.

Con todo, el PRI no se extinguió entre la derecha e izquierda mexicana. Al contrario, ha seguido siendo fuente de cuadros políticos para los institutos representativos de los extremos ideológicos en el país. Comentaba un compañero investigador: la oposición siempre ha sido segundona y morrallera del PRI, en todo este tiempo no se han animado a formar cuadros profesionales ni a tener proyectos propios para el país.

La cultura política priísta sobrevivió el tránsito de la hegemonía a la oposición y, aun cuando su regreso a la presidencia de la república no reinstauró su preeminencia política, sigue siendo el principal instituto que cuenta con la estructura electoral, corporativista y caciquil para determinar el apoyo de quien ocupe la primera magistratura del país en 2018.

Esta división de cuadros políticos ha marcado las alternancias y el ritmo de la transición política mexicana desde 1988. La pugna entre la tecnocracia y los políticos ha servido para que la oposición y los poderes fácticos sobrevivan en el conflicto de las facciones. Ha sido también el principal fardo para que la democracia no se consolide en el país. La batalla entre dinosaurios y yuppies ha permitido que la partitocracia secuestre el orden de la sociedad mexicana. Los técnicos y rudos han

hecho uso semejante de la informalidad corporativista y delincuencial para proteger sus intereses en detrimento de la nación y de la sociedad.

Para 2018, hasta ahora, el proyecto presidencial de MORENA parece estar alcanzando un punto de apoyo incontenible. Las camarillas y facciones que integran el proyecto nacionalista-populista-político-social están consolidando una ruta hacia el triunfo electoral que anule el control tecnocrático del país. El agotamiento del conjunto tecnócrata-conservador-neoliberal-derechista, que inauguró José Córdoba Montoya después de la muerte de Luis Donaldo Colosio, no ha encontrado al personaje ideal que, como Ernesto Zedillo, Vicente Fox, Felipe Calderón y Enrique Peña, logren conjuntar los intereses de sus diversos grupos para mantenerse en la presidencia de la República. Ahora, el transfuguismo probablemente beneficiará a Andrés Manuel López Obrador. ¿Sucederá con MORENA lo mismo que con el PAN?

Modernidades y Conservadurismos en Disputa

Andrés Manuel, más que un proyecto político, es una inercia histórica: la gleba contra el privilegio indigno. Al observar la cantidad de desajustes y divergencias en la trayectoria del país, resulta obvia la condición de caudillismo que la sociedad mantiene. Es que América Latina y México, particularmente, son espacios de enormes injusticias. Perviven fenómenos que confunden a los científicos sociales: faccionalismo, señorío, despotismo, cacicazgo, patrimonialismo, castas. El cesarismo populista es una conducta propia de sociedades inmaduras; sin embargo, tal situación tampoco debe constituir un prejuicio al respecto de los individuos que comulgan con el proyecto de López Obrador. Esta coyuntura no es otra cosa que el conflicto normal entre populismo y liberalismo en una sociedad fragmentada, cuasifeudal que transita a una era industrial (Badie y Hermet, 1996). México no es una sociedad completamente rústica o tradicional; empero, en muchos sentidos, aún no es una nación urbanizada con ciudadanía plena y, tampoco, una democracia consolidada.

En el arar del tiempo mexicano los grupos políticos han sido modernizadores, progresistas y conservadores según la conveniencia política y las posibilidades sociales. De acuerdo con Francois Xavier Guerra (1992), México anhela una modernidad a la norteamericana; a pesar de ello, su esencia es una modernidad a la francesa, es decir, contradictoria y ambigua que necesariamente tiene que desarrollar su propio estilo. El proceso de cambio social no ha sido un contínuum con el mínimo de contradicciones, sino un devenir zigzagueante de avances, retrocesos, conversiones, reconversiones e inversiones. Y, acaso, de Francia sólo está el germen iracundo, pues de la modernidad mexicana no se sabe bien adónde va. A veces, se califica de modernidad tramoyista, pues no siempre es completa y guarda significativos rescoldos de conservadurismo.

Una de las últimas modernidades forzadas fue la llamada por Carlos Salinas "Liberalismo Social"[1] que, según afirmó, se basaba en la tradición mexicana del siglo XIX y que, supuestamente, estaría inclinada a favorecer las masas mediante el Programa Nacional de Solidaridad, desarrollado por un gigantesco aparato burocrático que subsiste como clientelismo gubernamental. Con este esquema, más que imponer un proyecto radical de reforma, Salinas buscaba un acercamiento gradual a la liberalización política, con el propósito de mantener la mayor cohesión posible dentro del aparato gubernamental del PRI y, a la vez, responder, aunque parcialmente, al clamor de cambio por parte de los partidos de oposición.

Esta liberalización parecía, por el contrario, más una regalía y excusa del régimen para cambiar de fracción en el poder y profundizar en el proyecto económico neoliberal. Posteriormente, otras reformas importantes serían la inserción de México en la OCDE (Organización de Comercio y Desarrollo Económico), la Independencia del Banco de México, la privatización de paraestatales, la creación de una política social racionalista, la inducción de capitales a México, entre otras. Llevar a la práctica este modelo fue una tarea difícil que se mantuvo al margen hasta que los viejos políticos vieron peligrar su posición.

Carlos Salinas de Gortari estableció su política económica como el principio reivindicador de un nuevo nacionalismo: "Modernización Nacionalista". De la Madrid y Salinas estuvieron alejados, ciertamente, del Nacionalismo Revolucionario. En sus hechos y palabras solo enuncian el ritualismo revolucionario para legitimarse con sus correligionarios, pues en la práctica aplicaban al país una serie de principios distinta: "El priísmo, desde 1982, prácticamente viró a la contrarrevolución, con el ascenso de los neoliberales al poder, una vez que Echeverría y López Portillo habían cerrado el ciclo de la posrevolución mexicana, con excesos de populismo y una corrupción que se extendió hasta el Neoliberalismo de Miguel de la Madrid, el Salinismo y el Zedillismo" (Cepeda Neri, 1998).

A esta perspectiva se ha opuesto Andrés Manuel López Obrador durante el desarrollo de su carrera política. Aunque no se identifica propiamente como populista, antineoliberal o globalifóbico, su trayectoria nace en el modelo del nacionalismo

[1] Carlos Salinas habló del Liberalismo Social como el Liberalismo triunfante del siglo pasado; estableció 12 grandes temas: soberanía, estado, justicia social, libertades, democracia, educación, campo, indígenas, alimentación, vivienda, salud y calidad de vida, y nacionalismo. Este término pertenece originalmente a Jesús Reyes Heroles, quien lo identifica como el liberalismo mexicano y dice que se aparta del liberalismo doctrinario en materia económica y social.

revolucionario que fue un elemento primordial en la evolución del Partido Hegemónico u Oficial.[2]

El Nacionalismo Revolucionario es la estrategia que en 1920, en el II Congreso de la Internacional Comunista, promulgó Lenin para introducir el comunismo en Iberoamérica; fue la estrategia del marxismo-leninismo para apoderarse del continente, según lo explica Eudocio Ravines (1983: 3): "Lenin definió la Primera Fase de la Revolución en América Latina y denominó a esta etapa Nacional-Revolucionaria, esclareciendo que ella no era comunista, ni debía ser confundida con el socialismo (la Revolución en los países atrasados será de carácter Nacional Revolucionaria)". Es contrario a la economía de mercado, en lo político, a la república democrática, en lo social, al libre asociacionismo. Es antónimo a la propiedad de los medios de producción y a la libre concurrencia de los agentes económicos a los mercados (economía de mercado). Es inverso, también, al gobierno desde el pueblo (democracia), y al gobierno cara al pueblo (república). Es refractario, por último, a la organización espontánea de la sociedad de abajo hacia arriba (libre asocianismo). Merced a esta Liberación Nacional, el país se verá liberado de tres enemigos considerados fundamentales por el Comunismo: 1) El Imperialismo Yanqui como fuerza financiera y política, y las empresas norteamericanas establecidas en el país. 2) Las oligarquías entreguistas al servicio del imperialismo y la cauda de sirvientes de la oligarquía y lacayos del imperialismo. 3) El reformismo democrático, sus promotores y partidarios (Andrade Martínez, 1998).

La tesis teórica del Nacionalismo Revolucionario se atribuye a Manabendra Nath Roy, un anarquista hindú al servicio del gobierno prusiano que estaba interesado en traer agitadores a México para que provocaran un conflicto en la frontera norte, con el objeto de distraer a los Estados Unidos e impedir su intervención en la Primera Guerra Mundial.[3] La actividad intelectual de Manabendra no se redujo al ámbito mexicano, sino que influyó en el Partido del Congreso de la India, en el Kuomingtan de China y

[2] El Partido Hegemónico se disfrazaría de liberal, nacionalista, conservador, populista, neoliberal y, ahora, hasta panista. Fue el camaleón de las ideologías.

[3] Respecto del objetivo inicial de Manabendra Nath Roy en su llegada a México, es aún difícil establecer un patrón sustantivo. Las principales corrientes que analizan a este personaje consideran que su llegada a México estuvo inspirada en los siguientes elementos: Financiado por el Gobierno de Prusia para provocar un conflicto con los EU y evitar su ingreso en la 1a Guerra Mundial; Financiado por el gobierno soviético para extender las redes del comunismo; Apoyado por el gobierno prusiano, para dirigir desde México revueltas en la India contra los ingleses. Se puede establecer, sin embargo, que dichas estrategias estuvieron apoyadas por Manabendra en diferentes momentos. Algunos autores que ratifican la participación de este personaje en México son Jorge G. Castañeda (1994), Luis Javier Garrido (1982), Enciclopedia México y Valentín Campa, según una entrevista dada a la Revista Proceso (1978).

en el Partido Comunista de la URSS. Elaboró una teoría sobre los partidos políticos que, más tarde, incidiría en las estrategias revolucionarias, sobre todo a partir del Segundo Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en Moscú, con la presencia de Lenin. Manabendra expuso su proyecto, que consistía en la creación de Partidos Políticos con tres características:

1) Que fuesen Nacionalistas;
2) Con carácter Revolucionario;
3) Con el objeto de mantener a los grupos revolucionarios en el poder y transformar a la sociedad gradualmente en revolucionaria.

Se ha denominado a Lázaro Cárdenas como el máximo exponente del Nacionalismo Revolucionario, pero es necesario aclarar que un Nacionalismo Revolucionario diferente y no, tal cual lo había ideado Manabendra Nath Roy, ni como lo habían venido practicando los otros revolucionarios. Puede afirmarse que Cárdenas modifica al Nacionalismo Revolucionario, inclinándose más por el modelo socialista (a su manera), confirmando esto por los cambios que hubo en cuanto al Partido y a los actos de Gobierno: "El justicialismo de Cárdenas consolidó la dominación de las Clases Medias mediante la alianza entre el Partido de la Revolución Mexicana y la sucesora de la CROM, la CTM. Ésta se organiza bajo el comando de Vicente Lombardo Toledano, lugarteniente de Morones, quien acepta reemplazar al equipo anarquista por comunistas y hombres de Moscú. Esta alianza canceló la persecución religiosa, encendió el nacionalismo antiimperialista, desenvolvió un limitado movimiento de tímida reforma agraria y consumó la nacionalización de los consorcios petroleros extranjeros. Esta alianza político-sindical impuso su hegemonía absolutista en toda la vida nacional, anuló la oposición, montó la maquinaria electoral del actual PRI (...)" (Ravines, 1954:88). Las acciones del gobierno cardenista –la Reforma Agraria, la Expropiación Petrolera, la Educación Socialista, etc.– permiten hallar tintes de un nacionalismo radical dentro de su política, aunque también se da la existencia de factores para poner en tela de juicio esta aseveración.[4] Cárdenas, después de todo, tuvo

[4] Afirma Alejandro Guillén Reyes en su obra: "A pesar de sus simpatías por las huelgas, por la nacionalización de algunas industrias y el reparto agrario cabe señalar que existieron hechos que pusieron en duda la praxis roja del Gral. Lázaro Cárdenas, al menos durante su mandato: a)Después de la crisis política de 1935, Cárdenas dio marcha atrás a la política antirreligiosa al nombrar a Saturnino Cedillo (quien en San Luis Potosí se caracterizó por ser defensor de la libertad religiosa) como Ministro de Agricultura en sustitución de Tomás Garrido Canabal, un callista que se caracterizó por sus abiertos ataques contra la Iglesia. Cárdenas envió a Garrido Canabal a Costa Rica, con lo cual desarticuló a los paramilitares 'Camisas Rojas'. Este

movimiento lo realizó al mismo tiempo que derogaba la ley que prohibía la circulación de la literatura religiosa por correo. También nombró presidente del partido a Emilio Portes Gil, quien tenía fama de ser adversario de los rojos. b) Aun cuando Cárdenas era partidario de la educación socialista cabe señalar que la reforma al artículo 3 Const., en donde se promulgó que dicho tipo de educación sería impartida por el Estado y que las escuelas privadas sólo podrían establecerse siempre y cuando aceptaran los libros de texto y la actitud laica del gobierno, fue aprobada antes de que Cárdenas tomará posesión como Presidente. Al aplicarla durante su sexenio las consecuencias fueron desastrosas: varias escuelas cerraron, maestros de prestigio se rehusaron a impartirla y terminaron renunciando o siendo despedidos. Los acontecimientos ocurridos el 30 de marzo de 1936 en San Felipe Torresmochas, Gto., donde un maestro fue asesinado, hicieron que Cárdenas suavizara la aplicación del artículo 3, haciendo que la educación socialista ya no fuera antirreligiosa ni un asunto prioritario. Al respecto, y de manera irónica, Krauze escribe lo siguiente: Durante su periodo la querella en torno a la educación socialista estuvo a la orden del día, muy ligada a la oratoria de la época: congresos, debates, polémicas, discursos de Lombardo Toledano, amenazas, homenajes a Lenin, el aniversario de la Revolución Rusa elevado a fiesta nacional en el calendario de la SEP, confusión en los programas, los maestros, los padres y los niños; dudas sobre cuál sería el sentido racional y exacto del universo al que crípticamente se refería el art. 3, mítines, fundación de la Universidad Obrera, obreros vestidos de universitarios, universitarios vestidos de obreros, nuevos discursos de Lombardo Toledano... Kilómetros de tinta y bla, bla, bla. Desde el punto de vista de una posible sociología del conocimiento no es casual que naciera una estrella. Cantinflas. [...] Cárdenas podía detener la persecución religiosa pero no el bla, bla, bla ni la educación socialista. En el fondo veía a ésta como un objetivo menor. (Enrique Krauze: Lázaro Cárdenas, General Misionero. Colección Biografía del poder N.8 Ed. FCE). c) En cuanto al aspecto económico, Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer proporcionan los siguientes datos: de 1935 a 1940 el PIB creció 27% pero con variaciones notables dentro del periodo. Entre 1935 y 1937 el crecimiento fue constante, pero entre 1938 y 1940 la economía prácticamente se estancó debido a la destrucción de la Hacienda (efecto de la reforma agraria) y la expropiación petrolera con su respectiva represalia internacional (la cual afectó tanto la venta de combustible como de minerales y se creó un clima de desconfianza para las inversiones privadas) a pesar de esto la producción manufacturera creció el 53%. El país inició la sustitución de importaciones y el uso intensivo de la capacidad instalada. La producción industrial para el consumo interno creció. El Proyecto original de Cárdenas era construir un México de Ejidos y pequeñas comunidades industriales. La industria estaría al servicio de la sociedad agraria. En la práctica esto no ocurrió. La industria creció sin supeditarse a la agricultura e incluso empezó a sustituir importaciones de bienes de consumo. En la década de los treintas figuran los nombres de empresarios como Rómulo O´Farrill, Gastón Azcárraga, Garza Sada, Benjamín Salinas, Joel Rocha, William Jenkins, Carlos Trouyet, Harry Steele, Antonio Ruiz Galindo, Eloy Vallina, Emilio Azcárraga, entre otros. En un ambiente cargado de frases anticapitalistas, verbalmente propicio a la construcción de un México de y para los trabajadores, la incipiente burguesía nacional, industrial y comercial se afianzó sin grandes dificultades. La utopía cardenista era desbordada y negada por la realidad. No pasaría mucho tiempo antes de que esa burguesía en marcha –no los ejidatarios ni las cooperativas– se volviera el eje del proceso económico mexicano con el

que adaptarse a las circunstancias. Después de la Presidencia, Cárdenas mantendría importantes nexos e influencia soviética.

El desarrollo capitalista mundial obligó a su sucesor a buscar una política de conciliación con tintes nacionalistas no tan fundamentales y rígidos. Se inició un programa industrializador, como actualización de las estrategias geopolíticas, que llevaría a México a establecer un sistema capitalista, dando un radical giro al proyecto nacionalista revolucionario: "Cuando el general Ávila Camacho asumió la presidencia fue claro para muchos mexicanos que el camino hacia la construcción de un socialismo mexicano había terminado. Y con esto se dio por concluido que al finalizar los seis años de gobierno del Presidente Lázaro Cárdenas y por consiguiente de esa histórica etapa Cardenista llegaba a su fin también la Revolución Mexicana" (Abrego, 1994:67). Sin embargo, el nacionalismo no cambio del todo. Con la venida del modelo de "Sustitución de Importaciones" se incorporaba al nacionalismo revolucionario una nueva forma de justificación.

En el "Desarrollo Estabilizador". Según lo afirmaba Camacho, "los dirigentes del sistema político habían reconocido el peligro: o se diseñaba una estrategia económica que limitara la inflación y acelerara el crecimiento económico, o el sistema tendría que descargar eventual y crecientemente en una sola de sus piernas: la coerción. El proyecto para poner fin a la insurgencia obrera fue, precisamente, el desarrollo estabilizador" (Camacho, 1977: 632), esta etapa constituye un segundo respiro para el proyecto nacionalista, traducido en el aspecto económico de la Teoría Presbichiana de la Sustitución de Importaciones. Es con los gobiernos de Luis Echeverría y López Portillo cuando el nacionalismo regresa al marco de la izquierda: "Al margen de cualquier discusión de orden doctrinario que uno pudiera tener del nacionalismo revolucionario, lo que se propuso en 1970 fue brincar al futuro brincando al pasado, es decir, vamos hacia adelante regresándonos a 1929, porque el nacionalismo revolucionario estaba concebido en función de una sociedad que tenía las características de México en los años veinte, así el pretender mantener esa teoría significaba no aceptar que el país se había transformado (...)" (Manuel Díaz Cid citado en Necoechea y Martínez, 1997: 359).

En México, los mejores frutos del nacionalismo revolucionario han sido, en lo económico, una economía mixta sumamente gubernamentalizada; en lo político, un

---

decidido apoyo del Estado (Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer. A la Sombra de la Revolución Mexicana. Ed Cal y Arena). d) El otorgamiento de asilo político a León Trotski (1936) y la condena a la invasión de la URSS sobre Finlandia por parte del gobierno mexicano (diciembre de 1939) hicieron que las fuerzas comunistas en México se dividieran. Por todo esto el gobierno de Cárdenas ha sido calificado como paternalista, populista, nacionalista revolucionario, a su manera, socialista, pero no marxista-leninista o comunista" (Guillén Reyes, s/f: 52-55).

sistema político presidencialista y monopartidista; en lo social, la manipulación corporativista, de arriba hacia abajo, de la sociedad. Ello es a lo que quieren regresar algunos priístas identificados extravagantemente como "dinosaurios". Los gobiernos priístas adoptaron de una manera radical el aspecto discursivo, pero aplicaron a su manera el nacionalismo revolucionario. La ideología del PRI no fue propiamente rígida en la realidad, pues lo que distingue al Sistema Político es su pragmatismo.

El modo populista del nacionalismo revolucionario le permitió al PRI construir su hegemonía. ¿A qué se debe que este proyecto tenga vigencia en el país? ¿López Obrador es el Príncipe del Populismo, el Mesías Tropical que cambiará el incipiente pluralismo democrático por el Tabasco de Tomás Garrido Canabal? Andrés Manuel se dice protector de un proyecto social que ha tratado de restaurar el México profundo desde hace un buen número de años. Pretende resolver uno de los principales problemas de México: la justicia social. Desde tiempos inmemoriales, el pueblo tiene una serie de demandas que, gobierno tras gobierno, no han podido ser resueltas: libertad, alimentación, derecho, educación, seguridad y respeto. ¿Andrés Manuel representa la posibilidad de que estos clivajes puedan ser eliminados y, a su vez, se regenere la vida con mayor equidad para todos?

Como en 1994, México se encuentra frente al dilema de la integración con la globalización de tipo occidental y el regreso a la vocación profunda. El 2018 será un espasmo para la identidad de México.

Políticos contra Tecnócratas

La llegada del neoliberalismo enfrentó directamente a los Dinosaurios y los Tecnócratas. De la Madrid llega a la presidencia rodeado de numerosos cuestionamientos lanzados, sobre todo, por algunos miembros de la Familia Revolucionaria que lo consideraban un tecnócrata y no un político. En paralelo, enfrenta una enorme crisis económica y política.

> (...) desde mediados de los ochenta la división entre tecnócratas y políticos estaba alimentando la tensión en todo el sistema. En parte, era simplemente un problema de grupos: el grupo de políticos estaba descontento porque ya no gozaba de la influencia y los privilegios tradicionales, mientras que el grupo de tecnócratas estaba deseando consolidar su nuevo dominio del poder. Pero el problema implicaba también un choque entre dos visiones diferentes del país, que se simbolizaron en dos epítetos políticos nuevos, populismo y tecnocracia (Riding, 1985:101).

De la Madrid y su equipo adoptaron el modelo tecnocrático y trataron de aplicarlo de la misma forma que en Europa; pero encontraron la resistencia de los "dinosaurios"[5], término que comienza a utilizarse en esa época para indicar a los grupos de echeverristas y a los alemanistas (más adelante hankistas), es decir, nos encontramos con el encumbramiento de los economistas neoliberales frente a los militares, abogados, economistas populistas y burócratas.

Un efecto de esta circunstancia será la unión tácita de dos proyectos que anteriormente habían estado confrontados (echeverristas y alemanistas, populistas y modernizadores), pero frente a un enemigo común luchan en la misma trinchera. La llegada de Salinas a la candidatura tan anhelada por los políticos mexicanos significó una ruptura al interior del PRI.

Desde finales del siglo XX, Manuel Camacho Solís entendió que el colapso en el control político del régimen era un elemento a tomar con seriedad a causa de la ineficiencia económica contextual y el cambio social. Por tal razón, el grupo de tecnócratas y la implantación de un nuevo modelo económico iba a permitir que las élites políticas se renovaran y que el régimen adquiriera los insumos necesarios para tener clientelas electorales efectivas.

La trayectoria del grupo compacto ha sido reseñada como una historia exitosa. Una revolución silenciosa (Rousseau, 2002) que modernizó México de una forma incomparable. Sin embargo, en la perspectiva de la larga duración, éste ha sido uno de los dilemas constantes en el diseño gubernamental del país. En realidad, la ruta crítica del grupo "Política y Profesión Revolucionaria" se ha ensayado en varias ocasiones y tiene que ver con el ejercicio político desde el exterior. El control político colonial en su máxima plenitud. Erika Pani (2002) y Silvestre Villegas (1997) han insistido en la configuración política de los liberales moderados, positivistas, científicos, tecnócratas que siempre han tratado de imponer criterios de racionalidad liberal, pero que, invariablemente, terminan en gobiernos draconianos que generan abuso, corrupción e impunidad.

> El gobierno de los técnicos sucede cuando individuos con adiestramiento y experiencia en las ciencias y en las técnicas (generales o particulares, y físicas-experimentales o sociales), y sin experiencia política, ocupan las posiciones dentro del aparato gubernamental con

[5] Este calificativo se utilizó para señalar a los nacionalistas y tradicionalistas de la Familia Revolucionaria. En general, eran los enemigos del proyecto económico de los tecnócratas neoliberales. Sin embargo, también servía para nombrar a los políticos de la vieja guardia que se veían desplazados por los jóvenes educados en el extranjero. Hankistas, echeverristas, se referían a facciones y feudos de poder más que a proyectos políticos, los echeverristas dirigidos quizá a una economía centralmente planificada y los hankistas a una economía monopólica.

> poder para decidir o determinar de manera sustancial la dirección del gobierno (Morales, 1994: 17).

De forma constante, ha habido en México una élite que guarda un escaso sentimiento nacional y, no obstante que se hacen aparecer como reformadores, siempre resultan mercaderes que apuestan por una modernización conservadora que sigue los guiones de las potencias occidentales y los mercados financieros, aun cuando ello implique el sacrificio de una gran parte de la sociedad. Estos tecnócratas se acercan al hispanismo fascista, al monarquismo y a la ultraderecha si es necesario. Los tecnócratas llegan a considerarse una casta o dinastía que se reserva todo el derecho de excluir y eliminar a sus adversarios. Para reafirmar esta postura, Lindau señala una característica que puede diferenciar a ambos bandos en México:

> Suele definirse a los tecnócratas mexicanos como aquellas personas con estudios de posgrado (en su mayoría economía y de universidades extranjeras), que han hecho la mayor parte de su carrera en el sector financiero del gobierno [lo que] significa que la parte medular del debate sobre los tecnócratas en México es en realidad un análisis de las consecuencias del ascenso de los economistas al poder (Lindau, 1993:10).

Se considera que los tecnócratas han ganado cada vez más poder y han desplazado a los políticos tradicionales de la élite gobernante. Esto ha estrechado la base de reclutamiento del gobierno y restringido las vías de acceso al poder; por ende, se considera que ese hecho tiene implicaciones profundamente elitistas.

> El dominio tecnocrático sobre la política corresponde a un período muy definido que abarca los años ochentas y parte de los noventas. Fue la sustitución de los regímenes autoritarios tradicionales y de las dictaduras militares sudamericanas [...] El tecnócrata es conservador. Funciona como en una teocracia. Piensa que solo él sabe qué es la globalización. Sus verdades son absolutas [...] los tecnócratas son hombres profundamente unidimensionales. No están dotados para el quehacer político (Aceituno, 1997: 13).

Estos especialistas del gobierno se constituyen como una aristocracia técnica del poder. Son capaces como asesores gubernamentales, pero no tienen la conciencia del orden profundo que guardan las cosas verdaderas del país. Aun cuando los liberales moderados son gradualistas, sus proyectos siempre se terminan involucrando en forma arriesgada con los proyectos colonizadores de potencias imperialistas. De ahí que su forma despótica y alejada culmina siempre con la radicalización de los movimientos sociales que se rebelan frente a la modernización y sus proyectos. Ésta es la gobernabilidad colonial, inspirada en proyectos hispanistas o norteamericanos, a la que

el país se ha enfrentado desde siempre. La élite de los liberales moderados del siglo XX, como dice Bonfil Batalla (1987), perteneció a ese México Superficial que no comprende al México Profundo. Este grupo siempre ha pensado en la necesidad del apoyo exterior para mantener un orden modernizador autoritario.

La liberalización económica fue extraordinariamente rápida con Salinas, pero afectó notablemente a la élite priísta al impactar de forma negativa a sus sectores, teniendo el efecto de fragmentarla; de ahí que los obstáculos más importantes a la liberalización política en México estuvieran al interior del Partido Oficial.[6] Los intereses de los líderes sectoriales se ven amenazados directamente por un sistema político más competitivo. Durante este periodo las elecciones estuvieron marcadas con frecuencia por lo que parecían ser graves conflictos entre las preferencias y los objetivos de la organización del PRI a nivel nacional y los de los órganos del partido.[7]

Uno de los cambios políticos más notables que el sistema político experimentó fue la ampliación de aquello que Linz (1987) llamó "pluralismo limitado", que podría denominarse competencia limitada, pero que en el caso de México fue más que limitada, pues los vínculos de Acción Nacional y el PRI generaron alternancias simuladas basadas en la concertacesión, pero cambios políticos finalmente que terminarían por distinguir, más que dos partidos, dos proyectos de nación. La etiqueta partidista fue suplantada por la pertenencia a uno u otro México, el moderno o el tradicional. La competencia limitada, no obstante, tuvo como consecuencia el socavamiento de las reglas[8] del sistema autoritario que proveían certeza a los

[6] Los principales barones de la clase política mexicana que no habían apoyado plenamente a Carlos Salinas de Gortari veían en el nuevo modelo económico la venganza por su deslealtad. Pero, además, las diferentes organizaciones corporativas, sindicatos, confederaciones campesinas y populares también se sentían desplazadas con la modificación del sistema de premios y recompensas bajo el que habían cobijado su apoyo político. Carlos Salinas de Gortari estableció una regeneración completa de las estructuras de gobierno y de los puestos en el partido, consideraciones que se analizarán más adelante.

[7] La XIV Asamblea del PRI fue un fracaso para Salinas, quien advierte la imposibilidad de realizar la reforma del Estado. Frente a ello, decide realizar primero la reforma económica, postergando la política en forma indefinida. El inicio del sexenio salinista contempló un acontecimiento inédito: el primer gobernador de oposición en la historia postrevolucionaria de México. A Baja California le siguieron otros estados, de jure o de facto.

[8] La ausencia de un grupo estable de reglas políticas, tanto formales como informales, abre la puerta para el desequilibrio político. Una consecuencia práctica de ese desequilibrio es la inestabilidad, que crea incertidumbre en las actividades políticas y sociales. La incertidumbre propia de la competencia democrática dislocó las relaciones de obediencia, lealtad y subordinación que caracterizaron al sistema político mexicano. Los vínculos entre los diferentes estratos del régimen eran fluidos gracias a la certidumbre que proporcionaba el autoritarismo (la principal certeza era de gobernar, aunque a ésta ha de añadírsele también la

participantes. Viejos recursos volvieron a tener sentido, entre ellos, eliminar violentamente a los adversarios políticos. La descomposición política se sumó a otra fuente de violencia que ya estaba presente a lo largo y ancho del país: el narcotráfico.[9]

El matrimonio salinista PRI-PAN conformó esta élite de liberales moderados que siempre se pensaron al servicio del extranjero. A esta forma de gobernar se deben las revoluciones. Su modernización siempre es expolio, abuso, injusticia y servilismo al exterior. Carlos Salinas abjuraría de su proyecto al tiempo en que se escinde el Grupo Tecnócrata y el Grupo Atlacomulco se apodera del control priísta. México no sólo representa un paso difícil a la modernidad sino una auténtica desesperación.

Conclusión. AMLO, ¿pejelagarto, camaleón o dinosaurio?

La multiculturalidad que distingue la condición mexicana no es la única responsable de la modernidad desgarrada. Por más que los funcionarios gubernamentales afirmen hasta la necedad que solo hay un México; la realidad estructural, regional, de idioma y racial nos dice que existen múltiples naciones y que, de pronto, unos se oponen a otros. El México del Norte, el del Centro y el del Sur, por ejemplo, son apenas las

---

de la impunidad). La competencia, así fuera limitada, trastocó esta estructura. En una palabra: la competencia limitada modificó la estructura de incentivos que los actores políticos enfrentaban.

[9] Un vector nuevo, la pugna violenta por el poder político, se añadió a la corrupción existente de los cuerpos policiacos y de otras autoridades que el tráfico de drogas había provocado desde hacía ya años. El gobierno salinista sufre la evolución y crecimiento de los grupos de narcotraficantes que, a pesar de las diferencias internas, mantenían nexos con funcionarios de todos los niveles. La competencia limitada, sobre todo en las elecciones regionales, no provocó, como algunos creían, una onda expansiva democrática en los estados: la democracia no llegaría de la periferia al centro, por el contrario, ante la ausencia de un marco general de reglas democráticas en la contienda por el poder, los estados se convirtieron en focos de fermento político e inestabilidad. La incertidumbre, la posibilidad de que la impunidad desapareciera, agudizó los conflictos intraélite y les dio un nuevo aspecto. Los grupos locales de poder, así como la élite central, sufrieron el mismo proceso de erosión de las certezas autoritarias. Los viejos mecanismos de mediación y las estructuras informales que antes procesaban los conflictos ya no funcionaban. Si la competencia por el poder ya no podía llevarse de la misma forma, ésta tampoco podía ser abierta: las redes de complicidades lo impedían. El expediente del asesinato, de la intimidación, que había dejado de ser necesario cincuenta años antes, volvió a ser atractivo.

La apertura del sistema afectó por igual a todos los actores. Las subsecuentes reformas políticas otorgaron aquellos deberes que impone el ejercicio del poder, así como tribuna plena a los desacostumbrados opositores mientras los miembros del partido oficial no aprendían a separarse del gobierno. Su derrumbe lo constituyó la dificultad para desarrollar un auténtico trabajo político de base, pues estaban acostumbrados a que el voto no se buscaba, solo se acogía.

primeras muestras de un conflicto que ya se presenta constante y que evidencia que la nación solo es una entelequia.

A raíz del artículo "The Two Mexicos" (2015), que se publicó en el rotativo estadounidense The Economist, puede evidenciarse en el país la lucha entre el México de Cárdenas y el de Miguel Alemán. Roger Bartra (2009) define también una fractura que se manifestó con mayor rigor en el 2006. Desde el punto de vista antropológico, México vive una modernidad desgarrada que lo lleva a una ambigüedad y dilema sobre el proyecto de sociedad a elegir. La competencia obedece a dos proyectos que históricamente se han confrontado en el país: la modernización sin occidentalización y la modernización neoliberal. El primero se significaba como el país del proyecto social, de las estructuras corporativistas y reconciliador del campo y la ciudad; pero, también, del paternalismo, responsable del subdesarrollo. El alemanista se advertía como el modernizador, el urbanista, civilizatorio y universitario, en pocas palabras, el antecedente del proyecto neoliberal y tecnocrático, desbordado de corrupción e ineficacia ahora mismo.

La cuestión, no obstante, es más complicada. No son completamente estos modelos los únicos que distinguen las opciones políticas. Hay, en cada uno, características que deben mencionarse para observar con mayor detalle la propuesta. El México cardenista es también el del presidencialismo sacralizado y el México alemanista es el que legitimó la corrupción como estilo de vida de la clase política. El modelo cardenista, basado en una política corporativista y social, cohesionó al país mediante la configuración de un partido de masas hegemónico que retrasaba la democracia y participación política de las clases medias. Ambos contienen antagonismos de la modernización: orden tradicional, paternalismo y autoritarismo. El nacionalismo revolucionario inhibió la democracia varias décadas; no obstante, aisló al país de los efectos catastróficos del mercado, el diseño institucional político y la confrontación de los muchos Méxicos. Ambos proyectos, insertados en el Partido Oficial al paso del tiempo y como péndulo de interacción sucesoria, incorporaron una senda de crecimiento que elevó a los pobres y a las castas a la calidad de ciudadanos.

El grupo neoliberal al que Camacho Solís diseñó una ruta de acceso al poder político presidencial, posteriormente le excluiría de la sucesión y ello le orilló a reconsiderar los escenarios de un cambio político que necesariamente incluiría la democracia representativa. El régimen neoliberal ha perdurado durante casi treinta años y, no obstante que Camacho tuvo importantes diferencias al respecto, pugnó por un Cambio sin Ruptura (1995). Lo cierto es que, cada vez más, nuestro país necesita una gobernabilidad independiente y democrática. Cabe considerar que el contexto internacional para México ha cambiado notablemente y ello genera un cuestionamiento lógico de las políticas neoliberales. Por más severo que pueda parecer el análisis, en este tiempo los resultados son negativos. Si en algún momento los modernizadores recomendaron a López Obrador la lectura del Manual del Perfecto

Idiota Latinoamericano (1998), ahora él puede sugerirles a dichos personajes la escritura de una nueva obra "Manual del Ingenuo Neoliberal". Autores como Francisco I. Madero, Andrés Molina Enríquez, Samuel Schmidt, Germán Pérez Fernández del Castillo, Rhina Roux, Ugo Pipitone y Fernando Escalante, han detectado los problemas del país; pero lo más importante es recuperar la independencia, o sea, formar gobiernos que propugnen proyectos nacionalistas sin sometimientos del exterior. Es el contexto y las circunstancias históricas quienes han venido a darles la razón. La globalización se ha vuelto más compleja, quizá imposible de manejar y se hace necesario empezar desde casa a construir los elementos que nos van a proteger.

Ahora es necesario un Cambio con Ruptura, el abandono de una gobernabilidad colonial y el diseño de una gobernabilidad democrática, independiente, nacionalista. La Ruptura Histórica va a permitir al país afirmar su identidad, la civilización adonde pertenece y, a su vez, generará cohesión en el orden social. Andrés Manuel López Obrador puede constituirse, por su ascendencia, en un miembro de la vieja guardia política. Lindau (1993: 13) llama políticos a "aquellos que tienen experiencia electoral o partidista y de acuerdo con su ubicación en el sistema político [...] entre las características que se les atribuyen, destaca una actitud negociadora, se piensa que son más abiertos que los tecnócratas [...] se cree que poseen flexibilidad intelectual, prudencia, pragmatismo, sentido común y buen juicio".

Los problemas sociales de México acrecientan la presión sobre la institución presidencial y, de no resolverse, continuarán en la tentativa de mecanismos extrainstitucionales para la solución de la parálisis gubernamental. El Ejército ya no tiene la capacidad de violencia más fuerte y Estados Unidos pretende aislarse de México. Los escenarios complicados que pintaba Juan Linz como los peligros del presidencialismo cada vez más parecen cobrar sentido. De usarse la máxima capacidad estatal para mantener la gobernabilidad y el control partidista, se debilitará en extremo a la presidencia de la República. Tal y como ha venido ocurriendo desde la administración presidencial anterior. Considerar que un modelo de Alianza Pragmática Polipartidista puede sostener a un Presidente de la República obliga a imaginar un estilo de gobierno como el de Maximino Ávila Camacho, Álvaro Obregón, Porfirio Díaz y, quizá, Francisco Franco.

La afirmación del Estado Mínimo, así como la entrega al Mercado de la mayor parte de las tareas gubernamentales, también ha dejado entrever una vieja preferencia de las élites políticas: el despotismo corruptor. De poco ha servido la educación en el extranjero y la preparación en los conocimientos tecnocráticos. Ricardo Raphael (2015) ha calificado como Mirreyes a estas élites que solamente evidencian su carácter corruptor. El neoliberalismo ha multiplicado exponencialmente la corrupción, el narcotráfico, la violencia, la desintegración y emigración. Y, todavía más, se ha generado una importante ruptura con Estados Unidos de Norteamérica. El presidente Donald Trump es quien mejor ha evaluado el modelo económico neoliberal. Su

argumento constituye una de las principales lapidarias políticas sobre el trabajo de los tecnócratas: Tratado de Libre Comercio inútil, un país que solo produce narcóticos, delincuencia y emigración. Un vecino violento al que resulta mejor separar mediante un muro. Con todo y las reformas económicas, el proyecto neoliberal está más cerca que nunca del fracaso.

Aunque el gobierno de Donald Trump representó un alto riesgo para México y el agotamiento de esta perspectiva de gobernabilidad colonial, el reciente triunfo de Joe Biden y la perspectiva de un gobierno postcovid transglobal neoecológico digital pone en duda todos los paradigmas civilizatorios.

El instante de la apertura económica evidenció cuánto se había agotado el modelo del nacionalismo revolucionario; empero, el neoliberalismo ha puesto al país en la ruta de los riesgos del presidencialismo latinoamericano, a decir de Juan Linz, y la clase política no parece entender los riesgos del caos.[10]

La ruptura histórica es algo indispensable que, al interior del lopezobradorismo, debe plantearse seriamente. El ADN priísta se encuentra presente en sus usos y costumbres, como lo ha definido acertadamente el historiador Enrique Krauze (2006). Andrés Manuel es un caudillo representante de la tendencia política del populismo caciquil que, más o menos, le ha dado estabilidad al país en algunos momentos. ¿Cuál es la razón histórica que justifica su presencia y vigencia? La ruptura social que pocos gobiernos han decidido enfrentar a cabalidad, la organización de la pobreza, la alimentación, la educación y la libertad. No hay un proyecto alternativo desde los grupos tecnócratas y modernizadores que conducen al país. Han seguido los cánones del progreso sin detenerse y sin pensar responsablemente respecto de las externalidades causadas. Andrés Manuel es un político conservador, más no de derechas, un candidato con algunas ideas progresistas en un mundo donde la globalización neoliberal se aproxima a un neoextractivismo que acabará con la vida de muchas personas.

Mientras los neoliberales tratan de asimilar México a los Estados Unidos, sintiendo ya la propensión a identificarse con Norteamérica, López Obrador siente a México en una forma distinta, más propia, con mayor pertenencia hacia el sur. Para todos, el proyecto de López Obrador tiene sentido cuando el neoliberalismo parece equivocarse en todo y el gobierno no acierta en ninguna decisión. La gran pregunta es si cumplirá sus promesas, si también se encontrarán las rutas adecuadas para deconstruir el Estado

[10] La reforma política en México tiene que generar los mecanismos colaborativos entre los partidos y los poderes de la unión. El panorama del presidencialismo mexicano se ha complicado y las alianzas pragmáticas polipartidistas contribuyen al problema. Urge plantear la designación de un Jefe de Gobierno y la probable remoción del mismo, la disolución del Congreso Federal y un nuevo sistema de representación proporcional en la mayoría de los distritos.

de Bienestar en México. Andrés Manuel no representa un proyecto más en las condiciones de la democracia procedimental representativa, sino el rito de los grupos subalternos que claman por la justicia social. Es un momento ideal para el proyecto de Andrés Manuel López Obrador. Si la sociedad lo apoya y entiende, quizá –a decir de Rhina Roux– el Príncipe Mexicano (el Estado) puede volver a vestir sus mejores prendas.

La oligarquía puede acabar con Andrés Manuel en cuanto quiera. Sin embargo, debe considerarse también que el contexto ha cambiado. Los Estados Unidos, el principal aliado geopolítico del país, han incrementado sus mecanismos de reserva y protección frente al Estado Fallido que representa México. Los republicanos y demócratas estadounidenses no cesan en clausurar las posibilidades del proyecto occidental mexicano. Además del muro fronterizo, es constante el cierre de puertas para una integración económica, política y social. La economía nacional no puede seguir las pautas de una economía fuerte y dinámica como la norteamericana. Sin crecimiento y desarrollo en México, sólo queda la dependencia mediante un capitalismo de manufacturas y economía informal. Ello obliga a replantearse todo, a comenzar de cero, a deconstruir el Estado y el país. ¿Cómo lograr esta transición sin violencia? Desafortunadamente, la ruta de la corrupción es el modo en que la oligarquía entiende el salvoconducto para entregar el poder. López Obrador no sólo ha hablado de una amnistía para la Muta de la Corrupción. Incluso, se ha dispuesto a aceptar algunos miembros de la misma en su equipo. Un gran reto lo constituye el narcotráfico. Hasta ahora, López Obrador piensa utilizar la justicia social para disminuir dicha actividad; no obstante, quizá se requieran otras acciones para disminuir su fuerza. Mientras la demanda de drogas continúe al alza en Estados Unidos, los narcóticos seguirán su curso. El principal problema de México es la corrupción y López Obrador debe tener una alternativa bien planteada. Con ello, podría institucionalizar al país y rescatar de la inanición al Estado Mexicano. Tanto los neoliberales como los populistas, en sus diferentes administraciones, han dejado mucho que desear respecto del manejo honesto y responsable de los recursos.

La corrupción es el problema sustantivo de la administración pública. Si el presidente Andrés Manuel no construye verdaderas políticas que contengan la corrupción e impunidad, la inseguridad y el conflicto, hay un riesgo alto de que el país se decante en la ingobernabilidad. Si la imagen de López Obrador se mantiene atascada en el miedo, la fractura mexicana puede generar una ruptura de tal magnitud que la delincuencia organizada, corrupción e informalidad sean los únicos beneficiados.

Los críticos más acertados de López Obrador señalan que, precisamente, el líder de Morena y actual Presidente de la República quiere volver al viejo modelo corruptor del PRI y, por ello, también tiene vigencia entre algunos sectores de la burocracia e instituciones que fueron desplazados por el proyecto neoliberal.

Algunos de los principales periodistas y académicos tratan de desviar lo que representa Andrés Manuel. Sus argumentos pueden definirse como producto de la polarización y odio. Quienes apoyan a López Obrador no son los más pobres del país, no es el precariato, sino los grupos de la clase media baja urbana y la clase media rural que han visto dañados sus intereses. Con todo y la acusación de populismo que pesa sobre López Obrador, los sectores marginados del país se mantienen votando por el PRI. Lo que se ha documentado respecto de los electores de Andrés Manuel es que viven en las ciudades y se mueven en aquellos grupos excluidos del mercado neoliberal.

Andrés Manuel no es un conservador revolucionario. Es, simplemente, un conservador a secas, con enormes argumentos a favor en un contexto donde incluso Norteamérica ha reprobado a los gobiernos neoliberales. Acierta parcialmente Enrique Krauze cuando lo caracteriza como un Mesías Tropical; pero se equivoca en la perspectiva de considerar en Andrés Manuel un proyecto revolucionario. López Obrador no es un elemento para construir una revolución negra en México. Considerar que su facción permita el ingreso de personajes así es otra cosa. Sin embargo, para decepción de sus seguidores y tranquilidad de sus detractores, López Obrador tiene un equipo normal de trabajo. La forma en que el país se ha escindido, manifiesta para algunos autores como Samuel Huntington, una esquizofrenia civilizatoria. Pero Andrés Manuel tampoco representa al México profundo. Constituye una reacción al fracaso del neoliberalismo. Se preguntaban Krauze y Bartra si la Derecha puede ser moderna; ahora hay que examinar si la Izquierda puede ser conservadora. López Obrador representa la política del desagravio que debe aplicarse para salvar el contrato social mexicano. Y el PRI, como el Partido Pulpo o Ballena de la república italiana de la posguerra, seguirá nutriendo con sus facciones al sistema político mexicano.

Bibliografía

Abrego Díaz, Carlos (1994) El PRI ante el cambio político en México. Ed. Noriega. México

Aceituno, Rafael (1997) “Entré a la historia: Muñoz Ledo”, ¡en Siempre!, no. 2301, 24 de julio de 1997. México

Andrade Martínez, Juan de Dios (1998) Hubo una vez un partido de Estado. Ed. Edamex. México

Badie, Bertrand y Hermet, Guy (1996) Política Comparada. Ed. FCE. México

Bartra, Roger (2009) La fractura mexicana. Izquierda y derecha en la transición democrática. Ed. Debate. México

Bonfil Batalla, Guillermo (1987) México profundo. Una civilización negada. Ed. Ciesas-Sep. México

Camacho Solís, Manuel (1974) “El Poder: Estado o Feudos Políticos”, en revista Foro Internacional. El Colegio de México, Enero-Marzo de 1974.

Camacho Solís, Manuel (1977) “Los Nudos Históricos del Sistema Político Mexicano”, en revista Foro Internacional, El Colegio de México, Abril-Junio de 1977.

Camacho Solís, Manuel (1995) Cambio sin ruptura. Ed. Alianza Editorial. México

Cepeda Neri, Álvaro (1998) Contrarrevolución y Conservadurismo. Siempre! N. 2326. México

Editorial (2015) The Two Mexico`s. Periódico The Economist. 19 de Septiembre de 2015. Estados Unidos de Norteamérica

Guerra, Francois Xavier (1992) Modernidad e Independencia. Ensayo sobre las revoluciones hispánicas. Ed. Mapfre. España

Guillén Reyes, Alejandro (n/d). El Sistema Político Mexicano y la Transición en México. Inédito. Inst. de Formación Humanística UPAEP

Huntington, Samuel (1996) El choque de civilizaciones y la reconfiguración del nuevo orden mundial. Ed. Paidós. España

Krauze, Enrique (2006) López Obrador: el mesías tropical. Revista Letras Libres. N. 90. México

Lindau, Juan D. (1993) Los Tecnócratas y la Elite Gobernante en México, Joaquín Mortiz, México.

Linz, Juan (1987) La quiebra de las democracias. Ed. Alianza Editorial. España

Morales Camarena, Francisco J (1994) La Tecnocracia en México. Ed. Colegio Nacional de Ciencia Política. México

Moreno, Octavio (2016) La quimera populista en América Latina. El caso del lopezobradorismo 2003-2006 Ed. BUAP. México

Necoechea, Karina y Martínez Rugerio, Enrique (1997) Panorama Político de fin de siglo (Compilación de conferencias) Tesis profesional de grado. Licenciatura en Ciencias Políticas. Upaep. México.

Pani, Erika (2002) Para Mexicanizar el Segundo Imperio. El Imaginario político de los imperialistas. Ed. Colmex. México

Pérez Fernández del Castillo, Germán (2008) Modernización y Desencanto. Los efectos de la modernización mexicana. Ed. Miguel Ángel Porrúa. México

Raphael, Ricardo (2015) Mirreynato: la otra desigualdad. Ed. Temas de Hoy. Méxic

Ravines, Eudocio (1958) América Latina, un continente en erupción. Ed. Claridad. Argentina

Ravines, Eudocio (1983) Nacionalismo y Revolución. Revista del Centro de Estudios Económico Sociales. Año 23. N. 542. México

Riding, Alan (1985) Vecinos distantes, Joaquín Mortíz-Planeta, México, 1985.

Rousseau, Isabelle (2002) Una Revolución Silenciosa. Élites gubernamentales y proyectos de modernización (1970-1995). Ed. Colmex. México

Roux, Rhina (2005) El Príncipe Mexicano. Subalternidad, Historia y Estado. Ed. Era. México

Salinas de Gortari, Carlos (2000) México: Un paso difícil a la modernidad, Plaza y Janes, México.

Trelles, Alejandro y Zagal, Héctor (2004) AMLO. Historia política y personal del jefe de gobierno del DF. Ed. Plaza y Janés. México

Villegas, Silvestre (1997) El Liberalismo Moderado en México 1852-1864. Ed. Unam. México

Womack, John (1989) Zapata y la Revolución Mexicana. Ed. Siglo XXI. México

Introducción

El sistema político mexicano tiene como base el proceso revolucionario (1910-1929), que originó la tremenda proliferación de liderazgos armados con la capacidad de desestabilizar hasta el colapso a cualquier grupo en el poder. La institucionalización de la política revolucionaria fue resultado de la crisis provocada por la desaparición del general Álvaro Obregón, en 1928, lo que dio lugar al acuerdo entre grupos revolucionarios y al largo periodo de estabilidad que caracterizó a nuestro país desde la tercera década del siglo XX.

Sin menospreciar el rol jugado por el autoritarismo y corporativismo, el factor central en la explicación de la larga estabilidad y durabilidad del sistema político mexicano está en el surgimiento y desarrollo de una élite que no solo estableció las reglas del juego, sino que, además, creó las instituciones y dinámicas políticas que dieron forma al Estado y a las relaciones sociales. Este proceso contribuyó a la estabilidad política y al desarrollo institucional, lo que resulta atractivo para las distintas escuelas que intentan estudiar el Sistema Político Mexicano.

Dentro de la diversa literatura acerca del tema, es evidente la existencia de un factor común: académicos y políticos reconocen la existencia de una "Familia Revolucionaria", constituida por una élite gobernante dedicada a preservar el pasado, presente y futuro revolucionarios. Aunque la mayoría de los autores no lo llaman de tal modo y le asignan diversos apelativos[1], hay un acuerdo sobre la existencia de un grupo cohesionado que gobernó al país durante el régimen posrevolucionario. Tal fenómeno pretende englobar a los miembros de un clan emparentado por una gesta en la que tuvieron participación, surgiendo, una filia para los adherentes aceptados y una fobia para todos los que no han contribuido a incrementar o favorecer los intereses de la Familia, o son sus enemigos declarados.

Al formarse, la Familia Revolucionaria significó una respuesta a la necesidad de terminar con el caudillismo que fomentaba una lucha permanente por el poder entre las diversas facciones que aún persistían en varias regiones del país. La Familia formó parte del Estado, de la estructura gubernamental; asimismo, su teoría y práctica fue

[1] Padgett y Hansen la llaman "Coalición Revolucionaria", Smith la llama "Cohorte Revolucionaria" y "Cohorte Pos-revolucionaria de Oficiales", Frank Brandemburg la denomina "Familia Revolucionaria", Vernon la llama "Oligarquía", Ai Camp se refiere a ella como la "Élite Revolucionaria".

parte del Estado, de la teoría y práctica del círculo gobernante en turno y del Estado mismo. El presidencialismo y la relación PRI-Estado nacieron como los principales mecanismos para la preservación de su régimen. No fueron notas accesorias y dispensables del sistema político; por el contrario, aparecieron como características determinantes, cuya variación envolvió en un cambio fundamental al conjunto de normas y comportamientos de la política nacional.

El hecho de que la élite surgiera alrededor del liderazgo militar revolucionario facilitó la absorción de los principios de justicia social y los valores como el respeto a la jerarquía, la disciplina y la lealtad. Con este bagaje, la Familia Revolucionaria creó instituciones y consolidó al Estado, posibilitó la comunicación y las conexiones interinstitucionales, amplió la disponibilidad de recursos para la élite, aumentó su crecimiento y facilitó su cohesión y disciplina: la sucesión presidencial, por ejemplo, caminó hacia la pacificación en México porque los políticos se sometían al mandato transmitido por el Presidente, que se convertía en "el fiel de la balanza", al mediar entre los diferentes grupos para designar a su sucesor, estableciendo un grupo dirigente sin que los demás quedaran excluidos, por completo, de la élite gobernante.

Esta concentración, ciertamente negativa en muchos sentidos, garantizaba disciplina y sometimiento de los restantes factores de poder involucrados en el sistema y que esperaban su turno. Se estableció así un mecanismo que promovía una disciplina férrea y que llevó a los políticos a someterse a decisiones centrales, generando un sistema sin retos internos que amenazaran el orden establecido. Esto facilitaba tanto la gobernación como la gobernabilidad.

El sistema político giraba alrededor del concepto de control. Las instituciones se generaban para controlar clientelas, grupos sociales y procesos políticos. La élite vigilaba, a su vez, el sistema de control, logrando que la mayor parte de los políticos mexicanos comprendieran que la disciplina y lealtad al sistema les permitía obtener premios y recompensas; el disentimiento se traducía en ostracismo y represión. Ello permitió una gobernación efectiva, auque no haya sido democrática.

Se contemplan tres formas distintas de élite en la Familia Revolucionaria. La primera tiene como raíz el asesinato de Venustiano Carranza y el florecimiento de la élite político-militar Obregón-Calles-Cárdenas, asentada en un compromiso de alternancia en el gobierno que se vio interrumpido bruscamente por el atentado efectivo en contra del Presidente electo Obregón, a manos de Francisco José De León Toral, transformándose así el compromiso de alternancia en un órgano supraconstitucional: el Maximato de Plutarco Elías Calles. El Maximato fue destruido por Lázaro Cárdenas, quien decidió hacer respetar la Constitución frente al arbitrario mandato callista y su compromiso con la élite económica de entonces. La élite Obregón-Calles-Cárdenas duró alrededor de tres lustros y representó el presidencialismo militarista concluido hacia 1947.

La segunda élite, civilista, fue acunada en el régimen de Alemán, con perfiles corporativos y anticomunistas bajo la consigna de un capitalismo nacional, posible en aquellos años, como efecto de la economía de guerra organizada por los aliados en la Segunda Guerra Mundial. La corporativización del gobierno y sus estímulos al empresariado nacional fueron elementos centrales para alcanzar la madurez suficiente que permitiría a la directiva política de la élite unificarse cada vez más en Los Pinos. Su prolongada existencia (35 años) tiene una obvia explicación: el *dedazo* sucesorial de los Presidentes, que originó una circulación y rejuvenecimiento de la élite, bien percibida en las purgas sexenales de la alta burocracia que se registran desde la administración de Adolfo Ruiz Cortines hasta la de José López Portillo. Fue, en este sentido, una élite abierta.

La tercera élite en el poder, de corte altamente tecnocrático, 1982-2000, exhibió un sistema férreamente cerrado y con un cenit: el gobierno de Carlos Salinas de Gortari, introductor del neoliberalismo.

Pero bien, ¿qué tanto la vida política de un país se confunde, o se reduce, al funcionamiento o la configuración estructural de su Élite? ¿Pueden las élites ser determinantes para el comportamiento de las sociedades o en qué medida pueden llegar a influir? ¿Qué importancia tienen las élites para entender el sistema político mexicano?

La radiografía de la variable elitista al interior del nuestro sistema político es fundamental para entender dónde se encuentran los factores de estabilidad e inestabilidad y estar, así, en posibilidad de elaborar un diagnóstico de la situación actual. Frente a la intersección que ahora existe entre democracia y gobernabilidad hay que destacar los elementos del antiguo régimen que lograron la armonía, y verificar su funcionalidad o adaptación a las nuevas circunstancias. En esta consolidación democrática se juega no solo el establecimiento de reglas para procesar los conflictos de la sociedad mexicana; también se dirime un nuevo conjunto de pautas para generar y para ejercer efectivamente el poder político en el país. En otras palabras, se está gestando un nuevo paradigma de gobernabilidad de naturaleza democrática, que no acaba de nacer, sobre el viejo paradigma de gobernabilidad autoritaria, que aún no termina de morir.

La Familia Revolucionaria, que dejó de gobernar porque no logró cristalizar su adaptación al proceso de continuidad, requiere una explicación por su larga durabilidad en un régimen de dominación de 70 años. El argumento utilizado es que, para sustentar la estabilidad del sistema, las élites mexicanas tomaron distintas medidas que las llevaron a transitar desde una dominación autoritaria hasta una era de gobernabilidad mixta. Al principio del viaje reformaron las estructuras políticas importantes de la burocracia nacional y crearon un partido oficial. Posteriormente, las reformas y los pasos adaptables se movieron hacia otros agentes intermediarios, delimitando lo que

algunos autores han dado en llamar "gobernabilidad mixta".[2] La forma peculiar en que fueron utilizados ciertos factores y elementos modificaron los arreglos institucionales. Con el tiempo, las élites mexicanas erraron los pasos. ¿Tuvo México un tipo continuo de gobernabilidad bajo un régimen predominante? Mi respuesta es no.

La adopción de la gobernabilidad mixta por parte del sistema dominante permitió el ascenso de otros grupos y condujo a una declinación de la dominación autoritaria en momentos de dificultad y tensión. Cuando la red de poder[3] empieza a empequeñecerse, se inicia una exclusión que debilita al viejo sistema de lealtades; las prácticas de recompensa se vuelven obsoletas, la lealtad se ve amenazada y la gobernación empieza a toparse con complicaciones. Las facciones terminaron compitiendo por el poder absoluto y en eso se desintegraron. En vez de sensibilidad, las subélites de la Familia Revolucionaria demostraron, al final, que solo actuaban para hacer cumplir su voluntad sin la autoridad del principal operador político: el Presidente.

El sistema debió enfrentarse con más oposición, así como aceptar la apertura de espacios alternativos. Finalmente, todo ello permitió finalizar el monopolio representativo que sostuvo el PRI, y el crecimiento y acceso al poder por parte de una élite gobernante distinta.

Este estudio pretende señalar cómo las élites de México tomaron diferentes medidas para cambiar las estructuras que les permitieran conservar su orden político, mismo que, sin embargo, terminó junto con el milenio.

[2] La gobernabilidad mixta describe una situación donde las discrepancias entre demandas y respuestas se encuentran en un equilibrio dinámico, esto es, varían dentro de márgenes tolerados. Ciertamente, esto no significa que no haya conflictos, cuestiones irresueltas e incluso problemas irresolubles y anomalías.

[3] Este término corresponde a Samuel Schmidtt quien, hasta el momento, ha elaborado el análisis más avanzado de la élite gobernante en México.

Capítulo I

La tripulación revolucionaria

La Revolución Mexicana no solo es un acontecimiento histórico, es decir, no es un acontecimiento que pueda discutirse con tranquilidad, en la medida en que la Revolución se ha convertido en la base para legitimar a un régimen político que gobernó en México más de siete décadas. Los padres fundadores del sistema estuvieron en la batalla revolucionaria. Ahí se conocieron, tratándose, conociéndose, pero, sobre todo, haciendo cada uno su revolución. Los norteños, como Carranza y Obregón, eran profundamente liberales y admiraban el progreso económico norteamericano. Los del sur, representados por Zapata, traían en su sangre mestiza la contradicción entre lo autóctono y lo español; eran desheredados, buscaban su identidad y aquello que les pertenecía. Otros más, los cercanos al golfo, alumbrados por el socialismo radical y la lucha de clases, generarían gobiernos sumamente controvertidos: Tomás Garrido Canabal y Felipe Carrillo Puerto. Así, haciendo su propia revolución, escogiendo entre el cacicazgo y la legitimidad política, ganando y perdiendo, la historia popular asignó diferentes grados de estima o desaprobación a los revolucionarios.

La insurrección armada reconstituyó el sedimento de lo que fue el caudillismo en el siglo XIX. En el alzamiento contra Huerta y en la pugna entre las fracciones revolucionarias volvieron, en las estructuras de los grupos en lucha y los medios que cada uno de ellos utilizaba, las viejas prácticas caudillistas. La guerra civil dejó en el país un caudal impresionante de hombres fuertes, jefes militares y caciques regionales con poder, armas e intereses propios.

Los protagonistas de la Revolución, salvo Villa y Zapata, rehusaban compartir los valores sociales de la gran mayoría. La generalidad de la minoría sublevada se entregó a los dos caudillos que de ninguna manera representaban la ortodoxia de la gente que triunfó. Ni Villa ni Zapata, quienes podían aspirar al título de líderes representativos del Pueblo, fueron los triunfadores de la rebelión. El grupo constitucionalista, que se hizo del poder a partir de 1917, nunca fue completamente revolucionario, solo reformista. No pensaban como todos los mexicanos y de ningún modo eran la parte mayoritaria de la nación. Para el objeto propio de este estudio, sin embargo, dicha facción es la que mayor interés representa por su contribución al Sistema Político Mexicano.

El triunfo militar de Carranza sobre los villistas y zapatistas le permitió consolidar su gobierno, aunque de manera limitada[1]. El grupo constitucionalista no solo no puso en práctica las reformas sociales que legislaban en su Carta Magna, sino que la llegada al poder inconformó a sus componentes, generando una división múltiple.[2]

---

[1] "Justamente porque la Revolución empezó como un movimiento contra la dictadura de Díaz y el centralismo, en 1917 se insistió en el viejo proyecto liberal de crear un sistema político a la usanza de los Estados Unidos y de Europa Occidental; es decir, con un orden federal y con la clásica división de poderes. Pero un mínimo de realismo llevó a los constituyentes de Querétaro a considerar las críticas hechas por Rabasa a la vieja Carta Magna y la de 17 no insistió en debilitar al poder Ejecutivo. Por el contrario, suprimió la vicepresidencia y otorgó al Presidente un amplio margen para iniciar y poner en marcha el proceso legislativo, vetar leyes, regular la política fiscal, controlar al ejército, nombrar y eliminar funcionarios, etc.

Carranza no tuvo mayores problemas en su relación con los otros poderes federales. Al contrario, obtuvo de ellos facultades extraordinarias para poner en marcha partes importantes de la Constitución que aún no contaban con sus leyes reglamentarias. Pero esto no fue suficiente para construir el poder disperso por la lucha. En cuanto a los adictos al antiguo régimen, ya no fueron un obstáculo. Aunque Félix Díaz siguió levantado en armas y Manuel Peláez se mantuvo activo en la zona petrolera, los hacendados y el grupo porfirista en particular, estaban totalmente incapacitados para volver al poder.

Carranza se vio limitado, pero por otras razones: en primer lugar, porque siguieron activos los remanentes de grupos revolucionarios antagónicos al carrancismo –villistas y zapatistas–, y porque el bandolerismo persistió. En segundo lugar, porque el Presidente encontró que su principal fuente de poder, el ejército, estaba dividida y tenía un sentido de lealtad bastante precario. Por un lado se encontraba Obregón –quien decidió retirarse del servicio activo, pero no de la política, en espera que el desgaste de Carranza le abriera una nueva oportunidad–, y por el otro Pablo González, quien permaneció en filas, pero chocando constantemente con Carranza. Al final, este ejército no permitiría al Presidente designar a su sucesor; una parte se rebelaría, otra se mantendría a la expectativa y una tercera –la menor– intentaría oponerse a lo inevitable: el derrocamiento del jefe del Ejecutivo. La debilidad de la presidencia residía, básicamente, en su falta de control sobre las fuerzas armadas.

El mundo externo –los Estados Unidos y las principales potencias europeas– también limitó a Carranza. Por un lado, las presiones diplomáticas y las amenazas de invasión le impidieron de plano poner en marcha algunas de las principales reformas constitucionales, sobre todo las relacionadas con el petróleo. Por otro, le exigieron el imposible pago de los daños causados por la lucha, de la deuda externa, y la devolución de los bienes extranjeros intervenidos; todo ello sin acceder a prestarle un solo centavo. Era una situación imposible. Solo la astucia de Carranza y la dispersión de las fuerzas políticas internas evitaron que su gobierno cayera antes". Aguilar, Héctor y Meyer, Lorenzo. *A la sombra de la Revolución Mexicana*, Cal y Arena, México, 1989, pp. 75-79.

[2] "[...]Carranza puede haber estado sereno cuando regresaba a su despacho (después de la ceremonia que lo nombró Presidente constitucional), pero la escena política ardía. Poco después

De muchas maneras, sus profundas diferencias se manifestaron y se enfrentaron en su rotación en el poder[3]. Al llegar el momento de la sucesión presidencial, Carranza deseaba dejar en su lugar a un Presidente civil y terminar con la tradición caudillista y militar.[4] Pero uno de sus más eficaces colaboradores en el movimiento armado, Álvaro

---

de las elecciones del Congreso, había expedido un decreto de acuerdo con el cual regresarían al orden constitucional los estados y el gobierno federal. Tan pronto como las condiciones lo permitieran en cada estado, señaló Carranza, los gobernadores provisionales fijarían una fecha para las elecciones estatales y las nuevas legislaturas locales se constituirían como asambleas constituyentes con el fin de hacer los cambios necesarios de acuerdo con la ley fundamental de reciente factura. Bajo las condiciones existentes tales elecciones eran imposibles en muchos estados [...] Chihuahua [...] Morelos [...] Oaxaca, Chiapas y Tabasco [...] Yucatán [...] En el resto de los estados las elecciones fueron celebradas de hecho o en intento, durante el principio de verano y en la mayoría de los casos, Carranza se las arregló para lograr la elección de gobernadores amigables [...] La mayoría de estas justas electorales fue acompañada por acusaciones de fraude, presiones militares, imposición oficial, pero carecía a un grado sorprendente de toda violencia real. En algunos estados las luchas por la gubernatura rayaron en la rebelión y en unos pocos hubo encuentros bélicos efectivos". (Cumberlaind, Charles. *La Revolución Mexicana. Los años constitucionalistas*, FCE, México, 1974, p. 329).

[3] "La consideración de las elecciones para gobernador de 1917 en su conjunto, revela algunos ángulos interesantes de la vida política mexicana después de cuatro años de revolución. En primer lugar, Carranza tenía algo más que interés transitorio en estas justas electorales y frecuentemente burlaba su muy repetido principio de soberanía estatal: nombraba cuidadosamente al hombre a quien respaldaría para el puesto. Barragán, Perrusquía, Aguilar y Alcocer, renunciaron a sus puestos próximos a Carranza a fin de competir por la gubernatura en varios estados; López de Lara siguió como gobernador del Distrito Federal durante su larga campaña. Además, algunos políticos esperanzados se retiraron en vista del rechazo de Carranza. Carranza tuvo éxito considerable mayor que en sus esfuerzos para hacerlo en el Congreso; de los diecinueve gobernadores que fueron electos antes de que el año terminara, catorce eran seguidores cercanos; solo tres –Calles de Sonora, Enrique Estrada de Zacatecas y Silvestre G. Mariscal de Guerrero– podían ser considerados claramente como oposicionistas [...] En tercer lugar, no todos los gobernadores veían el reingreso al gobierno constitucional como una bendición [...] En cuarto lugar, y quizá sea lo más importante, cada uno de los candidatos y sus partidarios creía firmemente que saldría elegido en una elección libre y aceptaba como artículo de fe que su fracaso para obtener la mayoría era en sí mismo y antes que nada prueba de la corrupción en el procedimiento [...]" . Ibidem., p. 334.

[4] "La escisión ya existía, aunque no era muy grande. Se dejó ver desde diciembre de 1916 cuando se dividió el grupo triunfador en el seno del Congreso Constituyente, quedando establecidas las diferencias entre dos grupos: el de los liberales, más hechos conforme a la tradición juarista, y el de los radicales, producidos de manera más directa por el movimiento armado. Entre los primeros, el prestigio se fincaba en ser civiles, en no haber empuñado más armas que las ideas y las letras; en sentirse conocedores de la situación del país y de los remedios ideales para ella; el ser, en suma, la nueva élite política de México. El otro grupo

Obregón, se enfrentó a esta voluntad y se lanzó como candidato presidencial con gran éxito entre la población.

El Presidente Carranza presionó a Obregón por todos los medios hasta que se produjo un pronunciamiento armado en su contra: el gobernador de Sonora, Adolfo de la Huerta, proclamó el Plan de Agua Prieta en abril de 1920; a él se adhirieron Plutarco Elías Calles y otras figuras de la Revolución, desconocieron a Carranza y convocaron al nombramiento de un Presidente interino. Carranza resistió, pero prácticamente solo, pues muchos de sus seguidores le dieron la espalda. Al huir de la capital, en un ataque sorpresivo durante la madrugada, el Presidente murió bajo el fuego de sus perseguidores, traicionado por uno de los militares que conocían su refugio.

La Familia Revolucionaria surgió cuando los aguaprietistas, conocidos como "Grupo Sonora", se apoderaron del gobierno y establecieron las bases sobre las que se crearían las instituciones políticas fundamentales. Entre éstas se cuentan las que ayudaban al reclutamiento y aquellas que permitían el manejo de los recursos políticos y económicos. El gobierno quedó provisionalmente a cargo de Adolfo de la Huerta, quien, durante su administración, logró que Villa depusiera las armas. De esta manera se aseguró que el nuevo gobierno, dirigido por Álvaro Obregón[5], pudiera dedicarse a la tarea de cumplir con las demandas sociales e iniciar la reconstrucción del país.

Los liberales que arrancaron el poder a Carranza, vieron que, bajo las presiones de la crisis internacional, con su gran depresión, no lograban avanzar todo lo que hubieran querido para hacer del liberalismo el modelo y la solución de todos los problemas

---

hacia ver a sus antagonistas como conservadores, o, al menos, moderados. Era el grupo popular, de origen diverso, aunque predominantemente rural –sin llegar a la rusticidad plena– que sí se armó y peleó en esos años y que en ello basaba su prestigio. Este grupo era más la expresión de la realidad que la conciencia de ella. Con esas dos tendencias, México se escindía entre un civilismo elitista y un militarismo populista". Matute, Álvaro. *La carrera del caudillo*, Colección Historia de la Revolución Mexicana, tomo 8, El Colegio de México, México, 1980, p. 13.

[5] "[...] Al momento de asumir la presidencia, Álvaro Obregón aparecía como el jefe natural de esa constelación de ambiciones y prestigios, el primero entre sus iguales Benjamín Hill o Salvador Alvarado y el foco de concordia y unificación de una abundante nómina de revolucionarios con preponderancia indiscutible en distintos estados del país: Ángel Flores y Rafael Buelna en Sinaloa, Plutarco Elías Calles en Sonora, Genovevo de la O y los generales zapatistas en Morelos, Fortunato Maycotte en Guerrero, Guadalupe Sánchez, Lázaro Cárdenas, Manuel Peláez en Veracruz y Tamaulipas, Saturnino Cedillo en San Luis Potosí, Manuel García Vigil en Oaxaca, y los jefes del carrancismo que iban de salida pero tenían, como tantos otros en el Remolino de la Revolución, su propio ascendente entre las tropas y su propio linaje militar: Francisco Munguía o Manuel Dieguéz. Triunfante la rebelión de Agua Prieta e instalado como Presidente interino Adolfo de la Huerta [...]. Aguilar, Héctor y Meyer, Lorenzo, *op. cit.*, p. 95.

nacionales. Indujeron la industrialización, pretendieron una profunda modernización, pero rezagaron las demandas centrales de los campesinos y los obreros, provocando su agravio. Sin perder el liderazgo, durante seis años vieron cómo las otras corrientes competían con ellos.

Durante el gobierno de Obregón se fortalecieron organizaciones políticas que agrupaban a obreros y campesinos, lo que dio la posibilidad a estos sectores sociales de intervenir en la política nacional. Con ello surgieron dos importantes corrientes políticas: el laborismo y el agrarismo. Estas tendencias lograron influir en las decisiones gubernamentales para satisfacer las demandas de trabajadores y campesinos.

Obregón logró avanzar bastante en el camino de la centralización del poder federal y presidencial. Para evitar que se repitiera la indisciplina militar que le dio el poder, purgó el ejército de elementos irreconciliables con el Plan de Agua Prieta, pero a la vez aceptó que a nivel local los jefes de operaciones militares leales tuvieran una gran libertad de acción, sin poner muchos reparos en su legalidad. En cierta forma, el poder central y el del Presidente se mantenían porque ambos respetaban los intereses locales creados.

Con Obregón se rindieron antiguos focos rebeldes: desaparecieron los grupos villistas, zapatistas, pelaecistas, felixistas, etc. El campo se pacificó. La vida política pareció estar en el umbral de la rutinización, sobre todo después de que, en el informe de 1923, el Presidente pudo anunciar a la Nación que se había llegado a un acuerdo con Washington, y restablecido las relaciones diplomáticas, gracias a los acuerdos de Bucareli.[6] Su gobierno canalizó también los movimientos sociales de la población en instituciones u organizaciones obreras y campesinas. Las más poderosas organizaciones de estos sectores fueron la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) –de la cual surgió el Partido Laboral Mexicano–, el Partido Nacional Agrarista y el Partido Cooperatista Nacional, entre otros.

El concepto de Familia Revolucionaria empezó a tener entonces una connotación muy precisa, porque era la definición de una fuerza con supuestos derechos (armados) a formar gobierno en el país. Los métodos para construir esta red no fueron pacíficos, los broncos políticos revolucionarios comprenderían que cualquier diferencia o resistencia a la línea ordenada por el centro era suicida. Los intentos por romper este tejido solieron sofocarse sin mediar consideración humana alguna en la mayoría de los casos.

La lucha por la sucesión presidencial se dio en circunstancias violentas y de división entre los revolucionarios. Obregón favoreció la candidatura de Calles, su antiguo

[6] Dichos acuerdos limitaron las reformas agrarias y petroleras. El gobierno de Obregón contó con la ayuda y buena voluntad de los Estados Unidos frente a la rebelión delahuertista. De ser un factor desestabilizador, la acción norteamericana pasó a consolidar al poder constituido. Por primera vez desde Díaz, el Presidente pudo escoger a su sucesor y dejarlo cómodamente instalado en la silla.

correligionario; Adolfo de la Huerta se pronunció en contra.[7] Esta rebelión fue reprimida rápidamente y con una cuantiosa pérdida en vidas de militares. La revolución delahuertista prácticamente partió en dos al grupo revolucionario y rompió el triángulo sonorense. Tiempo antes, Villa, el caudillo rebelde, había muerto asesinado en una emboscada en julio de 1923.

La rebelión delahuertista, pese a su peligrosidad, abrió las puertas a una purga aún mayor de generales desafectos, y el presidencialismo y el centralismo avanzaron. En febrero de 1924 el ejército parecía estar totalmente a disposición del Presidente, como no lo había estado quizá desde Victoriano Huerta. Sin embargo, el proceso no fue tan claro, pues para destruir a los rebeldes hubo que armar cuerpos agraristas, cuya acción habría de escapar de tarde en tarde el control central y fortalecer, en cambio, a líderes

[7] En febrero de 1923 surgió el problema de la sucesión presidencial. El ejército manejaba los nombres de Plutarco Elías Calles y de Adolfo De la Huerta como candidatos: Obregón apoyó al primero.

Los delahuertistas se opusieron a la facultad o al intento del Presidente para imponer a su sucesor, sin la aprobación y apoyo de todos los jefes revolucionarios. El malestar por la imposición de Calles fue aprovechado por la fracción más atrasada de la burguesía que se oponía a las transformaciones capitalistas impulsadas por Obregón (ampliación de las vías de comunicación, reparto agrario, etc.). En esta forma, los grupos que resistían el cambio (terratenientes, burguesía intermediaria y compradora, clero y jefes militares enriquecidos) formaron alianzas e intentaron encontrar en De la Huerta un respaldo a sus pretensiones y, para el efecto, le manifestaron apoyo para llevarlo a la presidencia. La rebelión se inició el 6 de diciembre de 1923 en Veracruz y pronto alcanzó proporciones nacionales. Los factores que influyeron al triunfo obregonista fueron: a) Estados Unidos proporcionó a Obregón armamento moderno, lo que le dio superioridad ante los rebeldes; b) la alianza entre la fracción burguesa dominante encabezada por Obregón y la clase obrera y los campesinos a través de sus organizaciones; c) el apoyo que dieron a Obregón los sectores de obreros y campesinos organizados; d) los rebeldes se encontraban desorganizados y desorientados por la falta de un programa político alternativo.

Las intrigas y rivalidades entre los partidarios de De la Huerta fueron frecuentes: a) una hábil estrategia militar del obregonismo que le permitió bloquear los tres frentes rebeldes (Jalisco, Veracruz y el sureste), controlar los corredores de aprovisionamiento bélico y las líneas telegráficas; b) el apoyo en combustibles que Estados Unidos dio a Obregón y que le permitió movilizar el material de guerra; c) el impulso, aunque limitado, que dio el caudillo a la fabricación de armas; d) la orden dada por Obregón para que los empleados abandonasen las oficinas públicas en las zonas controladas por los rebeldes.

En marzo de 1924 la rebelión fue vencida y De la Huerta emigró a Estados Unidos. Este tema es ampliamente abordado en las siguientes obras: Plascencia De la Parra, Enrique. *Personajes y escenarios de la Rebelión Delahuertista*, Porrúa, México, 1998 y Castro, Pedro. *La integridad como arma de la Revolución*, UAM, México, 1998.

locales. Esta lucha fortaleció a un núcleo de militares que promoverían una serie de transformaciones encaminadas a consolidar el nuevo Estado.

De nueva cuenta, el sucesor elegido llegó a la presidencia sin más riesgos de sublevaciones y eliminados los posibles opositores. Hasta este momento, centralización y presidencialismo son una y la misma cosa, pero a partir de diciembre de 1924 la equivalencia dejó de ser tan clara. Bajo Calles, la centralización siguió adelante, pero el Presidente tuvo que compartir su poder con Obregón, el gran caudillo que aún conservaba su ascendencia dentro del ejército y, a su vez, seguía siendo el gran puntal del nuevo régimen. Este ejército dio sus primeros pasos hacia la modernización y la profesionalización bajo la guía de Joaquín Amaro, más no logró deshacerse de la influencia de Obregón. No sería aventurado plantear, como hipótesis, que todas las decisiones políticas importantes del callismo se consultaron con Obregón. Era el de Plutarco Elías Calles un poder compartido.

Es difícil saber hasta qué punto la presencia de Obregón limitó el poder de Calles, pero no hay dudas de que tal límite existió. Sin embargo, la centralización no sufrió mengua. El paso más dramático en este camino, además de la reorganización del ejército, fue el enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado que culminó con la rebelión cristera. El gobierno no pudo destruir a los rebeldes en el campo de batalla, pero al final logró acabar con las pretensiones políticas de la Iglesia, dejándola existir, pero en las márgenes del sistema político. Calles se dio a la tarea de seguir con la reconstrucción del país en su periodo

Calles reabrió la controversia con Estados Unidos a través de la ley del petróleo, de la llamada “ley de extranjería”, y de su intervención en Nicaragua. Esto, aunado a la rebelión cristera y a la reelección de Obregón, lo debilitó. Pero a fines de 1927 llegó a un acuerdo sustantivo con el embajador norteamericano, el célebre Dwight Morrow, y la relación con Washington mejoró en forma notable; básicamente se volvía a lo acordado en Bucareli.

La presencia incontrovertible de Obregón llevó a una nueva división dentro del grupo gobernante. En 1927 decidió reelegirse y desde esa fecha inició su campaña electoral. Ello provocó el descontento de los generales Arnulfo R. Gómez y Francisco Serrano, que participaron en la contienda para evitar la reelección (la Constitución se modificó para reelegir a Obregón). En octubre, Serrano fue muerto junto con muchos de sus seguidores y, días después, se levantó en armas Gómez, quien fue derrotado y fusilado.

Al año siguiente, Obregón llegó a las elecciones sin contrincantes y resultó nuevamente electo para Presidente. No obstante, el 17 de julio, días después de la elección, un fanático religioso le disparó y le quitó la vida. Como los laboristas se habían declarado enemigos del obregonismo y contrarios a la reelección de Obregón, los obregonistas los culparon del asesinato, especialmente a Morones, e incluso

llegaron a responsabilizar al propio Calles del magnicidio, con lo que se produjo un ambiente de rebelión.

Ante tales hechos el país se encontró amenazado por una nueva ola de violencia. Dicha circunstancia obliga a una organización seria y definida, lo cual permitió a Calles sentar las bases institucionales, la estrategia y el andamiaje del sistema político mexicano. Calles aceptó la renuncia de todos los laboristas que colaboraban en su gobierno y convocó a todas las fuerzas políticas existentes a crear un partido político en el que se reunieran para resolver sus diferencias en forma pacífica y sin necesidad de recurrir a las rebeliones o a la eliminación de personas. Esta propuesta fue aceptada por la mayoría de las organizaciones existentes y los caudillos revolucionarios; así, nació el Partido Nacional Revolucionario.

Ante la falta del gran caudillo, Calles dirá a todos:

> La misma circunstancia de que quizá por primera vez en su historia se enfrenta México con una situación en que la nota dominante es la falta de caudillos, debe permitirnos, va a permitirnos, orientar definitivamente la política del país por rumbos de una verdadera vida institucional, procurando pasar de país de un hombre a la de nación de instituciones y de leyes. Si la Familia Revolucionaria con la vista solo fija en los principios y con noble abstracción de los hombres, logra unirse para la designación de su candidato, como debe hacer si quiere su salvación y la del país, podrá ir, sin temor, a la lucha más honrada con los grupos conservadores antagónicos, para la disputa del triunfo en un terreno netamente democrático.[8]

El hombre de Guaymas sabía que, de no organizar adecuadamente a todas las causas revolucionarias, una gran tormenta caería sobre el país, por lo que se concretó a hacer alianzas con líderes políticos, de armas y caciques. El verdadero mensaje en 1929 ante la constitución del PNR es: "Reconozco vuestra potencia como grupo y yo no quiero usurpar el papel del jefe caído, a cambio de que vosotros reconozcáis la fuerza de mi grupo, su existencia y derechos".[9]

Calles acepta que, si no hay caudillos, hay facciones que aun el Presidente debe reconocer y garantizar en sus derechos políticos. "El mensaje de Calles está anunciando algo más significativo, que viene a ser algo así como un principio o fundamento del sistema, pues acepta [...] el principio de que cada uno [facción] es

[8] Citado en Medina Viedas, Jorge. *Elites y Democracia en México*, Cal y Arena, México, 1998, p. 160.

[9] Álvarez Mosqueda Saúl. *Alta Política*, México, Ómnibus, 1985, p. 101.

primus inter pares [constituyendo así] un sistema de grupos que comparten el poder en forma amistosa y alternada, sucesiva y consecuente, en proporción a sus fuerzas".[10]

Calles crea el sistema pensando en la forma de acabar con las luchas internas en el reparto de posiciones entre los caudillos revolucionarios, instaurando un modelo de control. Esta visión también es compartida por el escritor Luis Cabrera: "Nació invencible. El PNR, corrompido y todo, es, sin embargo, un grupo unificado por sus intereses bajo la jefatura del General Calles, rico con la riqueza de erario, fuerte con la fuerza del ejército y disciplinado con la disciplina obligatoria pero efectiva de la amenaza del cese".[11]

Calles decide convocar a todos los caciques a formar un partido revolucionario, al que define como un partido que logre unificar a todos los caudillos de la revolución en una gran familia, la "Familia Revolucionaria". A falta de recias personalidades, imán de simpatías y lazo de unión de las fuerzas sociales dispersas que se impongan en la lucha y conquisten las voluntades por cualidades muy personales, se necesitan, para controlar la opinión y respaldar después a los gobiernos, fuerzas políticas organizadas. Calles sigue un modelo basado en el modelo de partido de Estado. Esta concepción trajo repercusiones sobre la vida de la sociedad mexicana. El modelo, siendo absolutista, buscó abarcar todos los campos de la vida social para mantener el control del poder.

La crisis política vivida en el país en los años 1928-1929 condensa el dilema planteado durante toda la década de los veinte: diseñar un nuevo Estado que pudiera realizar el proyecto modernizador del capitalismo surgido de la lucha armada y plasmado en la Constitución de 1917.[12]

Para mediados de 1929, el panorama político mexicano tenía, entre otras, las siguientes características. Por un lado, se había formado ya el gran partido oficial, que iba a ocupar rápidamente parte del vacío dejado por la muerte del caudillo. Con la

---

[10] *Ibidem*., p. 102.

[11] Citado en Hernández Padilla, Remberto. *Historia de la Política Mexicana*, Edamex, México, 1995, p. 198.

[12] La constitución de 1917 evolucionó, así, como una pieza central del nuevo orden político. Fue la cristalización de la correlación específica de fuerzas que surgieron de la Revolución. De la misma manera que las fuerzas políticas de 1917 formaban un mosaico heterogéneo, su orientación ideológica era también heterogénea. El periodo caudillista que siguió a 1917, rápidamente entendió que, en tanto las cuatro interpelaciones ideológicas (artículos 3, 27, 123 y 83) fuesen mantenidas vivas, la lealtad de los trabajadores, campesinos, clases medias y la propia burocracia político-militar, permanecerían con la familia revolucionaria. Por consiguiente, comenzó a crecer y madurar un mecanismo para reafirmar alternativa y, sucesivamente, estos cuatro pilares revolucionarios. Basáñez, Miguel. *El Pulso de los Sexenios*, Siglo XXI, México, 1990, p. 31.

coalición de partidos bajo la égida del PNR, introduciría un elemento nuevo y muy importante de disciplina y de institucionalización de la vida política. Ésta fue la gran invención política de la Revolución. Por otro lado, la derrota de los escobaristas[13] echó del ejército a los elementos refractarios a la nueva disciplina; la obra de Amaro se fortaleció. Sin embargo, el notable incremento del poder central no fue aprovechado por el Presidente Portes Gil –que no contaba con gran poder propio al asumir su interinato–, sino por el mismo Calles.

A partir de entonces surgió otra diarquía más conspicua que la anterior; por un lado, el Presidente y por el otro el "Jefe Máximo de la Revolución Mexicana": Plutarco Elías Calles. Mientras el Presidente tomaba a su cargo los asuntos formales del poder, el "Jefe Máximo" se convertía rápidamente en el árbitro de las principales fuerzas políticas que formaban el mundo oficial; fue el guía del nuevo partido, y su palabra era decisiva en todos los asuntos de importancia.

La institucionalización de la política revolucionaria se debió a la crisis provocada por el asesinato de Obregón, y dio lugar al acuerdo de los grupos revolucionarios y, lógicamente, a un largo periodo de estabilidad. La fundación del Partido Nacional Revolucionario (PNR) –fruto de esta necesidad nacional– muestra, por un lado, una instancia donde las divergencias entre fracciones del bloque dominante se dirimirían dentro de la "Familia Revolucionaria" sin el riesgo de continuas sublevaciones armadas[14], y donde Calles no sería el "hombre fuerte" de la política nacional, sino,

---

[13] Los principales líderes del movimiento escobarista fueron el general Gonzalo Escobar, jefe de la insurrección, que se encontraba en Coahuila, con 3,500 hombres, el general Manzo en Sonora, con 5,000, el general Aguirre en Veracruz, con 3,500, el general Urbalejo en Durango, con 2,000 y el general Carabeo en Chihuahua, con 3,000. En total se levantaron cerca de 30,000 efectivos.

El Plan de Hermosillo [...] culpaba a Calles y a Portes Gil de haber asesinado a Obregón, el representante más genuino de la revolución. López Villafañe, Víctor. *La formación del Sistema Político Mexicano*, Siglo XXI, México, 1986, p.31.

[14] El Partido Oficial cumplió con una función que difícilmente se le puede regatear: ayudó en la consolidación del proyecto liberal de los revolucionarios y burgueses del norte y centro del país. Para ello, contribuyó con la forzada unidad de las fuerzas dispersas de la Revolución, que acataron de buena o mala gana las prescripciones dictadas por la élite de la clase política.

La unidad se hizo necesaria luego de casi veinte años de desbarajuste, muerte, destrucción, magnicidios e incertidumbre. La modernidad y el desarrollo eran objetivos imposibles bajo tales circunstancias. La fundación del PNR en 1929 aportó esa imperiosa tranquilidad política, aunque no sin problemas y desvíos antidemocráticos. La unidad era ya una demanda defendida por muchos líderes revolucionarios, en particular algunos líderes regionales que lograron aglutinar las dispersas fuerzas desatadas por el movimiento social. Ese fue el caso de Garrido Canabal en Tabasco, Carrillo Puerto en Yucatán o Emilio Portes Gil en Tamaulipas, quienes unificaron casi a la fuerza a sus élites políticas locales. El PNR fue instituido en 1929 como un

precisamente, el árbitro conciliador entre los distintos grupos; por otro lado, habla de una instancia que se abocaría al objetivo histórico de los grupos y las clases dominantes: desorganizar (organizándolos) a los grupos dominados.

La inexistencia de un Estado con carácter soberano y nacional es el telón de fondo que permite comprender la intrincada red de intereses y proyectos políticos contrapuestos, de sutiles matices y pugnas abiertas en el seno del bloque en el poder. El poder fragmentado en cacicazgos locales y regionales y en distintos caudillos militares y caciques[15], saldo de la revolución, domina la esfera política del período estudiado y explica, a partir de las cambiantes correlaciones de fuerzas entre los grupos políticos enfrentados, la posibilidad de instaurar una vía política definitiva para el país.

Para acabar con el periodo de guerras civiles hubo que empezar prácticamente el mismo proceso que impulsó Juárez y que continuó Díaz en el siglo XIX: acabar con los actores colectivos tradicionales (los grupos militares y los caudillos regionales) agrupándolos en una cadena de fidelidades (en ese sentido, Obregón fue un segundo

---

"partido de partidos", lo que permitió la supervivencia temporal de las agrupaciones regionales. Más adelante, la reforma cardenista de 1938 transformó al partido en una organización pluriclasista, revolucionaria y de masas.

[15] El cacique aparece por definición como el ambiguo representante de las clases populares, cuya circunstancia le permite acumular poder y riqueza. El origen generalmente mestizo de los caciques, restringe sus horizontes a una localidad o región, donde las relaciones de parentesco le favorecen. Expresa valores locales y el suyo es, acorde con la clasificación weberiana, un tipo de dominación tradicional, teniendo como arma fundamental, frente al Estado, la amenaza de posibles revueltas populares. A ello hay que agregar valores, ideología, carisma y, sobre todo, la complejidad de las instituciones del Estado.

A mi manera de ver, los hombres fuertes surgidos de la Revolución, los hombres que lograron conservar el poder varias décadas, son personajes híbridos que conjugan rasgos caciquiles y caudillescos: Adolfo de la Huerta, Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, Emilio Portes Gil, Lázaro Cárdenas y Manuel Ávila Camacho; conforman una categoría entre caudillos y estadistas. A diferencia de Emiliano Zapata, símbolo y quizás mitología, que alcanza incluso a Gustavo Baz, pasando por hombres fuertes como el caso de Guillermo Meixuervo en Oaxaca, el de Francisco J. Mújica, los dos Saturninos, el de San Luis Potosí (Cedillo), y el de Querétaro (Osorio), o los casos muy particulares de Cándido Aguilar en Veracruz, José Guadalupe Zuno en Jalisco y Carlos Greene en Tabasco. Contrastan con experiencias particularísimas como la de Adolfo Bonilla en Tlaxcala y Gonzalo N. Santos en el emporio potosino. Experiencias contrapunteadas con los que quisieron ser y no fueron, o que habiendo podido llegar a caudillos, devienen en grandes perdedores: Ángel Flores, Victoriano Ramírez "el Catorce", quizás más bandido social o cruzado que caudillo, e incluso Eulogio Gillow, que siendo cura fue también un latifundista en Oaxaca. Hombres como Cedillo, Santos, etc., fueron y son aun prueba fehaciente de ese caciquismo sui generis en nuestra política, difícil de definir si se pretende ajustarla a cánones ortodoxos del análisis politológico.

Díaz, incluso hasta en su tentativa de reelección). Había que eliminar a estos caudillos, volver a reconstruir el aparato civil del Estado. A la vez, y como sucede en todas las revoluciones, se dio una extraordinaria movilización de actores muy antiguos, como los pueblos del centro de México (pensemos sobre todo en el fenómeno zapatista), para reconquistar sus tierras, para recuperar su estatuto de pueblos de antiguo régimen atacados en sus privilegios por el liberalismo. Pero también se dio una movilización de los actores modernos que surgieron durante el Porfiriato: sindicatos obreros, asociaciones políticas, algunas de tipo anarquista. Era necesario un sistema para integrar a estos nuevos actores, y eso es lo que harían los gobiernos posrevolucionarios, Obregón primero y Calles después, creando un sistema unificado de clientelas con un grupo de actores colectivos muy diversos.

En este contexto, es claro que las personalidades relevantes del período 1920-1930 expresan el poder de las fuerzas sociales y de grupos políticos actuantes y que, en sus actos políticos y/o de gobierno, defienden un determinado proyecto de nación. Así, la labor central de Calles y de su tendencia no sería solamente depurar al grupo gobernante, sino sentar firmemente las bases del Estado moderno al centralizar las decisiones políticas no en algún caudillo prestigiado con cierto consenso en las masas, sino en instituciones formales donde se definirían, de antemano, las reglas del juego político nacional.

Plutarco Elías Calles exhortó a la Familia Revolucionaria a constituirse institucionalmente en un instrumento de unificación y colaboración. ¿Quiénes fueron los integrantes fundadores de la Familia Revolucionaria? ¿Cómo funcionaron y en qué sentido su cohesión le dio estabilidad al sistema político mexicano?

Calles afirma que a la Familia pertenecen todos aquellos que participaron en la gesta armada, es decir, que, exceptuando a Díaz y Huerta, el resto de las corrientes armadas en la Revolución Mexicana responden al término "callista".

Plutarco Elías Calles la define del modo siguiente: "Pertenecen a la Familia Revolucionaria los hombres que han hecho la Revolución y las voluntades que han aceptado de modo entusiasta y sincero, la necesidad histórica, económica y social de esta revolución".[16] La Familia Revolucionaria es, entonces, una clase política que gobierna México, apta para sucederse a sí misma por mediación de sus representantes en el gobierno. Su unidad depende de:

1) Lealtad al pasado revolucionario;
2) Amistad forjada en los campos de batalla y en los avatares del gobierno;
3) Conveniencia en acumular y retener el poder;

[16] Hernández Padilla, Remberto, *op. cit.,* p. 195.

4) Temor a una derrota política por fuerzas antirrevolucionarias;
5) Posesión de la maquinaria estatal.

La filiación en la Familia Revolucionaria se definía por el grado de cercanía y lealtad, de confianza y de calidad de los servicios prestados a cualquiera de los principales próceres del movimiento armado. La esencia de la familia consiste en una élite formada por miembros de las distintas tendencias participantes en la Revolución Mexicana, considerando todas sus etapas, pero muy particularmente, tres fundamentales:

1) La etapa antiporfirista;
2) La etapa antihuertista;
3) La etapa de la guerra civil religiosa.

Aunque también podríamos señalar dos etapas más, aquella ubicada dentro de la escisión entre carrancistas y obregonistas, así como las propias purgas de los sonorenses. Saúl Álvarez Mosqueda[17] determina a las siguientes facciones como fundadoras de la "Familia Revolucionaria".

El Maderismo. Francisco I. Madero perseguía, sobre todo, los ideales de la Democracia y la Libertad Política; fue, de hecho, la corriente revolucionaria bajo la cual se cobijaron el resto de los alzados y que después, según sus convicciones o sus conveniencias, construyeron su propio grupo. El maderismo es por sí solo uno de los pilares de la Familia Revolucionaria; sin embargo, su lejanía en el tiempo y en los hechos significó debilitamiento. Dentro de los maderistas puros podemos encontrar a José Vasconcelos, al general Agustín Olachea Avilés, Adolfo López Mateos, Manuel Moreno Sánchez y Ángel Carvajal. No hay que olvidar que el Villismo se fusiona con esta facción.

El Carrancismo. Esta corriente se distinguió por defender los principios de la "Constitución de 1857", autodenominándose Constitucionalistas. Su líder, Venustiano Carranza, trataba de emular a Benito Juárez y la legalidad del Estado. Al constituirse como la facción más poderosa de la Revolución, diseñará gran parte del Estado Mexicano Posrevolucionario en su estructura Legal, Política y Social. Como el Maderismo, los Constitucionalistas pronto se dividieron, distinguiéndose las cabezas de Calles y Obregón. Sin embargo, dentro de los carrancistas que permanecieron hasta

[17] Álvarez Mosqueda, Saúl, *op. cit.*, p. 220.

el final encontramos a Jesús Castro y Jacinto B. Treviño, Cándido Aguilar, Juan Barragán, Francisco L. Urquizo y Jesús Agustín Castro.

El Obregonismo. Sus miembros se iniciaron combatiendo junto a Carranza en el ejército constitucionalista, pero empezaron a perfilarse desde el Congreso Constituyente de Querétaro. Ahí es donde adoptan el liderazgo y carisma de Obregón e impulsan el tinte radical de la Constitución de 1917.[18] El grupo se distingue por ser el más amplio frente de anticlericales, anarquistas y socialistas. Durante el movimiento aguaprietista, los principales líderes del zapatismo se le unirán también. Los miembros más destacados son Rómulo Figueroa, Fortunato Maycotte, Emilio Portes Gil, Aarón Sáenz, Marte R. Gómez, Eduardo Neri, Pablo González, Jacinto B. Treviño, Plutarco Elías Calles, Adolfo de la Huerta, Gildardo Magaña, Genovevo de la O., Antonio Soto y Gama, Pablo Escobar, Panuncio Martínez, Aurelio Manrique, etc. Esta facción será la más fuerte, y dicho poderío queda demostrado en la revuelta de los "aguaprietistas", le siguen los laboristas, los socialistas, los agraristas, los militares y los políticos.[19]

El Callismo. Plutarco Elías Calles siempre se había mantenido bajo la sombra del Caudillo Obregón, lo que, en cierto modo, no le impidió tener allegados fieles y seguidores políticos. Al arribar a la Presidencia de la República su facción está organizada, pero se consolidará perfectamente cuando acontece la tragedia de Álvaro Obregón. El callismo se nutre de una pequeña parte del obregonismo. Así se va fincando la hegemonía de Calles, que, sin ser más poderoso que los demás, tiene que ser admitido como el tutor del proceso.

El Cardenismo. Esta facción se constituye propiamente del grupo socialista de la Revolución Mexicana que, entre sus principales líderes políticos, cuenta con Francisco J. Mújica. Este grupo se organizó sobre la marcha del sistema, acomodando a cada cual en su momento preciso para que obtuviera su posición de poder correspondiente.

---

[18] Álvaro Obregón es el militar más destacado durante la lucha armada. [...] no solo gracias a su poder militar sino a su excelente habilidad política [...] fue quien hizo directamente las negociaciones con los obreros organizados alrededor de la Casa del Obrero Mundial a mediados de 1914, a quienes pidió su cooperación para luchar [...] también promovió ante Carranza los estudios que darían origen a la ley del 6 de enero y al artículo 27 constitucional. Mediante estos dos elementos consiguió una enorme cantidad de adeptos en todo el país. López Villafañe, Víctor, *op. cit.*, p. 26.

[19] Durante su primera campaña política para la presidencia, la enorme legitimidad y simpatía del general Obregón le permitió la adhesión incondicional de los primeros partidos políticos posrevolucionarios, PLC, PLN y PNC.

Álvarez Mosqueda apunta: "En su gobierno son acomodados todos los intereses faccionales de modo y manera que tengan proyección hacia el futuro, asimilando a todas las facciones dispersas de maderistas, villistas, carrancistas, delahuertistas, y aún del bando católico, dándole a cada uno su oportunidad".[20]

Esta clasificación es similar a una cascada de copas, es decir, cada rama de la familia revolucionaria proviene del nivel inmediatamente anterior. Ni siquiera esperan a que la fracción precedente desaparezca, sino que surge al unísono y compite con ella.

Para Álvarez Mosqueda, la familia revolucionaria queda conformada después del cardenismo, lo que es muy importante, pues determinarla como una configuración anterior sería erróneo. De ahí que algunos elementos se encuentren en una y otra facción.

Lo que hay que señalar es la temporalidad de cada una. Por ejemplo, durante el dominio obregonista, todas las facciones estaban cobijadas bajo su liderazgo; a su muerte, algunas se mantuvieron apegadas a Calles, quien procrea a Cárdenas, y será éste quien limita este mecanismo contaminado

A partir de la experiencia del Maximato, la Familia Revolucionaria se define y organiza rígidamente, situándose en cuatro facciones que indicarían su turno de ascenso al poder: Cardenismo, Obregonismo, Callismo y Carrancismo.

Desde entonces comenzó una época de obras materiales y sociales que la lucha revolucionaria había exigido, sin desviar demasiados esfuerzos en pacificaciones. Esto se hizo bajo la dirección de un jefe máximo: el propio Calles. Al terminar su mandato le sucedieron Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez, presidencias que conforman el periodo denominado como Maximato –entre 1929 y 1934–, precisamente por la influencia que se le atribuye al jefe máximo Calles en estos tres gobiernos. El período callista fue un esfuerzo para encauzar la Revolución Mexicana por la vía del caudillismo personalista, a tal grado que adquiere el mote singular de "Jefe Máximo de la Revolución".

Con el asesinato de Obregón desapareció el caudillismo y el gran peso que limitaban la libertad presidencial. Pero con el afianzamiento del "Maximato" la institución presidencial recibió un golpe fuerte. La revolución se institucionaliza en 1929 con la fundación del Partido Nacional Revolucionario, pero también se consolida el poder de Calles con el Partido de Estado, con cierto estilo corporativista, populista y autoritario con reivindicación del fascismo. Sin embargo, hay que observar cuidadosamente el papel político que jugó Calles durante el maximato: no solo lo domina la simple ambición de poder o la postura maniquea del "rey detrás del trono", sino, precisamente, la coyuntura para abolir una forma de dirección política en el país

[20] *Ibid.,* p. 104.

–el caudillismo– e implantar otra más acorde con los imperativos que planteaba el desarrollo capitalista.

Resulta difícil imaginar la estabilidad que debió alcanzar la Familia Revolucionaria para lograr efectos de buen gobierno dentro de México. Uno de los elementos determinantes de tal circunstancia fue la disciplina entre el centro y la periferia, y entre la cúspide y la base. El Maximato fue el órgano suprainstitucional que logró la consolidación de una maquinaria política similar a la del porfiriato, pero diferente en cuanto al número de actores y al tipo de proyecto que suponía. La *pax revolucionaria* estableció nuevas formas alternativas de dirimir las disputas más importantes por el poder político. El logro de estos objetivos fue tangible, no podemos entender la forzada estabilidad política del México moderno sin considerar el papel que tan efectivamente han desempeñado el Partido Oficial y la Familia Revolucionaria.

El esquema se funda en un modelo de pirámide, en el cual todo lo que pase en el país es responsabilidad del Presidente, que en este caso se llamó Jefe Máximo. El Presidente se apoya en sus colaboradores cercanos para ejecutar su programa y se forma el "Gabinete". Dado que el Partido busca la unificación de todos los caciques y caudillos, esto se logra haciendo un grupo selecto que funge como mesa de coordinación y de resolución de controversias y al que Calles llamó Familia Revolucionaria. Por último, está la estructura corporativa del Partido, con los diversos sectores en los cuales debe integrarse toda la sociedad. Por ello, se busca que todos los obreros estén integrados en el sector obrero, todos los campesinos en su sector y los militares en el suyo. La clase media y el empresariado pequeño o mediano son burguesía, no deben integrarse al partido, sino ser eliminados gradualmente.

En el discurso o en la flexibilidad ideológica se pretendía crear una formula política para dar solución a las demandas sociales del porfiriato. Por ello, a los resabios de dicho régimen se les contemplaba con demasiado odio, aunque, en el fondo, la nueva clase política sabía de su necesidad para desarrollar económicamente al país.

La tesis fundamental para la formación del PNR no es, ni ha sido nunca, iniciar un camino democrático en la actividad política del país. Los discursos de Calles y los propios estatutos internos del PNR, así lo definen. El artículo primero de los estatutos del PNR dispone que su objetivo es el de mantener la unificación de los revolucionarios por medio de la disciplina que proporcione sostén a la revolución que triunfó.[21] Entonces, su actividad principal es buscar ese cambio de estructuras caudillistas para aglutinar a todos los líderes de una institución en la cual se puedan

[21] "Artículo 1.- El objeto del Partido Nacional Revolucionario es el de mantener de modo permanente y por medio de la unificación de los elementos revolucionarios del país una disciplina de sostén al orden legal creado por el triunfo de la Revolución Mexicana", en Hernández Padilla, Remberto, *op. cit.,* p. 199.

dimitir las diferencias y repartirse equitativamente el pastel para acabar de una vez con los pleitos personales causados por la ambición.

Plutarco Elías Calles va más allá y establece las siguientes reglas del juego para buscar consolidar a esa nueva institución:

1) El corazón de toda revolución y del sistema posterior es la Familia Revolucionaria;
2) La unidad interna es el soporte de todo el sistema, por lo que solo se permite disentir dentro de la Familia Revolucionaria; ahí se puede discutir y presionar, pero hacia el exterior todo es unidad; ahí también es donde se toman las decisiones sobre las elecciones, con el acuerdo de la familia;
3) El eje y soporte del sistema es el Presidente, quien es el "fiel de la balanza" en las decisiones y el que puede coordinar las actividades de todos en la transformación de la sociedad;
4) Para poder ser Presidente se requiere:
   a) ser miembro del gabinete;
   b) formar parte de la Familia Revolucionaria;
   c) haber participado durante algún tiempo en el partido; y
   d) haber obtenido con anterioridad un puesto de elección popular.

Al cumplirse estar reglas, el partido se hacía estable y se mantenía en el poder.

El sistema empezó a rendir frutos al detener los asesinatos de caciques e iniciar la nueva etapa de control del poder a través de "elecciones", en las cuales se aplicó el modelo de elección sin alternancia. Durante toda la época del maximato se pudo comprobar la efectividad de conseguir acuerdos internos en la familia revolucionaria.

Es aquí donde dan inicio una serie de tradiciones sistemáticas: una vez que la familia se ha puesto de acuerdo, todos los miembros de la familia y del partido se reúnen alrededor del candidato y le expresan su unidad. Todos los miembros del partido empiezan a trabajar para conseguir realizar los mítines más numerosos, ya que los puestos futuros dependen de la fuerza que puedan demostrar, por lo que no se escatiman recursos (públicos, siempre públicos) o esfuerzos para llevar al mayor número de personas.

Fue básicamente Calles quien designó a los cuatro Presidentes que le sucedieron (aunque no sin tomar en cuenta la correlación de fuerzas dentro de la coalición de la que era la cabeza); fue él quien frenó la política de reparto agrario, quien designó a los gobernadores de la época, quien provocó los múltiples cambios de gabinete que caracterizaron al Maximato, quien tomó la decisión de arreglar el conflicto con la

Iglesia en los términos del acuerdo de junio de 1929 y quien decidió el rompimiento de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. En fin, la lista es larga.

Lo que importa destacar es que esta capacidad de decisión de Calles no radicaba tanto en una fuerza propia, sino en que era el único vértice de confluencia para todas las corrientes de la "familia revolucionaria". El sistema era aún frágil, y el paso del caudillismo a la institucionalización no pudo ser directo. Simbólicamente, el poder presidencial llegó a su punto más bajo (y el de Calles al más alto) cuando Ortiz Rubio sometió a la consideración del "Jefe Máximo" su renuncia a su alto cargo, que solo después presentaría al Congreso.

A Ortiz Rubio se le fue de las manos incluso el control que ya se había establecido sobre el poder legislativo. Con la pugna entre congresistas "blancos" y "rojos", fue evidente que las directivas que obedecía una parte importante de los legisladores no provenían del Presidente, sino del PNR, organismo que supuestamente trasmitía los designios del "Jefe Máximo".

Pero no fue solo la figura de Calles la que obstaculizó la marcha del presidencialismo, también la agudización momentánea de ciertas fuerzas centrífugas. La rebelión escobarista había llevado a la creación de una importante fuerza agrarista que sirvió de auxiliar a los federales, y que no desapareció al término de la emergencia, sino que se mantuvo como base de ciertas autonomías locales, algunas tan importantes como las de Adalberto Tejeda en Veracruz o Saturnino Cedillo en San Luis Potosí. Por otro lado, gobernadores como Garrido Canabal o, mejor aún, Rodolfo Elías Calles, que eran parte del círculo íntimo del jefe máximo, eran prácticamente irresponsables ante el jefe del Poder Ejecutivo.

La Familia Revolucionaría, así establecida, empezó a transformarse en una red que colocó en la cúpula, sucesivamente, a patrocinadores y padrinos que engendraron, a su vez, otros patrocinadores y padrinos. Todas estas tradiciones del sistema se empiezan a aplicar durante el maximato, en donde empieza a revelarse el verdadero sentido y uso del partido. Luis Villoro[22], en su obra *Signos Políticos*, afirmaba: "desde la más alta política hasta las relaciones inmediatas de trabajo se teje una red de subordinaciones y solidaridades que liga a casi todos a un patrocinador poderoso. Sin ella, las decisiones tomadas *desde arriba* no podrían tan fácilmente aceptarse". Denomina *Red* al orden corporativo que se erige supremo en la vida política, en la social o en la económica. Se trata de la red tramada con otras que, en México, mantuvo a un solo grupo en el poder gubernamental durante casi ochenta años.

[22] Citado en Samperio, Guillermo. *¿Por qué Colosio?*, Océano, México, 1995, p. 47.

Capítulo II

Hacia la Isla de la Fantasía

Los acuerdos de la Familia Revolucionaria empezarían a enfrentar el poder del "Jefe Máximo de la Revolución" cuando se decide la sucesión a favor de Lázaro Cárdenas del Río. Cárdenas concentró en su figura la síntesis práctica de la Revolución Mexicana.

El maximato había dado como resultado la división de los sobrevivientes revolucionarios en dos grupos: los agraristas y los generales del ejército. Ante las demandas y presiones de los primeros, Calles decide designar como sucesor a Cárdenas, que representaba un punto intermedio entre ambas tendencias. La división entre agraristas y callistas fue más una ruptura de ideas que, sin embargo, también se manifestó en las personas. Los agraristas imaginaban una nación llena de colectivos agrarios y cooperativas de campesinos. Para los callistas, era la pequeña propiedad lo que resolvería el problema económico del país.

Así, un nuevo estilo de gobernar se impuso a su llegada a la silla presidencial. Cárdenas decide crear una serie de modificaciones al sistema que le permiten, por un lado, sacudirse a Calles y acabar con el maximato, y, por el otro, radicalizar la postura del gobierno.

Ya desde su campaña electoral, pero sobre todo a partir del 1 de diciembre de 1934, día de la toma de posesión, prevaleció una forma inédita de ejercer el poder político por parte del Ejecutivo. En efecto, inspirado en una austeridad republicana, acorde con un país de enormes desigualdades y carencias, el primer mandatario ordenó cuestiones como la eliminación del boato en las ceremonias oficiales, el cambio de la ostentosa chaqueta por el uso de un traje sencillo, la edificación de Los Pinos como la nueva casa presidencial en sustitución del fastuoso Castillo de Chapultepec, la reducción del sueldo del Presidente a la mitad de lo estipulado oficialmente, la clausura de los casinos (algunos de los cuales pertenecían a su antecesor, Abelardo Rodríguez) y, sobre todo, la práctica cotidiana de recibir en Palacio Nacional a obreros y campesinos durante una hora diaria para atender sus quejas y oír sus puntos de vista.

Se ha denominado a Lázaro Cárdenas como el máximo exponente del Nacionalismo Revolucionario, pero es necesario aclarar que un Nacionalismo

Revolucionario diferente y no tal cual lo había ideado Manabendra Nath Roy[1], ni como lo habían venido practicando los otros revolucionarios.

Se puede afirmar que Cárdenas modifica al Nacionalismo Revolucionario, inclinándose más por el modelo socialista, confirmado esto por los cambios que hubo en cuanto al Partido y a los actos de Gobierno:

> El justicialismo de Cárdenas consolidó la dominación de las Clases Medias mediante la alianza entre el Partido de la Revolución Mexicana y la sucesora de la CROM, la CTM. Ésta se organiza bajo el comando de Vicente Lombardo Toledano, lugarteniente de Morones, quien acepta reemplazar al equipo anarquista por comunistas y hombres de Moscú.
>
> Esta alianza canceló la persecución religiosa, encendió el nacionalismo antiimperialista, desenvolvió un limitado movimiento de tímida reforma agraria y consumó la nacionalización de los consorcios petroleros extranjeros. Esta alianza político-sindical impuso su hegemonía absolutista en toda la vida nacional, anuló la oposición, montó la maquinaria electoral del actual PRI (...).[2]

Las acciones del gobierno cardenista –la Reforma Agraria, la Expropiación Petrolera, la Educación Socialista, etc.– permiten hallar tintes de un nacionalismo radical dentro de su política, aunque también se da la existencia de factores para poner en tela de juicio esta aseveración. A pesar de sus simpatías por las huelgas, por la nacionalización de algunas industrias y el reparto agrario, cabe señalar que existieron hechos que pusieron en duda la praxis roja del Gral. Lázaro Cárdenas, al menos durante su mandato.

---

[1] La tesis teórica del Nacionalismo Revolucionario se atribuye a Manabendra Nath Roy, un anarquista hindú al servicio del gobierno prusiano que estaba interesado en traer agitadores a México para que provocaran un conflicto en la frontera norte, con el objeto de distraer a los Estados Unidos e impedir su intervención en la guerra (1ª Guerra Mundial).

Uno de los principales investigadores sobre el tema del Nacionalismo Revolucionario, Manuel Díaz Cid (Díaz Cid, Manuel: "Sistema Político Mexicano", citado en Necoechea y Martínez: *Panorama Político Contemporáneo de Fin de Siglo*, Tesis Profesional, UPAEP, Puebla, 1997, p. 355), considera que Manabendra "llegó a influir nada menos que a Lenin, a quien convenció de la necesidad de la creación de un Partido Revolucionario, pues el modelo de la revolución popular manejada por los obreros era inviable en países como los de la América Española, en donde el núcleo de trabajadores de las fábricas era ínfimo frente al número enorme de campesinos". Lenin diría después: "hemos acordado por unanimidad hablar de movimiento nacional revolucionario en vez de movimiento democrático burgués [...] Y sustituir en casi todos los casos la expresión Democrático Burgués por la de Nacionalismo Revolucionario, este cambio consiste en que solo apoyaremos los movimientos burgueses de liberación en el caso de que estos movimientos sean verdaderamente revolucionarios".

[2] Ravines, Eudocio. *América Latina: continente en erupción*, Claridad, Argentina, 1956, p. 88

Después de la crisis política de 1935, Cárdenas dio marcha atrás a la política antirreligiosa al nombrar a Saturnino Cedillo (quien en San Luis Potosí se caracterizó por ser defensor de la libertad religiosa) como Ministro de Agricultura en sustitución de Tomás Garrido Canabal, un callista que se caracterizó por sus abiertos ataques contra la Iglesia. Cárdenas envió a Garrido Canabal a Costa Rica, con lo cual desarticuló a los paramilitares "Camisas Rojas". Este movimiento lo realizó al mismo tiempo que derogaba la ley que prohibía la circulación de la literatura religiosa por correo. También nombró Presidente del partido a Emilio Portes Gil, quien tenía fama de ser adversario de los rojos.

Aun cuando Cárdenas era partidario de la educación socialista, cabe señalar que la reforma al artículo 3º Constitucional, en donde se promulgó que dicho tipo de educación sería impartida por el Estado y que las escuelas privadas solo podrían establecerse siempre y cuando aceptaran los libros de texto y la actitud laica del gobierno, fue aprobada antes de que Cárdenas tomará posesión como Presidente. Al aplicarla durante su sexenio, las consecuencias fueron desastrosas: varias escuelas cerraron, maestros de prestigio se rehusaron a impartirla y terminaron renunciando o siendo despedidos. Los acontecimientos ocurridos el 30 de marzo de 1936 en San Felipe Torresmochas, Guanajuato, donde un maestro fue asesinado, hicieron que Cárdenas suavizara la aplicación del Artículo 3, haciendo que la educación socialista ya no fuera antirreligiosa ni un asunto prioritario. Al respecto, y de manera irónica, Krauze escribe lo siguiente:

> Durante todo su periodo la querella en torno a la educación socialista estuvo a la orden del día, muy ligada a la oratoria de la época: congresos, debates, polémicas, textos doctrinales, agitación universitaria, discursos de Lombardo Toledano, amenazas, homenajes a Lenin, el aniversario de la Revolución Rusa elevado a fiesta nacional en el calendario de la Secretaría de Educación; confusión en los programas, los maestros, los padres y los niños; dudas sobre cuál sería el sentido racional y exacto del universo al que crípticamente se refería al nuevo artículo. 3º, mítines, fundación de la Universidad Obrera, obreros vestidos de universitarios, universitarios vestidos de obreros, nuevos discursos de Lombardo Toledano... kilómetros de tinta y bla, bla, bla. Desde el punto de vista de una posible sociología del conocimiento no es casual que naciera una estrella: Cantinflas. [Cárdenas] podía detener la persecución religiosa pero no el bla, bla, bla ni la educación socialista. En el fondo veía a ésta como un objetivo menor.[3]

El general Cárdenas pensaba que, al fomentar la educación en las zonas rurales y al inculcar en los indígenas las ideas de la cultura occidental, disminuirían notablemente las antiguas supersticiones. Las reformas económicas harían desaparecer con el tiempo

[3] Krauze, Enrique. *Lázaro Cárdenas, General Misionero*..., pp. 104-105.

la miseria de la clase campesina y contribuirían – así lo esperaba– a que disminuyera la sumisión de los oprimidos a la fanática fe religiosa.

Las relaciones que se establecieron entre el gobierno de Lázaro Cárdenas y la Iglesia Católica han sido juzgadas por los estudiosos, según su propia interpretación. Por una parte, han expresado que Cárdenas era un ateo y un bolchevique que persiguió a la iglesia sin tregua; mientras que por otra han manifestado también que, siendo de una familia católica, trató con prudencia y tolerancia a los católicos y a todos los que se ampararon en esa causa. La posición de Cárdenas frente a la Iglesia se puede resumir en una frase: las leyes y reglamentos relativos a la iglesia tienen que aplicarse rigurosamente, con el objeto de lograr un país ordenado y progresista, sin influencias exteriores. Si bien no dio marcha atrás en lo relativo a meter al orden constitucional al clero y a la iglesia, se mostró respetuoso de las creencias del pueblo, ya que él había sido testigo presencial de los excesos que las autoridades locales y regionales solían cometer cuando interpretaban la ley a su manera, además de que no quería más derramamiento de sangre en el país, por lo que prefirió el entendimiento y la concertación cuando esto fue posible.

En cuanto al aspecto económico, Héctor Aguilar Camín y Lorenzo Meyer proporcionan los siguientes datos. De 1935 a 1940 el PIB creció 27%, pero con variaciones notables dentro del periodo. Entre 1935 y 1937 el crecimiento fue constante, pero entre 1938 y 1940 la economía prácticamente se estancó debido a la destrucción de la Hacienda (efecto de la reforma agraria) y la expropiación petrolera con su respectiva represalia internacional (la cual afectó tanto la venta de combustible como de minerales y se creó un clima de desconfianza para las inversiones privadas). A pesar de esto, la producción manufacturera creció el 53%. El país inició la sustitución de importaciones y el uso intensivo de la capacidad instalada. La producción industrial para el consumo interno creció.

El Proyecto original de Cárdenas era construir un México de Ejidos y pequeñas comunidades industriales. La industria estaría al servicio de la sociedad agraria. En la práctica esto no ocurrió. La industria creció sin supeditarse a la agricultura e incluso empezó a sustituir importaciones de bienes de consumo. En la década de los treintas figuran los nombres de empresarios como Rómulo O´Farrill, Gastón Azcárraga, Garza Sada, Benjamín Salinas, Joel Rocha, William Jenkins, Carlos Trouyet, Harry Steele, Antonio Ruiz Galindo, Eloy Vallina, Emilio Azcárraga, entre otros. En un ambiente cargado de frases anticapitalistas, verbalmente propicio a la construcción de un México de y para los trabajadores, la incipiente burguesía nacional, industrial y comercial se afianzó sin grandes dificultades. La utopía cardenista era desbordada y negada por la realidad. No pasaría mucho tiempo antes de que esa burguesía en marcha –no los

ejidatarios ni la cooperativas– se volviera el eje del proceso económico mexicano con el decidido apoyo del Estado.[4]

El otorgamiento de asilo político a León Trotski (1936) y la condena a la invasión de la URSS sobre Finlandia por parte del gobierno mexicano (diciembre de 1939) hicieron que las fuerzas comunistas en México se dividieran.

Por todo esto el gobierno de Cárdenas ha sido calificado como paternalista, populista, nacionalista revolucionario, a su manera, socialista pero no marxista-leninista o comunista. Cárdenas, después de todo, tuvo que adaptarse a las circunstancias. Después de la Presidencia, Cárdenas mantendría importantes nexos e influencia soviética.

La conformación del primer gabinete presidencial, que estuvo en funciones hasta junio de 1935, mostró otra vez la enorme astucia política de Cárdenas, quien supo equilibrar la fuerza de los callistas, a quienes no podía dejar al margen, con la presencia de partidarios suyos que situó en puestos clave. Entre los allegados de don Plutarco Elías Calles estuvieron: Rodolfo Elías Calles en la Secretaría de Comunicaciones, Juan de Dios Bojórquez en la de Gobernación, Tomás Garrido Canabal en la de Agricultura, Pablo Quiroga en la de Guerra y Marina, Abraham Ayala González en el Departamento de Salubridad y Aarón Sáenz en el Departamento del Distrito Federal. Formando parte del grupo cardenista destacaron: Francisco J. Múgica en la Secretaría de Economía, Ignacio García Téllez en la de Educación, Silvano Barba González en el Departamento del Trabajo y Gabino Vázquez en el Agrario, Emilio Portes Gil en la Secretaría de Relaciones Exteriores y Heriberto Jara, quien fue designado como inspector general del Ejército, un puesto de importancia capital, porque de él dependían las compras de los pertrechos militares y el control administrativo de las jefaturas de Operaciones Militares de todo el país. Con este mismo objetivo, lograr un equilibrio político que le permitiera llevar las riendas del gobierno, el Presidente incluyó a un hombre de fuerte personalidad y criterio autónomo como Narciso Bassols en la Secretaría de Hacienda, y excluyó a un político tan importante y antiguo adversario suyo como el general Joaquín Amaro.

En puestos de menor importancia invitó a colaborar a viejos enemigos del callismo, como lo eran los zapatistas, los villistas y los ex carrancistas, quienes reaparecían en el escenario político gracias a la estrategia conciliatoria y de pesos y contrapesos ideada por el general de Jiquilpan.

Dos factores de gran relevancia precipitaron el enfrentamiento político entre Calles y Cárdenas, los hombres más poderosos del país, generándose así una conflictiva sociopolítica mayúscula cuyo desenlace histórico dio origen al sistema presidencialista mexicano. En el primero de ellos, concerniente a la reactivación del problema

[4] Aguilar, Héctor y Meyer, Lorenzo, *op. cit.*, pp. 156-162.

religioso, salió a relucir la pintoresca figura de Tomás Garrido Canabal, quien había mantenido un cacicazgo de corte militarista por más de diez años en Tabasco. En efecto, aliado y solapado con y por los callistas, Garrido aprovechó su inmenso poder como gobernador del estado para impulsar en él un proyecto de sociedad cuyos ejes programáticos fueron: la organización paramilitar y corporativa de 50 mil "camisas rojas", ejecutores y portavoces del radicalismo anticlerical; el combate a la Iglesia y a la religión católicas a través del ejercicio directo de la violencia en contra de sus representantes, sus mitos e instituciones; la persecución de vicios y costumbres de ocio de los tabasqueños mediante la destrucción de tabernas y casas de juego; la construcción masiva de escuelas, granjas agrícolas, brigadas culturales, fiestas deportivas y rurales (se sustituyó el santoral cristiano por un culto pagano en honor a los productos agrícolas regionales) y la centralización y el control político de los sindicatos, los cuales quedaron bajo la batuta del Estado garridista. Este experimento social *sui géneris*, de fuerte inspiración fascista, no tuvo mayores coincidencias con las experiencias izquierdistas de Yucatán, Veracruz y Michoacán, pues Garrido, aunque compartía el anticlericalismo de los radicales de izquierda (Alvarado, Carrillo Puerto, Tejeda, Cárdenas), jamás llevó a la práctica un programa de socialización o distribución de la propiedad agrícola y más bien se opuso al reparto ejidal, al tiempo que se convertía él mismo en próspero terrateniente. Garrido Canabal, hombre dogmático y megalómano, utilizó a sus "camisas rojas" para construir un gobierno autocrático que no solo no permitía las libertades democráticas esenciales (de expresión, organización y disidencia), sino que recurría cotidianamente a la violencia (asesinatos, torturas y cárcel) en contra de sus opositores con tal de mantener y ampliar su poder absoluto en Tabasco.

A diferencia de Calles y Cárdenas (quien, como gesto simbólico, votó por el tabasqueño en los comicios presidenciales de 1934), Múgica nunca simpatizó con Garrido Canabal. Al contrario, muy pronto se percató de la personalidad autoritaria y arbitraria de aquel joven que conoció en 1915, durante su breve gestión administrativa en ese estado, y el cual devino en un cacique cuyos proyectos sociales eran solo un subterfugio para encubrir el culto a su personalidad. Las escasas afinidades políticas entre ellos, por ejemplo, las campañas desfanatizadoras y contra el alcoholismo, palidecieron ante el rechazo moral que sentía el michoacano por un individuo egocéntrico y protofascista como el secretario de Agricultura.[5]

[5] Ciertamente, Francisco José Múgica fue siempre un hombre de ideas radicales, pero jamás recurrió al asesinato o a la persecución violenta de sus opositores políticos; por el contrario, se mostró tolerante y capaz de llevar larga y profunda amistad con personas ajenas por completo a su concepción del mundo, como fueron los casos del doctor Guiza y Acevedo y de Brito Foucher. Este último, por cierto, se convirtió en el principal rival político de Garrido Canabal y, en su calidad de líder del movimiento antigarridista, recibió generoso auxilio del general michoacano

Sorprendido ante la creciente autonomía política mostrada por Cárdenas, el jefe máximo utilizó otra vez el conflicto religioso como arma para debilitar al Presidente en turno y acrecentar su propio ascendiente político. En esta perspectiva, nada mejor que recurrir a Garrido Canabal, quien trasladó a sus "camisas rojas" de Tabasco a la ciudad de México y comenzó, ya como secretario de Agricultura, una cruzada anticatólica mediante la organización de mítines desfanatizadores afuera de las iglesias y la escenificación de los "sábados rojos" en Bellas Artes con el fin de propagar el ateísmo. Nuevamente, el clero se sentía provocado y hostilizado por el régimen, y esto ocurría en un contexto político altamente conflictivo que estaba a punto de rebasar a un Ejecutivo tan novel como don Lázaro. El incidente que produjo la crisis final ocurrió el domingo 30 de diciembre, al momento en que los feligreses católicos salían de misa matutina verificada en la parroquia de Coyoacán. Un contingente numeroso de "camisas rojas", que siempre portaban armas, comenzó la andanada de injurias y admoniciones contra los fieles, quienes respondieron a su vez agrupándose y revirtiendo los insultos. A poco, los denuestos no bastaron y se pasó a la violencia física directa: primero fueron las piedras y los golpes, más tarde, embozados en la trifulca, salieron los disparos y cayeron seis católicos sin vida. Del otro lado, un joven radical que llegaba tarde a la reunión y vestía el uniforme de los "rojos" se convirtió en víctima fácil de la venganza de la enardecida masa católica, la cual persiguió por toda la plaza a sus contrincantes antes de que éstos encontraran refugio bajo los muros de la delegación de Coyoacán, dirigida en ese entonces por un funcionario garridista.

Luego de los respectivos funerales, con multitudes de ambas partes culpándose mutuamente y clamando justicia, Cárdenas volvió a mostrar sus dotes de gran estratega político: ordenó al procurador de Justicia el arresto de 40 "camisas rojas", deslindó a su gobierno y al PNR de los funestos acontecimientos, y poco a poco fue tejiendo los hilos que conducirían hacia una progresiva conciliación política con la Iglesia católica, a la cual no podía ni quería tener como enemiga por culpa del anticlericalismo dogmático de los callistas y garridistas. Para concluir de tajo con el asunto, en un conflicto que se prolongó hasta el mes de junio, el Presidente no solo pidió a Garrido Canabal su renuncia a la Secretaría de Agricultura, sino que lo obligó a exiliarse en Costa Rica.

---

cuando organizó las expediciones que salieron de la ciudad de México con el objetivo de combatir la estructura caciquil de poder en Tabasco. Múgica, no hay duda, fue un individuo poco flexible en términos ideológicos, demasiado rígido en sus convicciones políticas, proclive incluso a la intransigencia, pero nunca infringió las leyes que él mismo ayudó a forjar durante las jornadas constitucionales de 1917, las cuales, entre otras cosas, garantizaron la libertad de culto y creencias. Cfr. Krauze, Enrique. *Lázaro Cárdenas. General Misionero...* y Martínez Assad, Carlos. *El laboratorio de la revolución*, Siglo XXI, México, 1999.

La exitosa maniobra política del mandatario se completó con dos disposiciones adicionales: primero, en lugar de Garrido fue designado Saturnino Cedillo[6] (a quien Cárdenas quería tener apaciguado y bajo control integrándolo al gabinete presidencial), famoso tanto por su conservadurismo como por su actitud de brindarles protección en San Luis Potosí a los católicos perseguidos; y, segundo, con el propósito de erradicar el peligro de un futuro resurgimiento político de los garridistas en su zona de influencia, nombró a un incondicional suyo, el general Miguel Henríquez Guzmán, como comandante militar de Tabasco.

La extraordinaria agitación huelguística de los obreros se convirtió en el segundo factor que desencadenaría la lucha por el poder entre Calles y Cárdenas. En efecto, si consideramos que durante 1928 ocurrieron solo siete huelgas en el país y que en el transcurso del gobierno de Abelardo Rodríguez apenas si despuntó el sindicalismo proletario, resultan explicables, entonces, las manifestaciones de alarma de don Plutarco Elías Calles, de los políticos conservadores y de la clase empresarial ante las 642 huelgas obreras que se sucedieron a lo largo de 1935. El Presidente Cárdenas, por el contrario, vio con buenos ojos la efervescencia y combatividad política que mostraron los trabajadores al inicio de su sexenio, particularmente los sindicatos de telefonistas, mineros, obreros textiles, petroleros, electricistas y ferrocarrileros.

En vez de sentirse acosado e intimidado por las protestas obreras, el joven mandatario les abrió un espacio favorable y hasta las incentivó desde la cúspide del Poder Ejecutivo. Tres razones de orden político le impelían a proceder de esa manera: 1) solo mediante la movilización político-sindical podía generarse un clima propicio

[6] El ascenso de Lázaro Cárdenas a la presidencia de la república en 1934 encontró un importante apoyo en Saturnino Cedillo. El hombre fuerte de San Luis Potosí le facilitó el camino.

Desde el inicio de su gobierno ejerció una política que recordaba la que años antes llevó a cabo en la entidad Aurelio Manrique. Cárdenas estimuló el reparto de tierras y promovió un movimiento obrero que se manifestó en las huelgas. La independencia que mostró no tardó en confrontarlo con Calles: Cárdenas buscó el apoyo estratégico de dos hombres, Andrew Almazán y Saturnino Cedillo; ambos le ofrecieron su respaldo. Cárdenas emprendió entonces el desmantelamiento del aparato gubernamental del callismo; además del apoyo de los generales de Nuevo León y San Luis Potosí, contó con la Confederación General de Obreros y Campesinos de México (CGOCM) que dirigía Vicente Lombardo Toledano y llevó a Portes Gil a la presidencia del PNR. Cárdenas invitó a Cedillo a su gabinete y lo nombró secretario de Agricultura. En la disputa por el poder político y la forma en que éste debía ejercitarse que enfrentó a Cárdenas y Calles, Cedillo volvió una vez más a ser un factor decisivo al haber elegido respaldar al Presidente Lázaro Cárdenas. Los callistas se quedaron sin aliados importantes y tuvieron que replegarse y dispersarse. Paradójicamente, Saturnino Cedillo, el "cacique potosino", cumplió un papel fundamental en el proceso de institucionalización que estaba viviendo el país, un proceso ciertamente centralista, que no tardó en convertir al propio Cedillo en una de sus víctimas.

para lograr el objetivo estratégico de unificar al sector obrero en una central de trabajadores; 2) el enfrentamiento legal entre los obreros y la patronal conduciría a un cambio sustantivo en las reglas del juego prevalecientes en el proceso productivo, fomentándose, así, la conquista de mayor justicia social para los asalariados; y 3) al conseguirse por fin la organización y unificación de la clase trabajadora nacional, subordinada únicamente al poder del Presidente, éste podía utilizarla como un instrumento de fuerza en beneficio de su política populista y en contra de los enemigos potenciales y reales del Plan Sexenal: los callistas, las fuerzas pro patronales externas e internas y la derecha política en general.

Sin contar con la lucidez política que lo había caracterizado a lo largo de su vida, el general Calles no supo reconocer que ya no tenía el poder incontestable de antes y que Cárdenas no se parecía en nada a Ortiz Rubio, así que el sonorense cometió el desatino de concederle una entrevista al senador Ezequiel Padilla, partidario suyo, por medio de la cual criticó la política "obrerista" de Cárdenas y, denostando a los trabajadores y a sus líderes, pretendió erigirse como el sujeto capaz de "señalar los rumbos" que debía tomar el país. El célebre texto donde el ex mandatario Plutarco Elías Calles desafiaba al Presidente se publicó el 11 de junio en *Excélsior* y *El Universal* (Cárdenas impidió que también fuera publicado en *El Nacional*), y generó un escándalo en las altas esferas del poder, así como numerosas adhesiones políticas al todavía jefe máximo por parte de las fuerzas más conservadoras del régimen. De inmediato, Cárdenas comprendió la magnitud del dilema que tenía que dirimir: convertirse en un pelele más en la historia del maximato o, por el contrario, asumir el control total de su gobierno y ejercer la potestad presidencial.

Los tiempos políticos que corrían eran muy distintos a los años dorados del callismo y en la silla presidencial estaba ahora un hombre que había aprendido la real politik precisamente de los sonorenses, así que Cárdenas, a mediados de junio de 1935, se encontraba perfectamente listo para enfrentarse con éxito al individuo al que le debía su carrera como militar y político. Se trataba de una contienda de poder y por el poder, donde Cárdenas no solo se jugaba el honor y su futuro como político sino que, principalmente, se ponía en predicamento la función constitucional del Presidente como representante de la nación.

El mismo 11 de junio, por la noche, Cárdenas comenzó una fulminante contraofensiva para liquidar al maximato. Su primer paso fue la destitución del general Matías Ramos como Presidente del PNR, cargo en el cual designó a Emilio Portes Gil, hombre habilidoso y distanciado de don Plutarco, quien le sería de gran utilidad en su estrategia de desmontar a la brevedad posible la maquinaria callista enquistada en el partido oficial. El siguiente paso fue más certero y eficaz: el día 14, convocados al Palacio Nacional, solicitó la renuncia en pleno del gabinete presidencial, deshaciéndose de un solo golpe de todos los funcionarios que no le eran fieles. El día 17, como tercer paso, designó al nuevo equipo gubernamental compuesto

exclusivamente por cardenistas y uno que otro enemigo de Calles.[7] Aun cuando no había muchas figuras descollantes en este nuevo gabinete, lo relevante es que todos ellos obedecían únicamente órdenes presidenciales, y de nadie más. Para complementar su hábil maniobra encaminada a deshacerse de enemigos políticos, Cárdenas utilizó el recurso del "exilio diplomático" y con este propósito nombró a Pérez Treviño y a Puig Casauranc como embajadores de México ante España y Argentina, respectivamente.

Sorprendidos y apesadumbrados, los políticos callistas recién destituidos, encabezados por Juan de Dios Bojórquez, se dirigieron presurosos a Cuernavaca con objeto de pedir auxilio y recibir las directrices de don Plutarco, quien ya para entonces se había percatado que no tenía fuerza política suficiente como para revirar la embestida cardenista en su contra. Luego de lamentar los hechos y conminar a sus visitantes a aceptar la funesta realidad, Calles tomó el avión que el día 18 de junio lo conduciría a su residencia norteña y, enseguida, a su primer exilio en Estados Unidos. El Presidente sabía que su triunfo en este primer enfrentamiento había sido respaldado tanto por los obreros, agrupados en el flamante Comité Nacional de Defensa Proletaria, encabezado por Lombardo Toledano, así como por las Ligas Agrarias dirigidas por Graciano Sánchez.

Y, no obstante que en esta coyuntura política los comunistas lanzaron su equívoca consigna "ni con Calles ni con Cárdenas", rápidamente se fue conformando entre los trabajadores y en el Parlamento un nuevo bloque político de izquierda en apoyo a la política progresista del general de Jiquilpan. En su primer informe de gobierno, el 1 de septiembre, Cárdenas reiteró enfáticamente que él era el único responsable de la marcha política y social de la nación.

Detrás del triunfo intempestivo del Presidente, convertido ya en un maestro consumado de la política maquiavélica, encontramos una compleja red de poderes que Cárdenas fue urdiendo paso a paso y con vista al fatal choque definitivo y definitorio entre él y su antiguo jefe. Esta fina estrategia para reforzar la batuta presidencial se puso en marcha desde la misma toma de posesión y apuntó sus esfuerzos, por un lado, hacia un progresivo y férreo control del aparato de Estado por parte del Ejecutivo, y, por el otro, a la movilización política de los trabajadores en apoyo del proyecto populista y justiciero del mandatario.

[7] "n Gobernación a Silvano B. González; en Relaciones a Fernando G. Roa; en Hacienda a Eduardo Suárez; en Educación a Gonzalo Vázquez Vela; en Guerra y Marina a Andrés Figueroa; en Economía a Rafael Sánchez; en Agricultura a Saturnino Cedillo; en Comunicaciones a Francisco J. Múgica, en Trabajo a Jenaro Vázquez; en el Departamento Agrario a Gabino Vázquez y en el Distrito Federal a Cosme Hinojosa.

Fueron varias las líneas maestras utilizadas en esta disputa por el poder. En relación con el sector policiaco-militar, Cárdenas mostró su astucia desde el primer momento al poner a un fiel y afín amigo suyo, Heriberto Jara, como inspector general del Ejército, puesto capital desde donde se controlaban y centralizaban los recursos, los armamentos y el funcionamiento general de las jefaturas militares. Con sigilo, pero decidido, paulatinamente ordenó la remoción de todos los jefes de operaciones militares cercanos a Calles (en Sonora, Jalisco, Guanajuato, Durango y Coahuila), al tiempo que los fue sustituyendo por oficiales jóvenes sumisos a la investidura presidencial. Entre 1935 y 1938 ocurrió una renovación radical del viejo Ejército Federal a consecuencia, precisamente, de que una buena parte de la cúpula castrense se encontraba expulsada, con licencias forzosas, o "puestos a disponibilidad". Al conformarse el nuevo gabinete salió de la Secretaría de Guerra el callista Pablo Quiroga y se puso en su lugar a Andrés Figueroa, quien, a su vez, designó como subsecretario a Manuel Ávila Camacho, uno de los militares más allegados a Cárdenas. De la misma manera, y por la misma razón, luego de la crisis de junio se destituyó a Eulogio Ortiz como jefe de la Policía y se nombró en ese puesto a Vicente González. Para redondear su control político del aparato represivo del Estado, Cárdenas presentó al Congreso de la Unión una iniciativa de ley para reformar la organización del Poder Judicial; con la propuesta de marras se suprimió la inmovilidad de los magistrados de la Corte y se instituyó una gestión de solo seis años en el cargo. Esta postura acarreaba una riesgosa pérdida de la autonomía de los jueces, dada la injerencia implícita o explícita que se adjudicó el Ejecutivo al momento de la postulación de los nuevos ministros.

Respecto de la maquinaria política partidaria, Cárdenas, no obstante la oposición de Múgica en este punto, tuvo la brillante idea de nombrar como Presidente del PNR a Portes Gil, el hombre ideal en el momento ideal, para que se hiciera cargo de sustituir a todos los candidatos de filiación callista por otros que no tuvieron relación con don Plutarco. La maniobra presidencial para liquidar al callismo no se detuvo ahí, en depurar las nuevas candidaturas a los cargos públicos, sino que utilizó con suma frecuencia ese recurso extremo y supremo del Ejecutivo consistente en declarar desaparecidos los poderes estatales. Así, y mientras existieron reminiscencias del jefe máximo, en 14 estados de la Federación se nulificaron las elecciones, se concedieron licencias forzosas y se decretó la desaparición de poderes. Particularmente sonados fueron los casos de Coahuila, Guanajuato y Nuevo León (donde se declaró nulo el triunfo electoral de Plutarco Elías hijo).

En esta tarea en pos de fortalecer el poder presidencial, Cárdenas jugó sus cartas en varios frentes: procuró la buena relación diplomática con Estados Unidos, estableció una eficaz alianza política con los generales Almazán y Cedillo, y se aseguró del apoyo de los trabajadores organizados. Pero le faltaba aún hacerse de la hegemonía en el Parlamento, uno de los últimos reductos de poder de los callistas. La oportunidad de crear una mayoría izquierdista en las cámaras se le presentó al Presidente el 11 de

septiembre de 1935, cuando, por motivos todavía no esclarecidos, sobrevino un zafarrancho en el interior del Congreso que dejó un saldo de dos diputados cardenistas muertos. Con este trágico incidente pesando en el ambiente, no le fue difícil a Cárdenas promover el desafuero de 17 diputados, todos ellos integrantes del bloque político conservador. El proceso referido fue precipitado y tuvo su nota absurda, pues dos de los inculpados, José Huerta y Naguib Simón, ni siquiera se encontraban presentes el día de la balacera. Más tarde, con motivo de la convulsión política surgida a raíz del regreso a México de Calles, cinco senadores callistas también serían desaforados bajo acusación de "incitación a la rebeldía y maniobras sediciosas".

Fue precisamente el retorno de Calles al país, el 13 de diciembre de 1935, el suceso que abriría las puertas al segundo y definitivo enfrentamiento entre el sonorense y el michoacano. Don Plutarco regresaba a la ciudad de México procedente de San Diego, California, acompañado por Luis N. Morones, con temple combativo y renovados bríos, dispuesto a luchar en contra del comunismo que según él estaba representado por el propio Presidente. Al arribar al aeropuerto fue recibido por connotados políticos y militares que encarnaban la élite del poder callista y el más furibundo de los anticardenismos: Joaquín Amaro, Miguel Medinaveytia, Riva Palacio, Pérez Treviño, Luis León y Melchor Ortega. Luego de ofrecer declaraciones altisonantes y bravuconas, el otrora jefe máximo fue conducido a su residencia resguardado por una ostentosa caravana de 50 autos y camiones repletos de incondicionales.

Al momento de ocurrir el desembarco de Calles, Cárdenas ya estaba prevenido por sus informantes acerca de las labores subversivas del general José María Tapia y de las intrigas sediciosas de Melchor Ortega, quienes actuaban bajo las órdenes de don Plutarco, así que procedió con prontitud y eficacia para liquidar los bastiones del callismo y salvar la potestad del Presidente. La contraofensiva del michoacano mostró, una vez más, sus excelsas dotes como político maquiavélico avezado en el arte de "conseguir y conservar el poder". El 14 de diciembre, acusados de agitación y rebeldía, fueron desaforados cinco prominentes senadores callistas. Al siguiente día, bajo el mismo cargo, aconteció el cese fulminante de Joaquín Amaro como director de Educación Militar y de Manuel Medinaveytia como jefe de la Primera Zona Militar. El 16 del mismo mes, el Senado de la República aprobó la iniciativa presidencial para desconocer los poderes en los estados de Sonora, Sinaloa, Guanajuato y Durango, reemplazando a los gobernadores respectivos por gente sin mácula callista y allegada a la nueva clase política. Y el 22 de diciembre, en contundente respuesta a las declaraciones ofrecidas el 18 a la prensa estadounidense por don Plutarco, se verificó una manifestación de 30 mil obreros frente a Palacio Nacional, cuyo propósito era brindar a Cárdenas el respaldo político de los trabajadores del país, agrupados en el Comité de Defensa Proletaria, quienes aprovecharon el magno desfile para exigir la expulsión del país de Calles y Morones. Gracias a esta fulminante respuesta, que incluyó la amenaza de abrir una investigación en torno de la riqueza personal de Calles

y su participación intelectual en la muerte de Álvaro Obregón, el callismo quedó sin aliento vital. En efecto, luego de estos certeros golpes de diciembre, toda la estructura política erigida durante el maximato quedó herida de muerte. De manera intempestiva, legisladores, gobernadores, Presidentes municipales, los jueces y el aparato policiaco-militar, es decir, la base misma del Estado político, sufrió una transmutación radical y pasó de callista a cardenista. El poder, desde entonces, ya no residiría en la figura de un jefe o caudillo, sino en aquél que ocupara la silla presidencial.

Faltaba, sin embargo, el golpe de gracia. A principios de abril de 1936, los servicios de inteligencia informaron a Cárdenas acerca de las recientes maniobras de los callistas para reagruparse y salir de nuevo a la palestra política. Sin duda, la vieja clase política callista no lograba resignarse a permanecer al margen del poder. El día 5, en un acto de provocación terrorista, ocurrió la voladura del tren de pasajeros que se dirigía a Veracruz, a resultas de lo cual murieron trece personas y otras dieciocho quedaron heridas. El Presidente no podía ni debía tolerar tamaño desafío a su liderazgo político. Comprendió al instante que aún le restaba una última medida para erradicar por completo cualquier futuro resurgimiento de las huestes callistas: no el asesinato, sino la expulsión de Calles del territorio nacional. Para evitar que se presentara un escándalo a la hora de ejecutar tal acción, don Lázaro envió a Francisco J. Múgica –hombre de su absoluta confianza y de un valor a toda prueba– como emisario de la orden de marras.

El general de Tingüindín, que tenía cuentas pendientes con los sonorenses, se apersonó en la residencia de don Plutarco y le expuso la necesidad de que, por habérseles comprobado actos conspirativos, él y otros de sus cómplices tenían que abandonar el país. Calles, sorprendido y todavía confuso, arremetió contra la disposición presidencial y soltó una perorata ofensiva hacia el gobierno cardenista, imposibilitándose con ello la tarea de Múgica, consistente en persuadir a Calles de pactar la salida en buenos términos. Ante la airada negativa de don Plutarco a aceptar la situación, Múgica no insistió más y se dirigió a rendirle informes al Presidente. A la noche siguiente, cumpliendo nuevas instrucciones del Ejecutivo, Francisco José volvió a visitar al general Calles, pero esta vez ya no con la intención de llegar a un pacto político de caballeros con el ex mandatario, sino para informarle de la inminencia de su expulsión. Más tarde, a eso de las 22 horas del mismo día, el general Rafael Navarro Cortina, jefe de la guarnición de la plaza, se presentó al domicilio de Anzures para reiterarle a don Plutarco la orden en curso, la cual se haría efectiva a la mañana siguiente. El ex jefe máximo, quien ya estaba en pijama y leía *Mi lucha* de Hitler, se enteró también de que su casa era resguardada por contingentes militares que hacían imposible cualquier intento de escapatoria. En la madrugada del 10 de abril, en un operativo preciso y concertado, el general Calles, Luis N. Morones, Melchor Ortega y Luis León fueron sacados de sus respectivas casas por agentes policiacos y conducidos con suma rapidez al aeropuerto internacional. A las ocho horas de la mañana, luego

que salió al destierro la cúpula callista, la nación se despertó con la novedad de que una época política muy distinta había nacido con la muerte definitiva del maximato: el presidencialismo.

La crisis se desencadenó, pero el ejército se mantuvo leal a Cárdenas, quien, después de todo, había hecho una larga carrera militar y contaba con innumerables ligas dentro de los cuadros de las fuerzas armadas. Por otro lado, la flamante alianza entre el Presidente y los sectores populares organizados se fortaleció. El resultado fue que Calles tuvo que abandonar el país y con ello acabó la diarquía.

Y mientras el general Calles, derrotado y resentido, despotricaba en Estados Unidos contra el "comunismo" que imperaba en México, Cárdenas, dueño y señor de la escena política, se dio el lujo de, al mismo tiempo que fortalecía y legitimaba la figura presidencial, comportarse como un estadista magnánimo. En efecto, a través de un decreto del Ejecutivo a efectos de conseguir la reconciliación nacional, el Poder Legislativo aprobó otorgar una amnistía a todos los políticos que permanecían en el exilio. Gracias a esta iniciativa, generosa y pragmática a la vez, pudieron regresar al país personalidades de la talla de José Vasconcelos, José María Maytorena, Adolfo de la Huerta, J. Prieto Laurens, Pablo González, Enrique Estrada, Gilberto Valenzuela, Porfirio Díaz hijo, Francisco Manzo, Zubaran Campany, Gonzalo Escobar y un largo etcétera. Todos estos sujetos fueron vencidos en la arena política o militar por la mancuerna Obregón-Calles durante las terribles disputas por el poder que proliferaron en el transcurso de la revolución y la posrevolución.

Al expulsar del país a Calles, Cárdenas adquirió el control completo del sistema y con la transformación del partido para cambiarle de nombre, sustituir a los grupos que lo conforman por sectores y establecer un modelo de partido más acorde a las tendencias de moda en Europa en esa segunda mitad de los años 30: el nacionalismo revolucionario o socialismo nacionalista.

Cárdenas acelera los procesos de expropiaciones y estatizaciones (la petrolera y el reparto agrario son los más conocidos). El primer paso en este sentido consistió en restablecer la alianza con ciertos grupos obreros y campesinos que se habían debilitado durante el Maximato.

Antes de que surgiera la Ley Federal del Trabajo y se estableciera el Departamento Agrario, las políticas agrarias y laborales habían estado en buena medida en manos de los gobernadores. Con Cárdenas, la situación se modificó notablemente. A través de las organizaciones de masas y del Partido Oficial, los gobiernos estatales perdieron poder en los campos tan estratégicos. Esto, aunado al desconocimiento que el Congreso de entonces hizo de casi una decena de gobernadores, sirvió para dejar todavía más claro quién era el verdadero foco de las grandes decisiones políticas. Centralización y presidencialismo iban, de nuevo, de la mano.

Al apoyar a Lombardo Toledano y a la CTM para que los obreros plantearan sus reivindicaciones sindicales ante las empresas, en buena medida extranjeras, se consolidó la alianza de los trabajadores con el gobierno, que había sido resquebrajada; de igual manera, al haber luchado contra Luis N. Morones para quitarle el poder sobre los sindicatos y apoyar a Fidel Velázquez, quien inicia el proceso definitivo de cooptación obrera. Empieza también el aglutinamiento de los campesinos en la Confederación Nacional Campesina (CNC), que pudo encuadrar a una vasta masa campesina en una organización totalmente suya, siguiendo, ambos sectores del partido, los modelos de partidos corporativos y populistas.

Al construir el PNR y convertirlo no en un partido de afiliación individual, sino en el marco donde se encuadrarían las grandes organizaciones de masas, se incorporaron nuevos actores a la vida política. Hubo una verdadera creación de poder político, que capitalizaron el centro en general y el Presidente en particular.

Como era de esperarse, este poder recién creado tenía límites. Y se empezaron a palpar a raíz de la expropiación petrolera de 1938. Fue entonces cuando la Revolución pudo concretar sus viejos enunciados nacionalistas, pero el precio fue una crisis económica importante que dio la oportunidad a los "veteranos de la Revolución", desplazados tras el golpe contra Calles, para poner en entredicho las políticas socializantes del joven Presidente. Empezaron a escucharse voces disidentes, incluso dentro del ejército. La inflación afectó a los propios aliados de Cárdenas y algunos grupos obreros ya no mostraron el mismo entusiasmo por la política oficial. Cárdenas tuvo que amainar la ola de huelgas y el ritmo de reparto agrario. Su programa se detuvo.

La popularidad de la candidatura de Almazán en círculos urbanos fue una buena muestra del grado al que había llegado el descontento con la política presidencial. Sin embargo, y a pesar de las presiones internas y externas, el Presidente mantuvo el poder suficiente como para aplastar el levantamiento cedillista[8] e imponer a su sucesor. Claro

[8] Cedillo, como miembro del gabinete del Presidente, se vio alejado de su territorio de dominio y maniatado por los diversos intereses del poder central. Incómodo en la ciudad de México, su posición recordaba la de Zapata y Villa cuando en 1914 entraron al Palacio Nacional. Cedillo había entrado a un terreno peligroso sin que su ejército estuviera a su lado. La política era en la ciudad de México otra forma de hacer la guerra. No contaba con los pertrechos del lenguaje urbano ni con el arsenal de una cultura política que le permitiera avanzar en el ámbito de los intereses nacionales e internacionales. Sus enemigos, como el general Múgica o el líder obrero Vicente Lombardo Toledano, estaban al acecho; detrás de ellos, esperaba Gonzalo N. Santos. A Cedillo se le identificaba como defensor de los católicos, y aunque la guerra cristera había terminado, el anticlericalismo aún estaba presente entre la clase política dominante. La aplicación de la llamada educación socialista volvió a reanimar la resistencia de los católicos en varios lugares del país a lo que se consideraba un atentado contra las libertades fundamentales. Cedillo facilitó la apertura de escuelas católicas en San Luis Potosí, de las que una de las más relevantes fue la de los maristas. Muchas familias católicas enviaron a sus hijos

a educarse a la capital potosina. Para 1935, cerca del 25% de los sacerdotes del país vivían en San Luis Potosí.

Las diferencias entre el Presidente Cárdenas y Cedillo se ahondaron debido a la reforma agraria. El diseño y control de la misma por parte de la nueva burocracia central afectó directamente el poder de Cedillo en San Luis Potosí. Cedillo se opuso a la introducción de los ejidos colectivos, que consideraba ajenos a la naturaleza del campesinado mexicano y defendió el sistema de parcelas ejidales individuales, afirmaba: "una parcela que no es de uno, con maquinaria que hay que compartir y repuestos que solo se pueden obtener mediante soborno –pagando cuotas a un patrón mucho más voraz que sus antecesores, el funcionario agrario–, todo esto es mucho peor que el sistema que existía antes de la Revolución".

Cedillo no tardó en dejar la Secretaría de Agricultura. Un conflicto estudiantil suscitado en la Escuela Nacional de Chapingo que no pudo resolver provocó que el Presidente Cárdenas le pidiera su renuncia. Cedillo se sintió agraviado por la conducta del Presidente y, hasta cierto punto, traicionado. Sentía que había cumplido con lealtad su misión y que el Presidente se había dejado influir por sus enemigos: Francisco Múgica, el secretario de Comunicaciones, y Vicente Lombardo Toledano, el poderoso líder obrero. Retornó a Palomas y se convirtió en el centro de convergencia de los opositores a la política del Presidente Cárdenas y a su posible candidato independiente para las elecciones presidenciales de 1940.

El gobierno de Cárdenas siguió de cerca los movimientos de Cedillo y trasladó a San Luis Potosí el 380 Regimiento para evitar que las fuerzas federales en la entidad se aproximaran al general potosino. A esta política militar agregó una política agraria que promovió el reparto de tierras entre campesinos que quedaban vinculados así a la burocracia agraria.

Las fricciones entre los simpatizantes de Cedillo y sus enemigos se multiplicaron. En octubre de 1937 fue asesinado Vicente Tapia, diputado local y líder agrarista que había sido colaborador cercano de Cedillo. Tapia se había distanciado durante los últimos meses del hombre fuerte de Palomas. Gonzalo N. Santos marcó en esos días su distancia con Cedillo y exigió una investigación del asesinato de Tapia. Saturnino Cedillo comenzó a comprar armas y parque en los Estados Unidos, pues sabía que no iba a tardar en presentarse una confrontación directa con el Presidente Cárdenas.

El Presidente de México decidió aprovechar la oportunidad de la ventaja política que le daba la expropiación petrolera y decidió eliminar a Cedillo del abanico de fuerzas de la política nacional. Cárdenas buscó que Cedillo aceptara plegarse a las decisiones del poder ejecutivo y abandonara sus intenciones de promover una ruptura y una nueva insurrección; sin embargo, Cedillo prefirió jugar con los tiempos esperando el próximo proceso electoral de 1940 que, pensaba, aglutinaría a diversos sectores, grupos y dirigentes afectados por la política cardenista.

El Presidente decidió obligar a Cedillo a definirse y evitar así que se convirtiera en el eje de un movimiento de oposición que podía crecer ante la cercanía de la renovación del Poder Ejecutivo. El 17 de mayo, Cárdenas se trasladó a la ciudad de San Luis Potosí para "encarar" a Cedillo. Públicamente, en la capital potosina le exigió que entregara sus armas y abandonara cualquier pretensión de rebelión. Desde su hacienda de Palomas, Cedillo respondió con un llamado a la revuelta. Acompañado de 1,500 agraristas armados se dirigió a la sierra. Ordenó

que éste no hubiera podido ser cualquiera. Múgica estaba más allá de lo posible, pero el que quedó fue un miembro del círculo cardenista. En todo caso, conviene notar si bien el poder del Presidente se debilitó, esto no afectó al gobierno central en su conjunto. La crisis no revivió a las fuerzas locales.

Los cambios que realiza levantan quejas y se empieza a ver nuevamente una movilización popular que, si bien se presentó desarticulada, implicó un riesgo de perder el frágil equilibrio político que se estaba dando. Entonces, Cárdenas pensó en canalizar ese descontento popular hacia algunas "válvulas de escape", por lo que permite y favorece la formación del Partido Acción Nacional (PAN). Pero, sobre todo, en la sucesión mediante un candidato más moderado como Ávila Camacho.

---

que dos de sus avionetas volaran sobre la ciudad de San Luis para lanzar cuatro bombas y cientos de copias del manifiesto en el que explicaba los motivos de su causa y el decreto del gobernador Hernández Netro que desconocía al gobierno central. La rebelión de Cedillo, cercada tanto en lo militar como en lo político, no tuvo resonancia mas allá del ámbito de Palomas. El gobernador de San Luis renunció a su cargo y su puesto fue ocupado por el Presidente del Supremo Tribunal de Justicia del estado, licenciado Miguel Álvarez Acosta. Días después el senado declaró desaparecidos los poderes en el estado y nombró al general Genovevo Rivas Guillén gobernador provisional. Rivas Guillén, leal servidor de Cárdenas, había sido amigo de Cedillo e intentó en las semanas anteriores a la rebelión lograr un entendimiento que evitara un desenlace trágico. En las montañas del oriente del estado, cada vez con menos hombres, Cedillo se movía sigilosamente, esperando resistir hasta el año de 1940. Desde la sierra intentaría tener una presencia simbólica hasta que llegaran mejores tiempos que le permitieran retornar. El 11 de enero de 1939 cayó herido de muerte; había sido traicionado: alguien delató su paradero a una partida del ejército federal. Martínez Assad, Carlos. *Los rebeldes vencidos*, FCE, México, 1990.

Capítulo III

El extravío

Las continuidades y rupturas en el devenir de la historia son ciertamente un tema complicado y debatible. Por las características del sistema mexicano muchas de las luchas internas del sistema, de sus rupturas y continuidades, o bien han sido poco conocidas y muy distorsionadas o bien son conocidas cuando ha habido un claro ganador. La evolución no es siempre continua ni la continuidad es perfectamente estable. En la historia de México, a partir de la Revolución, las continuidades han sido más numerosas, prolongadas e importantes que las rupturas. Sin embargo, mucho se aprende de la evolución política y económica de México a partir del estudio de las rupturas.

En la historia contemporánea de México ha habido rupturas de diferente índole. Un caso sobresaliente fue el protagonizado por Cárdenas a finales de su sexenio, cuando modificó ostensiblemente el rumbo político, económico y social de su presidencia, cuando, ante el conflicto bélico en Europa, se inclinó tajantemente por el bando de las democracias debido a la presión norteamericana; decidió dar marcha atrás a su política de entregar a los obreros la administración de empresas públicas frente a las inconformidades de los sectores conservadores y empresariales del país; abandonó su estrategia de alentar huelgas y enfrentamientos entre trabajo y capital y, de manera fundamental, en vísperas de la sucesión, optó por la persona de Manuel Ávila Camacho, un candidato más moderado, en lugar de, por ejemplo, el radical Francisco J. Múgica. Así, más que una ruptura, la transición entre el cardenismo y el Ávilacamachismo fue una campaña de estabilización revolucionaria.

De cualquier forma, la familia revolucionaria se da cuenta de que se están exacerbando los ánimos sin necesidad y muchos de ellos no estuvieron de acuerdo con la expulsión de Calles del país, por lo que deciden ya no seguir con el modelo impuesto y nombran a Manuel Ávila Camacho como candidato.

El régimen de Cárdenas se enfrentó a un caudal enorme de apoyos y también animadversiones. Los conservadores lo acusaban de haber sido un bolchevique consumado; en cambio, los comunistas lo tachaban de reformista moderado. Por eso, el mismo Cárdenas dio marcha atrás a alguno de sus programas de reforma. Por ello, quizá desde 1940, el nacionalismo revolucionario se puso en retroceso; de hecho, movimientos como los henriquistas, la intermitente guerrilla en Morelos o la tendencia

democrática del SUTERM eran expresiones de un nacionalismo revolucionario que, siendo desplazado del poder, no encontraba vías de expresión y de poder. La propia familia revolucionaria se dividió durante el cardenismo, disputándose la "verdadera" naturaleza de la lucha revolucionaria y de su legado. Sin embargo, el nacionalismo no cambia del todo. Con la venida del modelo de desarrollo económico mediante la "Sustitución de Importaciones" se incorporaba al nacionalismo revolucionario una nueva forma de justificación.

El período que empieza con Ávila Camacho establece un programa que mantendría tranquila a la sociedad durante la época de la Segunda Guerra Mundial. Fue en el inicio del desarrollo estabilizador donde se mantienen una serie de reglas del juego que permiten la estabilización política y el inicio de una recuperación económica. Es una época en la que los políticos se dedican a la política y los empresarios a la empresa. La sociedad en general se mantiene a la expectativa de los asuntos políticos y no se meten en eso. El régimen de Ávila Camacho significó un cambio de rumbo muy marcado sobre su sexenio precedente.

El desarrollo capitalista mundial obligó al sucesor de Cárdenas a buscar una política de conciliación con tintes nacionalistas no tan fundamentales y rígidos. Se inicio un programa industrializador, como actualización de las estrategias del Alto Poder Político, que llevaría a México a establecer un sistema capitalista, dando un radical giro al proyecto nacionalista revolucionario: "Cuando el general Ávila Camacho asumió la presidencia fue claro para muchos mexicanos que el camino hacia la construcción de un socialismo mexicano había terminado. Y con esto se dio por concluido que al finalizar los seis años de gobierno del Presidente Lázaro Cárdenas y por consiguiente de esa histórica etapa Cardenista llegaba a su fin también la Revolución Mexicana".[1] Con Ávila Camacho las luchas ideológicas se atemperan, pero él mismo fue producto de una elección altamente cuestionada por el fraude y la trampa electoral que se le impuso a Juan Andrew Almazán, desvirtuando el principio del sufragio efectivo. El opositor del Presidente Ávila Camacho en las elecciones aceptó la derrota, negándose a cualquier intento insurreccional. El clero, por su parte, había abandonado sus viejos ímpetus señoriales y encontrado en el Presidente elementos de identidad no solo porque aquél se declaró católico, sino porque ambos eran un poco más laicos y burgueses.

A partir de 1940, los cambios en el carácter centralista y presidencialista de la vida política mexicana fueron pocos. Ninguno de los elementos que en la época anterior pusieron en jaque al poder presidencial volvió a tener la capacidad de interferir en las

[1] Díaz Abrego, Carlos. *El PRI ante el cambio político en México,* Universidad Complutense, España, 1991, p. 67.

tendencias centralizadoras. El ejército dejó finalmente de ser un factor determinante en la vida política y, aunque el caciquismo no desapareció, al menos cambió de facha: se hizo civil y muy deferente ante el Ejecutivo federal. El partido oficial, por su parte, hizo de la disciplina una segunda naturaleza entre sus miembros. El desarrollo industrial basado en la sustitución de importaciones modernizó parte de la economía y dio al gobierno federal mayores recursos y posibilidades. En realidad, por primera vez, el Estado mexicano empezó a ser, por su acción directa, pieza clave de la estructura productiva. La estabilidad en las relaciones con los Estados Unidos –que por un tiempo parecieron dar lugar a la llamada "relación especial"– también contribuyó a que la estructura poscardenista se consolidara. La oposición electoral siguió siendo tan simbólica como antes, o quizá más.

En cuanto a los partidos de oposición, el que había sostenido al candidato perdedor, entró en pronto deterioro, como partido antiguo del caudillo sin caudillo. Mientras tanto, emergió el Partido de Acción Nacional, liberal, hispanista y católico, con encontradas corrientes antiguas y modernas, todas decididas a luchar dentro de la Constitución y a arriar las banderas religiosas, o a usarlas con extrema discreción, guardando las formas de un Estado laico.

El Estado en general, y en particular los aparatos del Estado encabezados por el Presidente, contaron con la confianza y el apoyo de las antiguas y nuevas burguesías, y se granjearon, negociado, el del capital extranjero y de los Estados Unidos. Más que coalición o alianza política, apareció una coincidencia de intereses entre la clase política y las clases dominantes, estableciéndose así una nueva hegemonía. En medio de sus últimos vestigios populares y de sus colores locales, el Estado pareció más burgués; la presencia de las clases medias en él fue notoria y aún más la de los nuevos funcionarios y los viejos ricos o los inversionistas extranjeros. La CTM y otras organizaciones pasaron a la defensiva.

El hecho de que el Estado tomara un carácter autoritario institucional no le hizo perder su hegemonía[2], que fructificó a través de las coaliciones y de las manipulaciones. El Estado estuvo lejos de descansar predominantemente en las formas represivas. Con una hegemonía de clase que jamás alcanzaron los gobiernos de Díaz o del Jefe Máximo, el de Ávila Camacho usó en el terreno ideológico viejas formas de persuasión paternalista y las mezcló con las de la conciliación religiosa. Al mismo tiempo, se propuso reelaborar la hegemonía ideológica en términos cívicos. No solo recurrió a formas tradicionales del control ideológico sino a la sustitución de los símbolos y discursos oficiales revolucionarios por otros más acordes con la nueva política democrática y conservadora de un Estado que salía del fervor y de las ilusiones

[2] Este fenómeno se refiere a los mecanismos que utiliza una clase para dominar o dirigir, y a las relaciones de poder que utiliza para sostenerse.

cardenistas. En el campo de las coaliciones populares, no abandonó nuevas posibilidades de acuerdo, convenio y alianza, con abundantes manipulaciones y concesiones limitadas.

A Manuel Ávila Camacho se le recuerda como un hombre suave, sensato, conciliador. Un primer indicio conciliatorio de su presidencia fue la integración de un gabinete plural. Congruente con ese rasgo, otro de los enfoques de su gobierno fue el de erradicar los aspectos más ásperos de la política cardenista enderezados contra la gran propiedad. Asimismo, de mucha significación fue el hecho de que, aunque un poco tardíamente, el régimen de Ávila Camacho reformara el artículo 3º Constitucional, que hacía obligatoria en México la "educación socialista". Así, de haber sido "socialista y desfanatizante", ésta se convirtió en "democrática y nacional". Por último, en cuanto a la concordia, Ávila Camacho convirtió en tarea personal lograr la cooperación entre patrones y trabajadores en "bien de México". Expresión de ello fue la fundación en junio de 1942 de un Consejo Nacional Obrero con el fin de "evitar enfrentamientos".

La política de reconciliación incluyó también a los Estados Unidos, país con el que en noviembre de 1941 se negociaron acuerdos resolutorios de graves problemas pendientes, como el del conflicto petrolero por la expropiación o el de las compras de plata a México.

En fin, el gobierno de Ávila Camacho no se redujo a combinar paternalismo y represión; los enriqueció con una política de negociación y concesión diferenciadas en función de la fuerza y el comportamiento de los grupos en pugna.

En la época de Ávila Camacho hubo un cambio de proyecto histórico, ideológico y estructural. El Estado consolidó el camino de un proceso revolucionario en que seguía prevaleciendo la economía de mercado, el incentivo de las utilidades, la acumulación y concentración de capital y, con ello, el tipo de leyes o tendencias que caracterizan el desarrollo del capitalismo periférico. En el terreno político e ideológico asumió las consecuencias. Rompió y rehizo alianzas, centros de decisión, ideologías y beneficiarios, combinando siempre represión y paternalismo, autoritarismo y negociación. Apareció en ciernes el esbozo de un nuevo estilo del Estado.

El Estado pasó oficialmente del proyecto socialista a un proyecto capitalista democrático, muy en boga en esos años de guerra mundial contra el Eje. Pasó del "Frente Popular" a la "Unidad Nacional", y de la tolerancia religiosa con que Cárdenas diera fin al falso anticlericalismo callista, a un liberalismo y una tolerancia más burgueses, en parte constitucionales y también contrarios a la Ley Suprema, como el nuevo impulso de la enseñanza religiosa no oficial. En economía, el gobierno no fue liberal. Fue partidario de la intervención del Estado, aunque preconizó "la cooperación del Estado con el sector capitalista". En política exterior y petróleo no esgrimió un nacionalismo radical y la clase gobernante estuvo dispuesta a negociar. En el terreno

agrario frenó el reparto de tierras del cardenismo, aunque no acabó con él. En el terreno obrero aplicó una política de contención de huelgas y salarios, y se dedicó a restarle fuerza a las organizaciones obreras que venían con grandes experiencias de lucha y presentaban obstáculos al "nuevo curso".

Los obreros se enfrentaron al combate realizando un gran número de huelgas. Muchas fueron reprimidas. A mediados de 1942 el gobierno llevó a los obreros organizados a la mesa de las concesiones. Sus líderes firmaron un "Pacto de Unidad Obrera", en el que comprometieron a sus organizaciones a no hacer huelgas y a aceptar el arbitraje obligatorio –viejo sueño de los patrones– cuando se planteara una huelga. El acto de sometimiento no bastó.

En 1945 se firmó un "Pacto obrero-industrial", en el que los líderes y direcciones sindicales ratificaron su compromiso de no ir a la huelga. Muchas medidas de represión y control, incluidas concesiones diferenciales a los obreros –a las que contribuía con una política de creciente empleo el auge de guerra– ayudaron al gobierno a establecer pactos de los que hizo gran alarde. Para todo, el Presidente contó con facultades excepcionales que le otorgó el Congreso, en vista de que el país se hallaba en guerra contra el Eje.

En lo que sí hubo una continuidad muy marcada, si no es que total, entre el cardenismo y el Ávilacamachismo fue en materia de política fiscal y política monetaria.[3] Ello, desde el momento en que quien fungió como Secretario de Hacienda de Cárdenas lo fue también de Ávila Camacho. Y según confesión del propio Eduardo Suárez, él aplicó durante su segunda gestión hacendaria las mismas políticas que había seguido mientras fue Secretario de Hacienda de Lázaro Cárdenas. Es decir, durante el sexenio Ávilacamachista se continuó con la política de gasto público deficitario financiado con crédito del banco central. En otras palabras, a ciencia y paciencia del Presidente Ávila Camacho y de su ministro de Hacienda se siguió una política abiertamente inflacionista.

Al finalizar el gobierno de Ávila Camacho, la correlación de fuerzas había cambiado sensiblemente en favor de la burguesía y desmedro de trabajadores y campesinos. Legalizar e institucionalizar el nuevo carácter de la dominación del partido de Estado en la lucha de los partidos, y en vista de la sucesión presidencial, fue el siguiente paso en la reestructuración del Estado, un paso importante puesto, que tendió a consolidar la reproducción del sistema de acuerdo con la nueva correlación de fuerzas. Como en los casos anteriores, el Estado ya se había reorganizado de hecho. Se trataba ahora de fortalecerlo con nuevas formas jurídicas, de asegurar su continuidad por la vía electoral y la lucha de partidos. La lógica del poder era intachable. Fundándose en ella nacería el nuevo partido del Estado, con el significativo

[3] Medina Peña, Luis. *Hacia el nuevo estado. México, 1920-1994*, FCE, México, 1994, p. 122 y 123.

nombre de Partido Revolucionario Institucional. El nombre no solo postulaba que el organismo político lucharía en defensa de las instituciones existentes, sino también que, en México, la Revolución era ya una institución a cargo del Estado y su Partido.

Después de Ávila Camacho siguió Miguel Alemán Valdés, quien promueve la participación de la sociedad en muchos y muy diversos grupos de presión. Alemán pensaba que la única válvula de escape real que existía era el PAN, y eso le estaba llevando muchos adeptos al partido de oposición, cosa que no era conveniente. Todos estos grupos de presión eran escuchados por el Presidente, quien los consultaba frecuentemente para ver sus opiniones antes de tomar alguna decisión. El éxito del sistema fue fenomenal.

Bajo la Presidencia de Miguel Alemán, el Estado adquirió un aire distinto. En forma tenaz y agresiva se dedicó a crear las condiciones favorables del "desarrollo estabilizador" que privaría en México durante varias décadas. Al efecto, sometió a trabajadores y campesinos con acciones paralelas de represión y concesión, combinado durante un vasto proceso de corrupción y acumulación deshonesta a base de cohechos y peculados. Fue el auge de los "nuevos ricos", de empresarios y concesionarios, y la parsimoniosa vuelta de los antiguos ricos, industriales y rentistas, con violentas incursiones en el campo y las fábricas, y un desarrollo simultáneo de las fuerzas productivas y de la política global de estratificación y movilidad de los trabajadores.

Con el advenimiento de los universitarios al poder, la lealtad adquirió un nuevo significado. El Estado y el partido reemplazan a la Revolución, y las conexiones universitarias a las militares. Los grandes valores se mantienen como razón de Estado, pero la especialización política y administrativa provoca una primera diferenciación dentro de la élite, que empieza a bifurcarse entre una subred (o bloque) militar, formada por políticos con conexiones con el ejército revolucionario, y una subred (bloque) financiera, formada por políticos cuyo acceso al sistema estaba basado en méritos burocráticos ligados con el poder económico y también crecientemente académicos.

Ambas subredes se especializaron con el transcurso de los años. Los políticos se encargaron de la función de seguridad interna, mientras que los financieros controlaron las actividades monetarias y financieras. Ya que las subredes competían dentro de la red, generaban la impresión de que había un cierto grado de democracia, facilitando, así, la rotación y renovación de cuadros políticos.[4]

[4] Esta primera diferenciación de la élite contribuye a explicar la propia funcionalidad de la misma conforme el manejo de la administración pública se complicaba. Los administradores eran cofuncionales de los políticos y viceversa; en ambos bloques la lealtad y la disciplina eran sumamente apreciadas, por lo cual podría decirse que las facciones resultaban complementarias. Se sabían revolucionarios todos, se sabían nacionalistas, se sabían priístas.

El régimen forjó un Estado autoritario y centralizado, capaz de administrar toda lucha política, incluida la sindical. El 5 de diciembre de 1946, pocos días después de que tomara posesión de la presidencia Miguel Alemán, a iniciativa suya, el congreso aprobó una reforma al artículo 27 constitucional. Por ella, concedió el derecho de amparo a los dueños de la tierra, amplió el tamaño legal de la "pequeña propiedad", sentando las bases formales del neolatifundismo. Fue el inicio de toda una política que determinó el auge de la burguesía rural y de las empresas agrícolas. Dos días antes de que terminara el año, el Congreso reformó el artículo 3º de la Constitución. Después de doce años la educación dejó de ser socialista.[5] En diciembre ya habían entrado algunos empresarios al gabinete. En enero entraron al PRI.

Los siguientes pasos llevaron más tiempo. Consistieron en provocar y vencer la resistencia obrera. Al efecto, el gobierno usó múltiples recursos. 1) Legisló un llamado "delito de disolución social" –que se había configurado ambiguamente durante la guerra, con el supuesto de que serviría para defenderse de los nazis– contra todos los líderes independientes, opositores a los designios del gobierno. Los inculpados podían ser juzgados por sus ideas e intenciones. Se acusó a los líderes de tener ideas comunistas y de preparar subversiones comunistas. Eran tiempos de "Guerra Fría". El Congreso dobló la pena máxima del delito de "disolución social" a doce años de cárcel. Muchos líderes fueron privados de su libertad acusados por ese delito, y por otros que permitían acumular sanciones de por vida. 2) Los líderes independientes (en particular los lombardistas y comunistas) fueron derrotados en la CTM; el mismo Lombardo fue expulsado de la central obrera. 3) Los líderes ferrocarrileros (y el PCM) trataron de formar una nueva central (la CUT). El sindicato de ferrocarrileros fue ocupado por las fuerzas armadas, y se instaló una dirección sindical espuria, represiva, mientras los líderes iban a la cárcel. 4) El gobierno no se limitó a hacer escarmiento en los líderes. Persiguió a los ferrocarrileros acusándolos de delincuentes políticos, de irresponsables y corrompidos. 5) La CUT (Central Unica de Trabajadores) quedó a cargo de algunos líderes que no fueron encarcelados: éstos fueron presionados y llevados a rendir homenaje al Presidente. 6) Cuando Lombardo todavía era miembro de la CTM trató de formar un nuevo partido. Pidió apoyo a la Central. Ésta se lo ofreció para enfrentarlo

---

Cfr. Hernández Rodríguez, Rogelio: "La división de la élite política mexicana", en *México: auge, crisis y ajuste*, Vol. 3, FCE, México, 1992, pp. 239-267.

[5] Si bien la reforma educativa al artículo 3o constitucional, que contenía la eliminación del término "socialista", se promulgó en 1946, durante la gestión de Miguel Alemán, los debates parlamentarios, las discusiones y enfrentamientos políticos se dieron durante el período de Ávila Camacho, auspiciados por sus secretarios de Educación Octavio Béjar Vázquez y Jaime Torres Bodet. Ver: Krauze, Enrique. *La Presidencia Imperial*, Tusquets, México, 1997, pp. 52-53 y Medina, Luis. *Del cardenismo al Ávilacamachismo*, Colección Historia de la Revolución Mexicana, tomo 18, El Colegio de México, México, 1996, pp. 394-400.

a los ferrocarrileros. Se lo retiró una vez que aquéllos fueron destruidos. 7) Entonces, la CTM, o mejor dicho sus dirigentes funcionarios, reclamaron la afiliación automática y en masa de las bases obreras y sindicales en el Partido Revolucionario Institucional. 8) Así se logró que, al fundar Lombardo el nuevo partido, llamado Partido Popular, éste se hallara sin bases sindicales. Y como nació sin ideología socialista, se limitó a ser un "instrumento crítico de la Revolución Mexicana" y a luchar por "las metas de la Revolución Mexicana". La lucha de clases se funcionalizó. Fue derrotada, integrada. 9) Lombardo no se dio por derrotado. En busca de bases obreras para su partido fundó la "Unión General de Obreros y Campesinos de México", que afilió a la Federación Sindical Mundial. El gobierno no la reconoció. No le dio registro legal. Desconoció cualquier gestión sindical de sus miembros. Según hizo ver el propio Lombardo, el gobierno alemanista, "prosiguiendo en su labor de control, intervino en las convenciones y asambleas de los sindicatos industriales, empleando el mismo procedimiento que contra el Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros. Así impuso a las directivas de esas agrupaciones, y las retiró de la UGOCM (...)". 10) Y siguió su ataque a los grandes sindicatos.

Hacia el final del sexenio de Miguel Alemán, los jóvenes universitarios deseaban continuar en el poder para explotar al máximo los beneficios del régimen. Ello motivó que el Presidente de la eterna sonrisa pensara en su reelección o, por lo menos, en la de un familiar: Fernando Casas Alemán. Comprobado de manera fehaciente[6], la familia revolucionaria, personificada en Cárdenas y en Ávila Camacho, detienen este intento e imponen como candidato a una personalidad sumamente moderada y sin identidad con alguna corriente política que no fuera el constitucionalismo original: Adolfo Ruiz Cortrines.

Durante la sucesión de Alemán, se hace importante señalar la ruptura que hay con Ávila Camacho y Cárdenas. El conflicto henriquista demuestra el surgimiento de dos corrientes o proyectos de nación que uniforman a los diversos grupos. Una, populista, identificada con las demandas primigenias de la Revolución Mexicana y otra modernizadora, cuya consideración fundamental es adoptar para la nación un esquema capitalista y democrático. Ambas tendencias se alternarán aleatoriamente en el poder.

Con Miguel Alemán, la revolución "se bajó del caballo", y con la divisa del desarrollo estabilizador, México se moderniza y se abre al capital extranjero, pero se institucionaliza una práctica que hasta la fecha es un cáncer generalizado: la corrupción oficial al amparo del poder público. En paralelo, Alemán promueve el desarrollo económico y los modelos de industrialización del país que seguirían durante los sexenios de Adolfo Ruiz Cortines, Adolfo López Mateos y Gustavo Díaz Ordaz.

[6] Cfr. Medina Viedas, Jorge, *op. cit.*, p. 268.

Adolfo Ruiz Cortines inicia su larga marcha sin frutos concretos. Perteneciente a la generación de los "viejos constitucionalistas", identificados con el carrancismo fundamental, en su sexenio permitirá la influencia de esos personajes, como Jacinto Treviño, mediante la creación del PARM. Enfrentará las huelgas de Vallejo y Salazar alimentadas por la rigidez del modelo económico; quizá por ello la sucesión de Ruiz Cortines se sale del esquema tradicional, donde los candidatos a la presidencia salían de la Secretaría de Gobernación, y postula al Secretario del Trabajo, Adolfo López Mateos.

López Mateos sacude la Revolución Mexicana, caracterizando su gobierno de izquierda, pero "dentro de la Constitución". Quería conciliar el desarrollo estabilizador con el conflicto obrero del sexenio anterior. En el "Desarrollo Estabilizador", según lo afirma Camacho Solís:

> Los dirigentes del sistema político habían reconocido el peligro: o se diseñaba una estrategia económica que limitara la inflación y acelerara el crecimiento económico, o el sistema tendría que descargar eventual y crecientemente en una sola de sus piernas: la coerción. El proyecto para poner fin a la insurgencia obrera fue, precisamente, el desarrollo estabilizador.[7]

Esta etapa constituye un segundo respiro para el proyecto nacionalista traducido en el aspecto económico de la Teoría Prebichiana de la Sustitución de Importaciones.

Durante el gobierno de Adolfo López Mateos los principales personajes de la Familia Revolucionaria fueron conscientes de que el Nacionalismo Revolucionario no había cubierto sus propósitos. Mantenían el poder, pero la sociedad no se había transformado en revolucionaria. Se habló de progreso, de desarrollo, etc., y en el mundo estudiantil se generaron movimientos que no querían estar sujetos a los viejos moldes del sistema, que deseaban progresar y desarrollarse en un marco de libertad. Para no perder el control de estos lugares, la Familia Revolucionaria decidió ideologizar a las universidades que mostraban mayor resistencia. De este modo, entregaron las Casas de Estudio a intelectuales radicales, muchos de los cuales pertenecían a diferentes facciones políticas de izquierda. Tal vez sin ser plenamente consciente, el sistema abrió otro frente de batalla: en los 60´s la Universidad se convirtió en el ring político de la Familia Revolucionaria.

En estos años se enfrentaron grupos dirigidos por ex Presidentes: el de Lázaro Cárdenas y el de Miguel Alemán, que representaban la izquierda y la derecha, respectivamente, de la Familia Revolucionaria. Cárdenas constituyó el Movimiento

[7] Camacho Solís, Manuel: "Los Nudos Históricos del Sistema Político Mexicano", en revista *Foro Internacional,* no. 4, vol. XVII, abril-junio, El Colegio de México, México, 1977, p. 632.

de Liberación Nacional[8] (MLN) y Alemán el Frente Cívico Mexicano (FCM). Por supuesto, no es un punto favorable para Alemán el hecho de sus actividades empresariales, esencialmente en un complejo de comunicaciones muy criticado por su carácter "desnacionalizador" y que, en general, se ha distinguido por su ausencia de calidad. Y, para muchos, desde la izquierda, por el hecho de una herencia a la que se le consideran genuinas virtudes modernizadoras en el país (el arranque de nuestra industrialización), pero que significó un viraje de 180 grados respecto al periodo propiamente revolucionario del país, representado por Lázaro Cárdenas. Con virtudes innegables, uno y otro, según la óptica que se prefiera asumir: Lázaro Cárdenas, en la culminación del extremo social y nacional de la Revolución, y Miguel Alemán, "institucionalizando" a la misma Revolución e iniciando el desarrollo industrial del país, aprovechando con indudable dinámica las ventajas que en su momento ofreció para México el fin de la Segunda Guerra Mundial. El conflicto entre el MLN y el FCM tiene que ver con las primeras pugnas entre los modernizadores y los populistas. Los primeros, identificados con un proyecto intelectualizador, y los segundos, con una tendencia rural o agrarista. Esa confrontación también significaba una lucha de valores e ideales para configurar su proyecto de nación. Esta pugna derivada en el movimiento estudiantil de 1968 representó la fractura más importante de la Familia Revolucionaria.

Díaz Ordaz llegó a la Presidencia de la República por la enorme influencia que tuvo como Secretario de Gobernación con López Mateos. Además de haber sido amigos entrañables en los principios de sus carreras políticas como senadores, su formación de jurista le hacía resolver los problemas siempre conforme a la razón de Estado, lo que resultaba muy útil para un Presidente desapegado del ejercicio formal de gobernar. La sucesión a su favor se generó desde la mitad del sexenio lopezmateísta, cuando Díaz Ordaz organizaba prácticamente todo el gobierno.

La administración díazordacista recibió al país en excelentes condiciones. Había un crecimiento económico sostenido, los movimientos sindicales y campesinos estaban controlados y el Distrito Federal era la muestra del éxito económico en México. Sin embargo, los críticos años sesenta y la efervescencia de la guerra fría serían los catalizadores de un despertar social frente a un modelo agotado. Dicha coyuntura política no solo habla de la fragmentación del Sistema Político Mexicano, sino de la dispersión y reacomodo de la Familia Revolucionaria. Esta ocasión estará representada por el conflicto estudiantil de 1968, que en realidad es uno de los trances más graves por la sucesión presidencial.

---

[8] Los abuelos del EZLN y EPR fueron, entre otros grupos, las FLN, la UP y el PDLP, todos ellos actores político-militares en la década de los 70. Así, después de transcurrir más de 20 años en que las visiones militaristas daban por aniquilados a aquellos grupos, éstos reaparecían vestidos con nuevos ropajes y provistos de reinterpretaciones ideológicas. Los fantasmas de los 70 emergieron con más fuerza en el escenario político nacional e internacional de los 90.

El final de 1968 era un tiempo importante para sucesión presidencial del sexenio 1964-1970. Al interior de la Gran Familia Revolucionaria se daba una lucha sin cuartel por ocupar posiciones de poder. El caso más controvertido será el conflicto que vive el propio partido oficial cuando Carlos A. Madrazo pretende reformarlo. No obstante, la alternancia del conflicto ideológico de los sesenta y las circunstancias políticas internas generaban angustia en el Presidente y, por ello, las decisiones que tomaba para resolver esos problemas eran ejemplares.

Díaz Ordaz contemplaba en el país una operación comunista donde estaban involucrados las grandes centrales de inteligencia de Rusia y los Estados Unidos, así como viejas células políticas de socialistas latinoamericanos. A su paso por la Secretaría de Gobernación, antes de ser Presidente, Díaz Ordaz se caracterizó por ser un jefe de línea dura. Su objetivo siempre fue cumplir con el sistema, con el Estado; quizá, estos antecedentes le hicieron sentir una exagerada peligrosidad de las manifestaciones juveniles.

Hay distintas versiones sobre lo ocurrido el dos de octubre de 1968 desde las distintas posiciones de intelectuales y protagonistas. La mayor parte señala el autoritarismo manifiesto de Díaz Ordaz como la causa principal[9]; los pocos señalan a los estudiantes como los responsables, pero otra señala también que el movimiento estudiantil pudo haber sido manipulado para obtener beneficios en la sucesión presidencial.

Para esta tendencia es el Secretario de Gobernación quien toma en los momentos críticos del conflicto decisiones rígidas, las cuales no aclaraban el panorama del Presidente, al contrario, lo deploraban. Señalan también que Díaz Ordaz supo dos días antes de los tristes acontecimientos de Tlatelolco gran parte de la verdad y encontró, en el cruzamiento de la información que él mismo realizó, muestras claras de la mediatización del movimiento en la lucha sin piedad por la presidencia.

Para ellos, es la lealtad de Echeverría al sistema lo que sorprende a la Familia Revolucionaria, demostrando que era capaz de todo y logrando que con ello se le eligiera como sucesor, aun sin consultar al propio Presidente que había pensado en elegir como sucesor a Martínez Manatou. Echeverría supo utilizar los controles, la confidencia de la estructura priísta y llegó hasta la luminosidad del poder:

> Se consideró a Echeverría como el único y pleno responsable de la matanza estudiantil, ya que según fuentes periodísticas, propició todo ese ambiente social y político para verse favorecido política y publicitariamente, ya que se avecinaba la sucesión presidencial y en

[9] Ver Poniatowska, Elena. *La noche de Tlatelolco*, Era, México, 1971, p. 229; Scherer García, Julio y Monsiváis, Carlos. *Parte de guerra*, Nuevo Siglo, México, 1999, p. 139.

> fuentes oficiales así como también cercanas al Presidente de la República, no gozaba con la total simpatía de Díaz Ordaz.[10]

> [...] el mal llamado movimiento estudiantil de 1968 fue solo una superestructura montada sobre una realidad y canalizada para frustrar el proyecto de Díaz Ordaz. Puesto contra la pared, Díaz Ordaz, en víspera de la inauguración de la Olimpiada en la Cd. de México, cedió a las presiones de sus oponentes y aceptó que la candidatura fuera la de Luis Echeverría [quien] propone el regreso al nacionalismo revolucionario.[11]

Esta situación de conflicto para la Familia Revolucionaria significó la diversificación de corrientes. Poco a poco se perdía el control y la visión de la realidad, la armonía de la Familia se transformaba en desestabilización y el dominio ejercido hasta hace algunos años se rompía. A decir de Federico Müggenburg:

> Por los años 70´s, entre Díaz Ordaz y Echeverría se podían perfilar claramente cuatro grandes ramas de la Familia Revolucionaria: los Obregonistas que se habían vuelto Alemanistas y luego se volvieron Hankistas, los Carrancistas que luego fueron Ruizcortinistas y después Díazordacistas; los Cardenistas que se hicieron Echeverristas y ahora volvieron a ser Cardenistas; y los Callistas que estuvieron sumergidos muchos años hasta que Jesús Reyes Heroles postuló el Neoliberalismo.[12]

Lo que demuestra lo anterior es que la principal característica de nuestro sistema político es el pragmatismo y no la lealtad a las personas o instituciones, como algunos piensan.[13] Otro juicio es que el sistema político sufrió, con la designación de Echeverría, el principio de la descomposición orgánica: "con la nominación de Echeverría se violentaron algunas de las "Leyes no escritas".[14] A pesar de todo, queda claro que, desde un buen tiempo atrás, la Familia Revolucionaria no fue y no será la

---

[10] Reyes Heroles, Jesús, citado en Díaz Abrego, Carlos, *op. cit.,* p. 94.

[11] Díaz Cid, Manuel. "Sistema Político Mexicano", en Necoechea y Martínez (comp.). *Panorama Político Contemporáneo de Fin de Siglo*, Textos UPAEP, Puebla, p. 359.

[12] Müggenburg, Federico. "La Transición en México", en Necoechea y Martínez, *op. cit.,* p. 365.

[13] El caso más aleccionador de esta circunstancia se refleja en la propia consolidación de la corriente hankista. Ésta empieza a identificarse desde que Carlos Hank no apoya a Luis Echeverría Álvarez en la sucesión de 1970, a partir de la cual los hankistas, en estado de sobrevivencia, luchan apoyando a Emilio Martínez Manatú y posteriormente en la sucesión de Echeverría, a Moya Palencia. Cfr. Martínez, José. *Las enseñanzas del profesor*, Océano, México, 1999, pp. 34-41.

[14] Manuel Díaz Cid, o*p. cit*., p. 380.

misma: "[...] a partir de Echeverría ya no hubo consenso para la designación del candidato, se volvió capricho personal".[15] El rompimiento fue profundo

El movimiento estudiantil de 1968 representa la ruptura definitiva entre los proyectos de la familia revolucionaria: populista y modernizador. No obstante, hay señalar una cuestión de "real politik": a ambas tendencias les importa el poder, y las estrategias para alcanzarlo van de lo deleznable hasta lo inmoral.

[15] Federico Müggenburg, o*p. cit*., p. 367.

Capítulo IV

El amotinamiento

Desde el movimiento estudiantil popular de 1968, el Estado mexicano entró en un deterioro que adquirió múltiples manifestaciones. El movimiento del 68 sacudió, sobre todo, a las clases medias, en particular a los estudiantes universitarios, los profesores y los intelectuales.

Enarbolando demandas de base constitucional (libertad a los presos políticos, derogación del artículo de disolución social, cese del jefe de la policía), el movimiento estudiantil cobró características populares de gran magnitud. Terminó en una masacre que los cálculos oficiales se empeñaron en negar mientras los periodistas nacionales e internacionales registraron varios cientos de muertos. Constituyó un punto de ruptura en la evolución política, social e ideológica del país.[1]

Movimiento esencialmente contestatario, limitado a una crítica de rechazo sin proyecto alternativo expreso, el movimiento estudiantil-popular de 1968 atacó y erosionó seriamente los mitos del Estado conciliador y árbitro, tratando de revelar su papel predominantemente represivo. El fracaso de los leves intentos conciliadores del gobierno y la escalada de represión que culminó en Tlatelolco acentuaron los enfrentamientos políticos e ideológicos. Estos fueron producto de una política inhábil y represiva, y también manifestación de nuevas formas de lucha de la oposición.

El Estado perdió su hegemonía ideológica a un grado sin precedente. Los símbolos de la Revolución Mexicana, usados para justificar la represión, acabaron vacíos de contenido. La nueva y la vieja izquierda empezaron a acercarse a un planteamiento frontal de la lucha, con señalamientos de un nuevo proceso revolucionario y negativas

[1] Con anterioridad, el Estado había enfrentado momentos críticos que, aparentemente, fue capaz de absorber, como en 1958-59 durante el movimiento obrero encabezado por los ferrocarrileros; en 1962, cuando fue asesinado el líder campesino Rubén Jaramillo; en 1964, cuando se enfrentó al gremio médico, mientras se iniciaban las guerrillas en Ciudad Madero (Chihuahua), o en 1967, en que, tras la matanza de Atoyac, Lucio Cabañas se fue a las guerrillas del sur. En realidad, todos esos movimientos y otros más no derivaron directamente en una crisis del Estado. Éste los controló en forma política o militar. Pero desde 1968 el fenómeno abarcó todos los campos y adquirió nuevas dimensiones.

a cualquier conciliación o transacción. La "conciliación" y la "transacción" fueron estigmatizadas en forma que no había ocurrido desde 1928-33. El carácter de clase del Estado se impuso cada vez más en el discurso de la izquierda.

El PRI, por su lado, usó un lenguaje de enfrentamiento con la Universidad, de injurias a sus autoridades, con un anti-intelectualismo y una demagogia furiosos que no convencían a nadie. La vieja lógica del Partido Popular Socialista de exaltación simultánea al Estado mexicano y a los Estados socialistas perdió su última capacidad persuasiva. Identificado con el PRI y el gobierno, el PPS perdió cualquier identidad con una izquierda emergente que el PCM procuró conducir. El PAN, por su parte, se identificó con las críticas al Estado represivo. Sus grupos y líderes más avanzados se hicieron de la dirección del partido, recurrieron al pensamiento católico progresista y revolucionario de América Latina y produjeron documentos y discursos que trataban de atraer la enorme fuerza en movimiento. No sin contradicciones, por supuesto.

El sistema político convencional, con su centro (PRI), izquierda (PPS) y derecha (PAN), quedó hecho añicos. El Estado dejó de ser árbitro de grupos y clases en pugna, forjó una sola imagen de paternalismo y represión, de conciliación y corrupción. Perdió legitimidad ideológica y política. Fuera de los partidos se desató la protesta. La violencia gubernamental hizo que la protesta fuera en gran parte violenta y también lógica, también intelectual. Toda la sociedad civil pareció entrar en acción, aunque no en forma simultánea ni creciente, sino con altibajos y variantes.

Las manifestaciones de la crisis, que se agudiza en 1968, son múltiples y complejas: 1) Guerrillas y terrorismo en Chihuahua, Guerrero, Jalisco, Distrito Federal, etc.; 2) Movimientos estudiantiles y crisis universitarias en Morelia, Puebla, Monterrey, Sinaloa, Guerrero, Veracruz, Distrito Federal, etc.; 3) Movimientos de trabajadores de sindicatos de empresa y de industria, a lo largo de la nación, por salarios y prestaciones, y por la representación sindical, dentro de un proceso creciente llamado de "insurgencia obrera"; 4) Movimientos campesinos y de comunidades indígenas con ocupación de tierras en numerosos estados de la República; 5) Tomas de presidencias municipales y de palacios de gobierno como protesta por actos gubernamentales o por decisiones electorales (las tomas de alcaldías llegan a varios cientos y han sido llamadas "insurgencia municipal"). Las crisis de gobierno de las entidades federativas determinan la caída de varios gobernadores.

Al triunfo del candidato oficial a la presidencia, Luis Echeverría Álvarez, el daño a la estructura de la Familia Revolucionaria ya era un hecho. La clase política se ve dividida, fracturada por la maniobra de provocar la presión externa al margen de los acuerdos internos. El sistema empezaba a infartarse.

Echeverría se presentó como el nuevo Cárdenas que venía a transformar la sociedad. En su toma de posesión indicaba que él venía como representante de una nueva generación que retomaría el rumbo de la Revolución, ya que ésta se había

detenido. Deja claro que durante el desarrollo estabilizador la revolución había perdido su dinámica y que, por lo tanto, era necesario reiniciar el proceso transformador. Era el momento de cambiar de época del desarrollo estabilizador al desarrollo compartido.

En el terreno de la lucha por la hegemonía, el gobierno de Echeverría hizo esfuerzos de acercamiento con los intelectuales, los estudiantes y las universidades, tratando de sumar fuerzas a un proyecto encabezado por el propio Ejecutivo. El lenguaje de los discursos oficiales fue símil del lenguaje cardenista radical, puesto al día para procurar la atracción de las nuevas corrientes de izquierda. El gobierno buscó solución a dos problemas: atraer a la juventud a la lucha electoral y partidaria; y mantener al PRI en el centro de la escena política. Para lograr lo primero dio gran publicidad a una medida que se había tomado desde 1970, por la que se había extendido el derecho de voto a los jóvenes de 18 años (antes la ley exigía 21), y por la que se adquiría el derecho a ser elegido diputado a los 21 años (antes se necesitaban 25), y senador desde los 30 años (antes 35). En los puestos del Ejecutivo y en los puestos de elección popular –de gobernador para abajo– abundaron los funcionarios jóvenes y sobre ellos se hizo gran campaña publicitaria con todos los medios y discursos disponibles. En cuanto a la preservación del PPS y el PARM, que habían alcanzado bajísima votación, recibieron nuevos estímulos al reducir el mínimo para acreditar los primeros cinco "diputados de partido" de 2.5 a 1.5 por ciento del voto total. Al mismo tiempo, se aumentó el número máximo de los diputados de partido de 20 a 25.

Para mantener la centralidad del PRI en el sistema, propone consolidar la presencia de su grupo en el dominio del partido y desplazar a los que no estuvieran de acuerdo con los cambios. Empieza con una serie de transformaciones en la estructura del partido y realiza una asamblea general extraordinaria para cambiar la declaración de principios y estar más cercanos a los moldes de los partidos socialistas agrupados en la Internacional Socialista.

El modelo neo-populista del Presidente Echeverría ensayó una política cuyos rasgos principales fueron: recuperar la perdida hegemonía ideológica, acabar con los movimientos guerrilleros, satisfacer las demandas diferidas de las clases medias y mantener los niveles de ingreso de los trabajadores. Echeverría continuó durante el primer año la política de estabilidad monetaria que había predominado en el período anterior. En el segundo, esbozó una política de reformas fiscales, de control de inversiones extranjeras y de aumento de la inversión y el gasto público. Al mismo tiempo, buscó apoyo en algunas tendencias democráticas del sindicalismo. Al fracasar los intentos reformistas y no lograr la democratización sindical como parte de un proceso dirigido por el propio gobierno, éste continuó la política de inversiones y

gastos a costa de un creciente endeudamiento externo[2] y de un proceso inflacionario que aumentó las tasas de acumulación y crecimiento de utilidades[3], acentuando las desigualdades entre el campo y la ciudad, en el interior de las clases trabajadoras, las capas medias y la gran burguesía.[4]

Influido por Salvador Allende, Echeverría busca acomodarse a los modelos de transformación de la economía que se siguieron en los países con gobiernos socialistas. Este modelo busca llegar al poder por la senda democrática para, desde ahí, realizar las transformaciones sociales y económicas. Los modelos de transformación empezaron a presentar diferencias con respecto a la velocidad que deberían tener para llevar a cabo el cambio en la sociedad. Mientras que unos proponían una vía rápida, por la cual se realizara la transformación de la economía capitalista por la ruta de las

---

[2] "La euforia internacional de préstamos bancarios permitió al régimen de Echeverría en 1974 y 1975 disfrutar casi ilimitadamente del crédito externo tanto para financiar el déficit como para apoyar el peso. El objetivo inmediato de los préstamos era permitir al sector público financiar sus importaciones, pero el resultado indirecto fue el financiamiento de la fuga de capital privado hacia el dólar". Basáñez, Miguel, *op. cit.*, p. 58.

[3] Se calcula que 4 mil millones de dólares abandonaron el país en 1976 para protegerse de las medidas y políticas gubernamentales, en las devaluaciones, el gobierno tampoco pudo controlar los precios, que se incrementaban entre el 20 y el 40%. Tenemos así una inflación que genera dos efectos simultáneos: capitalistas que exportan y especulan en forma masiva con sus fondos, para protegerlos; y sindicatos y organizaciones populares que se sienten traicionados por los efectos de las políticas oficiales. Cfr. Brachet-Márquez, Viviane. *El pacto de dominación*, El Colegio de México, México, 1996, p. 177-188.

[4] "En el periodo 1963-1977, la percepción de ingreso por grupos de deciles muestra el comportamiento que sigue: el 20% de más alto ingreso presenta una disminución en su percepción de renta de 58.05% en 1963 a 55.08% en 1977; en cambio, el 40% medio aumenta su participación de 31.45% en 1963 a 33.97% en 1977; los mismo ocurre en el 40% más pobre, aunque la mejoría en este último es mucho menor: sólo en 0.44 puntos porcentuales.

No obstante la disminución en la percepción de renta del 10% de más alto ingreso, la distancia económica entre la cúspide y la base se amplía debido al deterioro en la percepción de ingreso del decil I; así, mientras en 1963 la distancia es de 24 veces, es decir, el decil X percibe hasta 24 veces el ingreso del primero, para 1977 dicha distancia se amplía 35 veces.

(...) en términos de conclusión, puede sostenerse que la distribución del ingreso en México se ha hecho menos desigual entre los años 1963 y 1977. Esto no quiere decir, en ningún caso, que la renta en México se reparta de modo igualitario. Nada de eso, la situación sigue siendo dramática: el 30 o 40% de la población está desnutrida y vive en la más trágica miseria, en tanto que un pequeño núcleo tiene un nivel de vida fabuloso". López Gallardo, Julio, "La distribución del ingreso en México: estructura y evolución", en Tello, Carlos y Cordera, Rolando (coords.). *La desigualdad en México*, Siglo XXI, México, 1984, pp. 267-268.

estatizaciones, otros proponían un camino gradualista que hiciera crecer a las empresas propiedad del gobierno, antes que iniciar un proceso de estatizaciones.

A mediados de 1976[5], el fracaso del experimento populista era claro: el peso se desplomaría al final del sexenio de 12.50 a 70 por dólar; la deuda exterior se había triplicado de 8 a 27 billones de dólares[6] y el salario real había caído a la mitad, comparado con los años del desarrollo estabilizador.[7] El país adquirió un perfil cada vez más parecido a los sudamericanos en aquello que se refiere a modelos de inversión, producción y consumo, y a rasgos generales de acumulación y desigualdad. La correlación de fuerzas varió a lo largo del sexenio en favor de los grupos monopólicos y oligopólicos[8] y de sus instancias internacionales. Mientras tanto, el gobierno logró

---

[5] En ese año también se realiza el bloqueo judío a México por su voto en la ONU sobre el sionismo.

[6] Krauze, Enrique. *La Presidencia Imperial*, p. 379.

[7] Los salarios mínimos generales se incrementaron de $27.93 diarios en 1970 a $82.74 en 1976, registrándose otras alzas salariales de emergencia, pero como el índice inflacionario (la inflación promedio de su sexenio fue del 24%, según Miguel Basáñez, y del 18% anual según Gabriel Zaid) superó el incremento salarial, hubo pérdida del poder adquisitivo. Cfr. Zaid, Gabriel. *La economía presidencial*, Contenido-Grijalbo, México, 1992 y Basáñez, Miguel, *op. cit.* y Tello, Carlos. *La política económica en México 1970-1976*, Siglo XXI, México, 1993.

[8] [...] el acercamiento de Echeverría a las bases populares como acción indispensable para recomponer la hegemonía desafiada, tuvo como contrapartida lógica el distanciamiento en la cúspide del sector privado frente al sector público. Los empresarios del país, satisfechos con el balance del régimen de Díaz Ordaz, y acaso también con la noche de Tlatelolco, apoyaron la designación de Luis Echeverría [...] A pesar del lenguaje populista del nuevo Presidente, existen razones suficientes para suponer que Echeverría no pretendió, por lo menos en la primera mitad de su gobierno, granjearse la animadversión empresarial. Las buenas relaciones que estableció con la cabeza del Grupo Monterrey, Eugenio Garza Sada, y con la dirección de la Coparmex [...] así como la decisión de mantener una baja carga fiscal a las empresas y optar por el endeudamiento masivo, como vía de financiamiento del creciente gasto público, demuestran que para Luis Echeverría no eran incompatibles los intentos de promover un acercamiento hacia el sector disidente y las clases populares, con el propósito de mantener buenas relaciones con el sector privado.

Sin embargo, mucho de lo que el Presidente Echeverría deseaba hacer no era bien visto por los empresarios; por lo demás, el arribo de ciertos núcleos de ideas nacionalistas y progresistas de su régimen –resultado de su estrategia de incorporación de la disidencia universitaria– imprimió a su gobierno un inconfundible sello de inspiración socialdemócrata [...].

El conflicto político que tuvo lugar entre Echeverría y el sector privado, no tenía precedente desde la etapa cardenista y constituyó la primera ocasión en la historia de la posguerra en que el acuerdo básico de la cúspide se vio amenazado. La pérdida de confianza mutua y a las impugnaciones contra la política gubernamental correspondieron impugnaciones

dominar y casi extinguir a los movimientos guerrilleros mediante acciones militares, policiales y políticas. En todo caso, aquellos presentaban, al finalizar el sexenio, una fuerza y actividad considerablemente menor que al principio.

Dentro de su proyecto político, Echeverría nombra a Jesús Reyes Heroles Presidente del PRI, encargado de desarrollar la transformación del partido y colocar su facción en el centro del espectro del poder. Reyes Heroles modifica la declaración de principios del partido y le da una orientación más cercana a lo que define los partidos socialistas en Europa. Para este fin, dentro del partido se realiza una serie de conferencias y seminarios con notables expositores del viejo continente. En esta época vienen a México una serie de destacados intelectuales de la Internacional Socialista (Incluyendo a Olaf Palme de Suecia, a quien el gobierno de nuestro país le hizo un homenaje cuando fue asesinado hace unos años).

La transformación del Partido se logra a pesar de la renuencia de aquellos que creían en las reglas del juego originales, pero se da precisamente con la resistencia que se agrava durante la selección del sucesor. Mientras que Echeverría pretendía dejar como sucesor a quien entendía el proyecto, Porfirio Muñoz Ledo, los desplazados de la familia revolucionaria empezaron a crecer en la imagen de su candidato, Mario Moya Palencia. Al incrementarse los desacuerdos entre los grupos aparece como mediador el propio Reyes Heroles, quien propone una fórmula para permitirle a Echeverría jugar con un candidato que, si bien no era afín completamente al modelo, suponía una continuidad en el proceso que había empezado. Reyes Heroles, entonces, hace pública su fórmula para designar al candidato: "primero el programa, después el hombre". Había que diseñar el programa que le diera continuidad al proyecto y después buscar el hombre adecuado para aplicarlo. Surge así la decisión de nominar a José López Portillo como candidato a la presidencia de México, quien llega a ser Presidente sin necesidad de realizar una gran campaña.

Al empezar el nuevo, la mayoría de los grupos y organizaciones patronales trataron de imponer una interpretación del país.[9] Contrarios a la intervención del Estado en la economía y partidarios del liberalismo monopólico, encontraron eco creciente en un gobierno que, desde el sexenio anterior, había firmado una carta de intervención con

---

gubernamentales contra el ser y quehacer empresarial. El sexenio concluyo, de hecho, en medio de una severa crisis de confianza [...]. Basáñez, Miguel, *op. cit.*, pp. 54-55.

[9] La concentración tan grande de los beneficios del llamado "desarrollo estabilizador" había creado grupos de poder privado muy fuertes que pusieron en jaque a la presidencia. Este fenómeno empezó a notarse bajo el gobierno de López Mateos y se hizo más patente en el gobierno de Echeverría. Uno de los mejores ejemplos lo tenemos en el intento de reforma fiscal que tuvo lugar en 1972. El temor a una recesión y a una fuga masiva de capitales, voceado tanto por los empresarios como por grupos dentro del propio gobierno, hicieron que el Presidente diera marcha atrás en lo que pudo ser uno de los grandes momentos de su gobierno.

el Fondo Monetario Internacional (septiembre de 1976). El nuevo gobierno intentó, en la primera mitad del sexenio[10], limitar la retórica populista y los alineamientos internacionales con el Tercer Mundo, cedió en la palabra y en la práctica a las presiones del liberalismo económico, aceptando los efectos consabidos en la dependencia, la especulación financiera y crediticia, la inflación seguida de la congelación de salarios, el incremento del desempleo y la disminución de inversiones y servicios.[11]

Al mismo tiempo, exploró en el terreno económico la posibilidad de aumentar su peso frente a los grupos empresariales a través de un aumento en la exploración,

[10] El periodo lopezportillista se divide, a su vez, en dos subperiodos: en el primero, de 1977 a 1979, intentó la estabilización, la austeridad y la reconciliación con la clase empresarial; el segundo, de 1980 a 1982, coincidente con el *boom* petrolero, revela la locuacidad y extravagancia presidencial

[11] José López Portillo pretendió una reconciliación con los sectores empresariales del país, lanzando políticas rectificadoras para nuevos planes y medidas de rescate económico. Las élites empresariales ejercieron presión contra el gobierno mediante la fuga de capitales y la especulación, contención de la inversión y críticas al modelo económico expresadas por el Consejo Coordinador Empresarial. Por ello, el propósito del Presidente es eliminar la crisis de confianza y encauzar la fuerza de la iniciativa privada y del Estado en bien de la nación, acallando las demandas de los trabajadores, los sectores medios y los campesinos.

Primero limitó los aumentos salariales al 10% y, mediante el programa "Alianza para la Producción", permitió que los empresarios recibieran subsidios estatales y créditos económicos. El Grupo Alfa empezó a comprar empresas al por mayor, adquiriendo fábricas de todo tipo y apoyando indirectamente el sueño redentor del Presidente

El compromiso con el FMI ordenaba reducir el gasto público, la austeridad presupuestaria y una mayor eficiencia administrativa. El gasto público se redujo con la esperanza de limitar el déficit público al 2.5% del PIB y se creó la Secretaría de Programación y presupuesto, cuyas funciones de presupuestación, planeación y gasto permitirían incrementar la eficacia administrativa.

Posteriormente, se liberaron los precios de 140 productos; esto tuvo un efecto negativo entre los trabajadores y la clase media, que no se beneficiaban de las paraestatales ni trabajaban en la burocracia. Se creó, también, el Impuesto al Valor Agregado (IVA).

El crédito internacional tuvo, otra vez, plena admisión en México debido al petróleo y a la supuesta abundancia; la deuda externa alcanzó la cifra de 26 mil quinientos millones de dólares.

La inflación promedio del sexenio lopezportillista alcanzó el 32.3%, los salarios mínimos perdieron poder adquisitivo y quedaron por debajo de los de 1974. El salario mínimo pasó de $82.74 diarios en 1976 a $318.28 en 1982, con un promedio anual del 20.5% inferior al aumento de precios, por lo que la pérdida real del poder adquisitivo de dicho salario durante el sexenio fue del 35%. Antes de 1976, un mexicano de cada tres tenía trabajo, en 1981 la proporción era de uno por cada cuatro. Cfr. Zaid, Gabriel, *op. cit.*, Brachet-Márquez, Viviane, *op. cit.*, Basáñez, Miguel, *op. cit.* Krauze, Enrique. *La presidencia imperial.*

explotación y venta del petróleo.[12] Ello no impidió una presencia cada vez más directa y agresiva del capital monopólico en puestos del ejecutivo y en las políticas económicas, ideológicas y de gobierno, incluida la nominación de los candidatos a puestos de elección popular, en especial de los gobernadores.[13] Tampoco imposibilitó una recuperación relativa de la economía: en 1978 el PIB creció en un 6.6 por ciento, y el público en un 9.3 por ciento, dentro de un proceso continuo de concentración del capital.

En el campo político-electoral, el Estado y los aparatos y organismos más ligados al mismo exploraron dos posibilidades: la de una reforma al sistema de partidos, y la de una transformación al PRI. La primera surgió como proyecto del Ejecutivo, de su ala más progresista; su característica principal consistió en cambiar los requerimientos legales para el registro de partidos nacionales, de modo que pudieran entrar en la lucha electoral fuerzas hasta entonces marginadas. De acuerdo con la nueva legislación, obtuvieron un registro provisional –a reserva de probar en las elecciones para diputados de 1979 que alcanzan la votación necesaria– el Partido Comunista Mexicano (que desde 1949 había perdido el registro), el Partido Socialista de los Trabajadores, integrado por disidentes de un partido que había cobrado fuerza a consecuencia del movimiento de 68 (el Partido Mexicano de los Trabajadores), y una formación política de origen sinarquista, el Partido Demócrata Mexicano. La nueva ley puso en movimiento a las principales fuerzas organizadas de la izquierda, aunque éstas siguieron gravemente limitadas en su política sindical. Permitió también el acceso a la lucha electoral a una derecha que en el pasado reciente había mostrado más diferencias que simpatías con el PAN. Constituyó, de hecho, el proyecto más avanzado del gobierno.[14]

---

[12] El descubrimiento de los yacimientos de petróleo generó un problema de identidad en José López Portillo, pues consideró que estos hallazgos eran la solución a todos los problemas de México, y olvidó por completo la mesura y orden que se proponía en su proyecto original. Para López Portillo, el petróleo era el garante del ingreso de México en los terrenos de la abundancia, y apostó todo el desarrollo nacional a la petrolización de la economía, adquiriendo enormes créditos en el exterior y realizando operaciones multimillonarias con los productos del oro negro.

El gasto público se disparó, pero también el despilfarro y la corrupción. Cfr. Krauze, Enrique. *La presidencia imperial*; Brachet- Márquez, Viviane, *op. cit.; Basáñez, Miguel.* op. cit. y Agustín, José, *Tragicomedia Mexicana 2*, Planeta, México, 1994.

[13] Los intentos de reconciliación por parte del gobierno mexicano eran bien intencionados, no deseaban mayores rompimientos con las élites económicas del país, por lo que varios gobiernos locales y puestos en la administración pública federal fueron consensados con ellos, por ejemplo, el caso del Bajacaliforniano Roberto De la Madrid. Cfr. Basáñez Miguel, *op. cit.*

[14] La Secretaría de Gobernación a cargo de Jesús Reyes Heroles realiza la reforma política. Diseña el esquema del multipartidismo y fomenta la formación del Partido Comunista y del Partido Socialista de los Trabajadores con el objeto de evitar la polarización en dos partidos: PRI y PAN. Además, consigue con ello colocar al PRI en una posición que aparenta ser el

En medio de esta crisis social y política, López Portillo toma posesión y llega a convertirse en la esperanza de la población de que las cosas mejorarían sustancialmente y que se daría marcha atrás a los excesos echeverristas. Por su parte, los miembros de la familia revolucionaria confiaban en que, a pesar de no haber sido nombrado candidato con acuerdo de la familia, el nuevo Presidente restableciera el orden en la estructura del sistema político.

López Portillo empieza a maniobrar con el gabinete y realiza rotaciones y movimientos frecuentes, pero en lugar de restaurar la fisura abierta en la familia revolucionaria, entre los que habían apoyado a Moya Palencia y quienes apoyaron al propio López Portillo, la extiende al gabinete y lo divide en gabinete económico, que son sus amigos[15] y su coto de poder, y gabinete político[16], que son los puestos que sobran para repartir entre los desplazados: los miembros de la Familia Revolucionaria y los propios echeverristas, de los que López Portillo comienza a alejarse para tratar de crear su propio gabinete.

Los grupos de la Familia Revolucionaria de la más antigua cepa y defensores de los actos guerreros en la conformación del Estado mexicano, como el obregonista, empiezan a operar para colocar a Javier García Paniagua, militar que durante la sucesión de Ávila Camacho y Ruiz Cortines simpatizó con Henríquez Guzmán, lo que le costaría la representación política, no así el poder. Esta vieja guardia, formada por hijos y parientes de obregonistas, callistas, cardenistas, carrancistas, etc., promueve más tarde a Pedro Ojeda Paullada antes de que el Presidente destapara a su candidato.

López Portillo, ante la enorme responsabilidad y peso histórico de la crisis económica, opta por elegir como candidato a quien representaría un manejo más

centro, dejando a la derecha al PAN y a la izquierda a todos los partidos socialistas y comunistas. El rotundo fracaso de las políticas de López Portillo llega a su clímax en la época de la sucesión.

[15] López Portillo sabía muy bien que, en las condiciones en que se hallaba, no tenía más remedio que soportar los abusos del FMI. Estaba en manos del sector privado y del gran capital, no podía declara una moratoria. Sin embargo, trató de poner un mínimo de contrapeso al nombrar estructuralistas populistas como Carlos Tello y José Andrés de Oteiza en puestos claves del gabinete, quienes deberían mostrar utilidad a la hora de la bonanza petrolera. En la otra esquina se hallaban los monetaristas-neoliberales: Moctezuma, De la Madrid, exalumno suyo, y Gustavo Romero Kolbeck, del banco de México. Pero en este sector también colocó a su hijo José Ramón López Portillo y a Rosa Luz Alegría.

[16] Dentro de éste fueron incrustados algunos de los echeverristas más habilidosos: Augusto Gómez Villanueva, Hugo Cervantes del Río, Porfirio Muñoz Ledo, Carlos Sansores Pérez. Para contrarrestarlos, acudió a gente como Guillermo Rossell, Jorge Díaz Serrano, Francisco Medina, Reyes Heroles, Javier García Paniagua y José Andrés Oteyza.

racional y técnico del país: Miguel De la Madrid Hurtado.[17] En esta candidatura, sin embargo, no puede soslayarse la enorme influencia del exterior, del sector privado y del propio proyecto neoliberal que se fraguaba en la Secretaría de Programación y Presupuesto. Estos elementos pesaron más que las intenciones de la vieja guardia revolucionaria que, para entonces, se encontraba en el límite del tiempo.

El costo de la batalla política para esta sucesión fue una deuda externa de US $80,000 millones, inflación promedio del 36% anual, una corrupción impresionante en todos los niveles y una gran crisis de credibilidad de la sociedad[18], ya que se esperaba que López Portillo corrigiera los desastres que había empezado Echeverría, pero resulto peor (al grado que aparecieron bardas pintadas con la leyenda "Echeverría regresa te perdonamos").

---

[17] Si la economía estaba agitada, la política no lo estaba menos [...] dos eventos llamaron la atención en la sucesión de López Portillo: el discurso de Roberto Casillas, secretario particular del Presidente, pronunciado en agosto de 1980 y la serie de entrevistas concedidas por Luis Echeverría en abril de 1981 a *El Universal*. El efecto del discurso de Casillas fue una entrevista del Presidente negándose en el papel de gran elector y calificándose como fiel de la balanza. El de las entrevistas de Echeverría, fue el enroque efectuado entre el Presidente del PRI y el secretario de la Reforma Agraria, ocho días después de la ruptura supersónica del silencio. En estos dos casos el Presidente mostró la necesidad de reforzar el control de la situación política del país, en un ambiente progresivamente inquieto.

A diferencia de los acontecimientos anteriores al mes de junio de 1981, los posteriores dificultaron el control sobre el proceso de la sucesión. Por una parte, el problema de precios del petróleo [...] que provocó un impacto de importancia a los planes presidenciales. Por otra, la destitución de Díaz Serrano, que pareció obedecer no sólo al desacuerdo en la reducción del precio por barril exportado. En tercer término, las presiones cruzadas del bloque industrial encabezadas por Alfa y del bloque financiero, anunciaban la aparición de acciones empresariales desarticuladas y trastornadas, como en efecto resultaron ser los recursos del rumor, la desconfianza y la fuga de capitales. Finalmente, las tres entrevistas con el Presidente Reagan, todas en territorio norteamericano [...] Son sugestivos, por último, los tiempos y movimientos de la nominación presidencial durante la segunda quincena de septiembre. El día 14 Díaz Serrano declaró que estaba dispuesto a volver a la política. El día 17, López Portillo acudió por tercera vez consecutiva a reunirse con Reagan [...] Al día siguiente de su regreso, el Presidente anuncia en un mítin en Monterrey, que en pocos días el PRI dará a conocer su candidato; en el curso de la semana trasciende que Díaz Serrano se iría de embajador a la URSS y el día 25 el PRI da a conocer su candidato anticipándose casi un mes a la junta de Cancún, que era la fecha esperada del destape. Sin recurrir a explicaciones conspiratorias, será importante para un futuro indagar la posible relación entre los elementos aportados: Bush, Alfa, Díaz Serrano, Grand Rapids y la anticipación del destape. Basáñez, Miguel. *op. cit*., pp. 73-74.

[18] Krauze, Enrique. *La Presidencia Imperial*, p. 394.

Es con los gobiernos de Luis Echeverría y López Portillo cuando el nacionalismo regresa al marco de la izquierda:

> Al margen de cualquier discusión de orden doctrinario que uno pudiera tener del nacionalismo revolucionario, lo que se propuso en 1970 fue brincar al futuro brincando al pasado, es decir, vamos hacia adelante regresándonos a 1929, porque el nacionalismo revolucionario estaba concebido en función de una sociedad que tenía las características de México en los años veintes, así el pretender mantener esa teoría significaba no aceptar que el país se había transformado(...).[19]

A pesar de que el populismo se encontraba en boga como consecuencia de los conflictos ideológicos en los años sesenta, los gobiernos echeverriista y lopezportillista pretendían legitimar su tendencia a través de discursos y fórmulas políticas extraídas de los momentos más relevantes en la historia de los gobiernos revolucionarios: maximato y cardenismo. Sin embargo, el efecto fue contrario, pues, ante las élites empresariales y los sectores conservadores, además de comunistas eran retrógradas y anacrónicos.

Tres parecen ser, desde 1970, las alternativas que las clases dominantes encuentran a la crisis: la de una política neopopulista, la de una política de democracia ampliada –la más progresista–, con cambios cualitativos que lleven al campo de la legalidad las luchas por el socialismo y el comunismo, y la de una política predominantemente autoritaria y represiva, que vuelva a colocar en un primer plano a las fuerzas tradicionales de dominación latinoamericana, en particular el ejército, el clero y el capital. Cada una de esas políticas encuentra apoyos e interpretaciones varias en los partidos y organizaciones políticos y sindicales vinculados a los aparatos del Estado, y en los que se le enfrentan desde posiciones socialistas y revolucionarias. Cada una se complementa con proyectos de política económica más o menos distinta, que dan mayor consistencia al proyecto político o aumentan sus contradicciones.

La crisis político-ideológica se acentúa a partir de 1971, cuando la crisis económica se manifiesta en todos los terrenos.[20] Ambas operan dentro de una estructura altamente

---

[19] Díaz Cid, Manuel, *op. cit.*, p. 359.

[20] En el industrial, en 1971 el 4.3 por ciento de los establecimientos produce el 88.2 ciento del valor total. Desarrollo y crisis favorecen la concentración de capital. De 1971 en adelante hay un notable descenso en la actividad productiva; decae la inversión; se restringe la oferta, crecen las presiones inflacionarias, la especulación, el rentismo y la fuga de capitales. Aumenta el proceso de concentración de la propiedad y el ingreso; se estrechan los mercados, crece capacidad ociosa de capital. Aumentan las tasas de utilidad, disminuyen los salarios reales, aumenta el subempleo y el desempleo. A una política inflacionaria sucede otra deflacionista, comprometida con el Fondo Monetario Internacional. Ambas políticas constituyen una unidad en materia de endeudamiento externo, inflación, y congelación de salarios. La tasa promedio

desigual, con desarrollo predominante de los monopolios y oligopolios. La crisis tiende a acentuarse en el futuro inmediato. El alto endeudamiento externo, el predominio creciente del poder oligopólico en las decisiones económicas del gobierno, la "política de estabilidad" adoptada –que corresponde a un acelerado proceso inflacionario, con restricciones en los aumentos de los salarios nominales– determinó (bajo el programa de facilidad ampliada suscrita con el Fondo Monetario Internacional) la contención del déficit público de 8.2 por ciento del PIB en 1976 a 2.5 en 1979. Todo esto permitió intuir un crecimiento de "la inconformidad popular" y un "endurecimiento represivo de las organizaciones políticas", al que se resisten varias facciones de las propias clases gobernantes y las organizaciones democráticas y populares.[21]

---

de crecimiento baja del 7.03 por ciento en el período 1960-1969, a 4.08 en 1975, a 1.67 en 1976, para subir sólo a 3.20 en 1977. En esos mismos años la inversión privada decrece de -1.62 por ciento a -0.17, a - 21.61. La tasa de inflación promedio 1975-1977 es de 23.73 por ciento, mientras los salarios mínimos se contraen al imponérseles un tope de 12 ciento en 1977. Los menos organizados y los rurales sufren una pérdida real de salarios aún mayores. El desempleo y el subempleo alcanzan del 20 al 40 por ciento de la población económicamente activa, según los indicadores que se usen.

Mientras tanto el saldo de la deuda externa pasa de 4,545.8 millones dólares en 1971 a 22 mil 912.1 millones en 1977; y el servicio de la deuda de 743.3 millones de dólares a 3 mil 544.2 millones en esos mismos años. Los índices de concentración de capital, las altas utilidades, la desigualdad y dependencia se acentúan con una crisis que en otro Estado habría, sin duda, dado lugar a explosiones populares y políticas de mayor alcance. En México, el Estado la enfrenta en medio de serias dificultades que en el terreno económico solo en parte parece poder aminorar el petróleo. Basañez, Miguel, *op. cit*., p. 70.

[21] Una comparación entre el desarrollo estabilizador y los gobiernos populistas de 1970 a 1982, sería ociosa. Sin pretender justificar las políticas económicas que cada gobierno aplicó en su momento, y según las oportunidades que tuvo, ambos modelos son sumamente criticables: la injusta e inequitativa desigualdad y distribución de la riqueza en el desarrollo estabilizador, así como el desarrollo y el gasto público excesivo sustentado en un mal manejo del crédito internacional.

Ambas medidas reflejaron mecanismos de gobernabilidad que el sistema se veía obligado a adoptar para salvaguardar su hegemonía.

Capítulo V

La hecatombe

Los líderes políticos del México posrevolucionario pueden clasificarse más o menos en tres grupos. El primero gobernó a México desde finales de la Revolución hasta 1946; el segundo tuvo las riendas del poder de 1946 a 1970 y el tercero lo ejerció desde 1970. En opinión de Lindau:

> Desde el momento en que culminó la fase armada de la Revolución hasta 1946, la política mexicana estuvo dominada por los hombres que participaron en la lucha. Además de tener experiencia militar, muchos de ellos provenían de un segmento de la clase media excluida del poder durante el régimen de Porfirio Díaz. En general, sus raíces estaban en el norte del país, mientras que la mayoría de aquellos que habían ocupado el poder durante el porfiriato provenían de la ciudad de México. Hacia 1946, la clase media urbana e ilustrada de la capital volvió a ser semillero principal de la élite gobernante mexicana. Los caudillos militares [...] cedieron el poder a los civiles [...] los que gobernaron después, debieron su ascenso principalmente a sus actividades en la administración pública y el partido. [...] Sin embargo, es evidente que el reclutamiento político cambió de manera importante después de 1970 [...] los títulos académicos adquirieron más importancia como medio para asegurar el acceso a los niveles altos de gobierno [...] los economistas, muchos de los cuales tenían posgrados de universidades extranjeras y pasaron la mayor parte de sus carreras en el sector financiero del gobierno, ocuparon un mayor número de puestos altos.[1] Estos últimos, han merecido el nombre de "Tecnócratas".

El ascenso de los tecnócratas al poder ha adquirido importancia política en México durante los últimos 15 años:

> [...] desde mediados de los ochenta la división entre tecnócratas y políticos estaba alimentando la tensión en todo el sistema. En parte, era simplemente un problema de grupos: el grupo de políticos estaba descontento porque ya no gozaba de la influencia y los

[1] Lindau, Juan D. *Los tecnócratas y la élite gobernante mexicana,* Joaquín Mortíz, México, 1992, pp. 29 y 30.

> privilegios tradicionales, mientras que el grupo de tecnócratas estaba deseando consolidar su nuevo dominio del poder. Pero el problema implicaba también un choque entre dos visiones diferentes del país, que se simbolizaron en dos epítetos políticos nuevos, populismo y tecnocracia.[2]

Para reafirmar esta postura, Lindau señala una caractrerística que puede diferenciar a ambos bandos en México:

> Suele definirse a los tecnócratas mexicanos como aquellas personas con estudios de posgrado (en su mayoría economía y de universidades extranjeras), que han hecho la mayor parte de su carrera en el sector financiero del gobierno [lo que] significa que la parte medular del debate sobre los tecnócratas en México es en realidad un análisis de las consecuencias del ascenso de los economistas al poder.[3]

El autor llama políticos a "aquellos que tienen experiencia electoral o partidista y de acuerdo con su ubicación en el sistema político [...] entre las características que se les atribuyen, destaca una actitud negociadora, se piensa que son más abiertos que los tecnócratas [...] se cree que poseen flexibilidad intelectual, prudencia, pragmatismo, sentido común y buen juicio".[4] Se considera que los tecnócratas han ganado cada vez más poder y han desplazado a los políticos tradicionales de la élite gobernante. Esto ha estrechado la base de reclutamiento del gobierno y restringido las vías de acceso al poder; por ende, se considera que ese hecho tiene implicaciones profundamente elitistas.

> El dominio tecnocrático sobre la política corresponde a un período muy definido que abarca los años ochentas y parte de los noventas. Fue la sustitución de los regímenes autoritarios tradicionales y de las dictaduras militares sudamericanas [...] El tecnócrata es conservador. Funciona como en una teocracia. Piensa que solo él sabe qué es la globalización. Sus verdades son absolutas [...] los tecnócratas son hombres profundamente unidimensionales. No están dotados para el quehacer político.[5]

Otros especialistas consideran que

---

[2] Riding, Alan. *Vecinos* distantes, Joaquín Mortíz-Planeta, México, 1985, p. 101.

[3] Lindau, Juan D., *op. cit.*, pp. 10.

[4] *Ibidem*, p. 13.

[5] Aceituno, Rafael: "Entré a la historia: Muñoz Ledo", en *Siempre!*, no. 2301, 24 de julio de 1997, p. 13.

> El gobierno de los técnicos sucede cuando individuos con adiestramiento y experiencia en las ciencias y en las técnicas (generales o particulares, y físicas-experimentales o sociales), y sin experiencia política, ocupan las posiciones dentro del aparato gubernamental con poder para decidir o determinar de manera sustancial la dirección del gobierno.[6]

De la Madrid llega a la presidencia rodeado de numerosos cuestionamientos lanzados, sobre todo, por algunos miembros de la Familia Revolucionaria que lo consideraban un tecnócrata y no un político. En paralelo, enfrenta la peor crisis económica y política de la historia reciente de nuestro país.

De la Madrid y su equipo adoptaron el modelo tecnocrático y trataron de aplicarlo de la misma forma que en Europa[7], pero encontraron la resistencia de los "dinosaurios"[8], término que comienza a utilizarse en esa época para indicar a los

---

[6] Morales Camarena, Francisco J. *La Tecnocracia en México*, Colegio Nacional de Ciencia Política, México, 1994, p. 17.

[7] Miguel De la Madrid estaba consciente de los análisis que los miembros de la Internacional Socialista habían realizado sobre las fallas en la aplicación del modelo de desarrollo. Este análisis se llevó a cabo en una reunión que realizaron los ideólogos de la internacional Socialista en Sussex, Inglaterra en el año 1980. Ahí se pudieron analizar las causas por las cuales los gobiernos socialistas perdían el poder en las siguientes elecciones (o por la vía de un golpe de Estado en los países con menos tradición democrática, como en el caso chileno) cuando intentaban aplicar el programa de transformación.

También en esta reunión se dieron cuenta de que en todas partes del mundo los partidos socialistas y comunistas iban a la baja en su capacidad de movilización y en la afiliación de miembros, excepto en Italia en donde aumentó. Por ello, se pusieron a estudiar el sistema del partido italiano y encontraron que había seguido un proceso diferente a todos los demás: en su tesis, sostenían que tener el control del gobierno no significa haber convertido a una sociedad en socialista, al contrario, se requiere de un aparato policiaco gigante para sostener el poder. Por ello, es necesario realizar un cambio cultural para que la sociedad sea la que demande los cambios. Entonces, la estrategia a seguir no es la de los cambios económicos con mayor intervención gubernamental; hay que dejar que la economía se rija por las leyes de la economía. Pero también hay que empezar a internarse en las superestructuras para cambiar de ahí a las estructuras, esto es insertarse en el gobierno para cambiar a los cuerpos básicos e intermediarios de la sociedad, empezando por la estructura más antidemocrática que existe que es la familia.

La actividad se dirige a buscar filtrarse en el ministerio de la cultura para modificar los planes educativos y conseguir ese cambio de mentalidad, y se empieza a ver esa mentalidad en otros aspectos culturales. Los resultados se dieron en una generación.

[8] Este calificativo se utilizó para señalar a los nacionalistas y tradicionalistas de la Familia Revolucionaria. En general, eran los enemigos del proyecto económico de los tecnócratas neoliberales. Sin embargo, también servía para nombrar a los políticos de la vieja guardia que se veían desplazados por los jóvenes educados en el extranjero. Hankistas, echeverristas, se

grupos de echeverristas y alemanistas (más adelante hankistas), es decir, nos encontramos con el encumbramiento de los economistas neoliberales frente a los militares, abogados, economistas populistas y burócratas. La tercera élite de la Familia Revolucionaria que desplaza y trata de eliminar a las dos anteriores. Un efecto de esta circunstancia será la unión tácita de dos proyectos que anteriormente habían estado confrontados (echeverristas y alemanistas, populistas y modernizadores), pero frente a un enemigo común luchan en la misma trinchera.

Para el Presidente fue difícil enfrentar a estos grupos. Así lo demostró cuando, en su segundo informe de gobierno, De la Madrid afirma que la incertidumbre está en los hechos, no en los programas y planes de gobierno. Su inmovilismo y falta de decisión le impidieron tomar las medidas necesarias para aglutinar a todas las fuerzas nuevamente en la Familia Revolucionaria. El sistema que, ya había sufrido tres infartos, ahora tuvo parálisis cerebral durante seis años. Esto fue mortal.

En la primera mitad de 1983, su gobierno siguió la política de reconocer todas las victorias electorales de la oposición a nivel municipal, cada vez que se dieran, lo que produjo una serie de victorias del PAN en ciudades importantes del norte de México. Los priístas de la línea dura convencieron a De la Madrid de que interrumpiera la apertura política. Al parecer, la lección de 1983 fue que elecciones limpias sin una completa reforma interna del PRI era la receta para el desastre electoral.

Sin embargo, cambiar el enfoque de la reforma política, de las relaciones entre el PRI y la oposición, a los problemas internos del PRI fue un paso que De la Madrid no quiso dar. Reformar al PRI significaba un cambio político mucho más arriesgado y más destructivo que hacer concesiones a los partidos de oposición. De modo que, conforme transcurrió el sexenio de De la Madrid, la brecha entre la modernización económica y la reforma política se amplió cada vez más, alargando la reforma del partido oficial y reconociendo los triunfos de la oposición en el ámbito local. Fue una contradicción que contribuyó en buena medida a los desastres electorales del PRI en 1988.

La sucesión de Miguel De la Madrid se presenta en un escenario de choque y confrontación: inflación cercana al 200%, deuda externa que rebasaba los 100,000 millones de dólares, crecimiento del producto interno bruto de 0% promedio durante su período[9] y una familia revolucionaria que no estaba dispuesta a seguir siendo simple espectadora en el juego de la sucesión. Así presentado el escenario, llega el momento

---

referían a facciones y feudos de poder más que a proyectos políticos, los echeverristas, dirigidos quizá a una economía centralmente planificada y los hankistas a una economía monopólica.

[9] Cfr. Unidad de Análisis Prospectivo "El Financiero". *Sucesión Pactada. La ingeniería política del Salinismo*, Plaza y Valdés, México, 1993, pp. 36-38.

en el que el Presidente, siguiendo un rito tradicional del sistema, debe tomar la gran decisión, al convertirse en el gran elector.[10]

De la Madrid duda; pero el tiempo pasa inexorable y los nervios y los jaloneos propios del período se hicieron presentes: para empezar, la familia comienza sus intentos para colocar a Manuel Bartlett Díaz como el sucesor. Durante la sucesión Delamadridista, las transformaciones económicas mundiales habían orillado a la élite política a dividirse. Los grupos que presionaban al Presidente eran, sobre todo, los que se originaron de la propia tendencia financiera de su gobierno: Carlos Salinas, Francisco Labastida, Francisco Roas, Ramón Aguirre, Eduardo Pesqueira, Alfredo Del Mazo, Bernardo Sepúlveda y Miguel González Avelar. Otros, representaba a los miembros de la vieja guardia partidista, como Manuel Bartlett y otros más pertenecientes a los recién formados grupos echeverristas (Porfirio Muñoz Ledo, Adolfo Aguilar Zinzer, Cuauhtémoc Cárdenas).

De la Madrid se ve descubierto y reacciona diciendo que no son cuatro sino seis, y que los seis serán valorados por las bases del partido. Se programa así la "pasarela electoral" en la que los candidatos muestran sus dotes electoreras para ser evaluados por el jurado calificador. Los resultados de dicho tribunal daban como ganador a Bartlett, mientras que Carlos Salinas de Gortari fue quien obtuvo la menor puntuación.

En paralelo, ocurren una serie de hechos significativos que vendrían a demostrar a la sociedad la descomposición que padecía el sistema. Empezando por el anuncio que hace el embajador de México en las Naciones Unidas sobre su separación del cargo y su regreso al país; al ser cuestionado por los reporteros estadounidenses sobre si su salida de la ONU tenía relación con el escándalo que protagonizó al romper con pistola en mano el parabrisas de un conductor, provocando un escándalo en Nueva York, el embajador niega que ese sea el motivo y explica que su partido lo ha llamado de regreso para encargarse de la formación del "nuevo partido". Se pensó entonces que regresaba como Presidente del PRI, pero no ocurrió así. Porfirio Muñoz Ledo vendría a encabezar una estrategia diferente.

Por otro lado, aparece en el seno del partido oficial un grupo inconforme con las decisiones cupulares y que busca promover un cambio en el centro de gravedad de la toma de decisiones políticas. Se coloca al frente de esta "Corriente Democratizadora" del partido a un personaje con un nombre doblemente mítico Cuauhtémoc Cárdenas.

[10] A partir de 1940, el Presidente mexicano elegía de una forma unilateral a su sucesor, de ahí su función establilizadora. Era un momento de suma importancia, pues de ello dependía el papel histórico y el futuro político del Presidente que salía.

La candidatura de Salinas[11] y su condena total y sistemática del populismo –que en México es un eufemismo de nacionalismo revolucionario–, significó la marginación total de este grupo, la única salida viable fue la candidatura independiente de Cárdenas, primero y luego la fundación de su propio partido.

La Corriente Democratizadora inicia sus actividades organizadas por Muñoz Ledo y por Cárdenas en unas oficinas ubicadas en el mismo edificio del PRI, con presupuesto del Partido. El denominado Frente Democrático Nacional aglutinó a personalidades como el propio Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo, Ifigenia Martínez, César Buenrostro, Silvia Hernández, Vicente Fuentes Díaz, Horacio Flores de la Peña, Augusto Gómez Villanueva, Eduardo Andrade (los seis últimos se alejarían rápidamente del grupo) y otros simpatizantes, entre los que se encontraban algunos investigadores del Centro de Estudios del Tercer Mundo, como Adolfo Agular Zínzer y otros importantes echeverristas.

La fuerza de esta disidencia preocupó al Ejecutivo Federal y a sus asociados, quienes, usando todos los medios a su alcance y bajo el argumento de unidad a toda costa, condenaron en diferentes instancias y foros a la Corriente Democrática y a sus exponentes, hasta colocarlos explícitamente en una Asamblea General del partido convocada para tales fines, en la disyuntiva de ceder o abandonar la organización política del PRI.

Poco después deciden separarse del Partido para competir desde un nuevo frente. La Corriente Democrática abandonó al PRI[12] y buscó, con la posición de un candidato único a la Presidencia, la adhesión de otros importantes representantes sociales, como Heberto Castillo; formando así el Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional, que en una posterior fractura dio origen al Partido de la Revolución Democrática, bajo la conducción de dos renegados del PRI, importantes figuras a nivel nacional: Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo. Ambos líderes se consideraban a sí mismos los herederos por derecho de la ideología y el poder del PRI, y juzgaban usurpadores a los tecnócratas como Salinas. Los líderes del PRI todavía tratan a sus contrapartes del PRD como traidores, y los tecnócratas del gobierno ven a los líderes cardenistas como "exjugadores" sin apoyo popular sustancial.

Algunos analistas políticos recordaron que se había estado hablando desde el año de 1985 de la forma como podría sobrevivir el sistema en un mundo cada vez más democrático, ya que las críticas en el extranjero al sistema de partido único se estaban

[11] Con el objeto de hacer más nítida la explicación de la vertiente cardenista en la ruptura priísta de 1988, más adelante se explicará de qué manera Carlos Salinas de Gortari llega a la candidatura por la presidencia.

[12] El movimiento cardenista surgió a partir de una escisión en el partido gobernante: de hecho, el primer cisma verdaderamente serio en el interior del partido desde 1952.

volviendo más ásperas. Se empezó a decir que la única forma como podría sobrevivir el sistema es que se formaran dos partidos controlados por la familia revolucionaria, es decir, un PRI - A y un PRI - B, de manera que se pudiera llegar a dar la alternancia del poder entre partidos, pero sin que la familia revolucionaria perdiera el poder.

Por otra parte, otros más[13] recordaron que, en el año 1968, la estrategia de usar a los estudiantes como carne de cañón para promover disturbios y provocar un enfrentamiento de tal magnitud que se viera la urgencia de colocar a otro candidato para tranquilizar las cosas, había dado un excelente resultado. Esto se menciona cuando aparece el Consejo Estudiantil Universitario (CEU) y repite las acciones que el Consejo Nacional de Huelga protagonizó en el 68.[14]

Las presiones siguieron y llegaron al punto que, ante la indecisión del Presidente, se condiciona la fecha del destape. En un hecho inaudito, el Presidente del partido declara un jueves a la prensa que al domingo siguiente se informaría el nombre del elegido. Las estrategias de presión de los dinosaurios cubrían varios frentes en ese momento: tenían a su candidato en el gabinete, empezaban las incipientes movilizaciones del CEU con su aparato propagandístico, se preparaba al nuevo partido –por si era necesario reemplazar al PRI–, y se contaba con un candidato unificado y con peso en la izquierda.

El día esperado llegó. De la Madrid no había cedido a la presión. Era el momento de realizar el "destape"[15] que seis años antes fue imposible ejecutar. La llegada de

---

[13] Ver: Urrutia Castro, Manuel. *Trampa en Tlatelolco*, Era, México, 1969; Cabrera Parra, José. *Díaz Ordaz y el 68*, Grijalbo, México, 1982; Pazos, Luis. *¿Por qué Chiapas?*, Diana, México, 1994; Et. al. *Autonomía Univesitaria*, UPAEP, México, 1991; Díaz Abrego, Carlos, *op. cit.*

[14] A finales de 1986, el rector de la UNAM debió enfrentar un conflicto estudiantil de enorme magnitud, al implementar, sin consenso alguno por parte de la comunidad estudiantil, las medidas que pretendían reestructurar la calidad universitaria.

El CEU, dirigido por Carlos Imaz, Imanolo Ordorica y Antonio Santos, realizó grandes movilizaciones de hasta 100 mil personas que sometieron, finalmente, a los reformistas.

[15] La mañana del domingo, la radio anuncia durante más de una hora que el candidato es Sergio García Ramírez. Alfredo del Mazo se traslada a la residencia de García Ramírez para felicitarlo y avalar con su presencia el madruguete, pero García Ramírez no se avienta ese salto. Después de haber estado bajo presión por todos los grupos durante el madruguete, García Ramírez sale a hablar con los medios de comunicación y les dice que deba haber algún error porque ya se sabía que el candidato era Carlos Salinas de Gortari. La gente que estaba en la explanada del PRI, y que ya estaba practicando las porras a Sergio, de pronto se entera que hay que cambiar y empiezan a practicar las de Carlos.

Es muy curioso, pero la Secretaría de Gobernación, encabezada por Bartlett Díaz, en esta ocasión no intervino para aclarar el "error" que habían cometido los medios de comunicación y dejó correr la información en vivo para todo el país.

Salinas a la candidatura tan anhelada por los políticos mexicanos significó una ruptura al interior del PRI.

> Políticos importantes agrupados en la llamada "Corriente Democrática" dentro del propio Partido Oficial, propugnaban por el destierro del tapadismo, práctica normal desde la difícil experiencia almazanista de 1940, en la sucesión Cárdenas-Ávila Camacho, en la designación del candidato. Es decir, los democráticos proponían, en suma, que los aspirantes abandonaran sus cargos gubernamentales, declararan públicamente su pretensión y se instaurara, en el seno del PRI, una competencia abierta por la designación.[16]

Cárdenas empieza su campaña como un candidato débil que esperaba tener un gran arrastre desde el principio mismo, pero se encontró con que su pasado como miembro del Revolucionario Institucional y, sobre todo, la discutida y polémica imagen que se ganó como gobernador del estado de Michoacán, pesaban más que el escándalo que protagonizó junto con Muñoz Ledo, al abandonar el partido.

La salida de la Corriente Democrática del PRI y la insurrección del electorado en 1988 dividió a la "familia revolucionaria" en el poder durante más de setenta años. En mayor o menor medida, la división y toma de posiciones tuvo sus expresiones en casi todos los sectores de la sociedad mexicana, incluyendo la clase empresarial, la iglesia, el ejército, los sindicatos, las organizaciones campesinas, los grupos de narcotraficantes y, por supuesto, las organizaciones políticas.

El propio desarrollo del proceso político que permitió a Cárdenas pasar de la figura de candidato disidente a candidato de la gran coalición centro-izquierda que representaba el Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional, le permitió tener una legitimidad impresionante en todo el país, por lo que se considera que la mayor parte de la población votó por Cuauhtémoc Cárdenas. Al interior del PRI y de las instituciones del gobierno, numerosas familias de la clase gobernante apoyaron discretamente a la oposición, la mayoría sin necesidad de abandonar el partido oficial de manera formal.

Carlos Salinas de Gortari llegó a la Presidencia de la República a pesar de la insistencia, a escala nacional, de un monumental fraude electoral y confrontando la división con Manuel Bartlett Díaz, Secretario de Gobernación encargado de utilizar el aparato del gobierno para lograr el triunfo del candidato priísta.

Salinas toma la protesta como candidato del PRI a la presidencia, pero se encuentra con una familia revolucionaria en su contra. Entonces, se hace formal la ruptura de la corriente democratizadora con el partido, moviendo sus oficinas a la colonia Nápoles.

[16] Barbosa, Raúl. *El Grupo Compacto*, Planeta, México, 1994, p. 20.

El ascenso de la tecnocracia obedeció, en primera instancia, a la adaptación de los grandes cambios que vivía la humanidad y que en México se habían adoptado de manera parcial; los antiguos modernizadores fueron tolerantes con el nacionalismo, los modernizadores neoliberales buscaban la apertura comercial en forma absoluta. El ejemplo más notorio de esta adecuación a la modernización mundial[17] sucedió con el impulso que Miguel De la Madrid Hurtado dio a Carlos Salinas de Gortari para ocupar la Presidencia de la República. Salinas, en la visión delamadridista, era el hombre adecuado para integrar a México dentro del marco de la Modernización Globalizadora.[18] En palabras de Tulio Hernámdez, a la sazón Gobernador de Tlaxcala, la inclusión de los tecnócratas era una necesidad:

> Lo que pasa es que el país vive una crisis de crecimiento. En la administración pública se necesitan especialistas de todo tipo. Y en esta crisis de crecimiento brutal, ¿qué hace usted? Pues dice: a ver, usted, véngase, lo voy a hacer subsecretario; usted estudió economía o es contador público o es actuario, a ver, hágame las cuentas. Y los tiene que incorporar de prisa al gobierno, a la política.[19]

Sin embargo, al reprimirse la circulación de las élites en la Familia Revolucionaria se originó un hueco que produjo la inundación del viejo sistema político. Hacia finales de los años 80, el galeón revolucionario sufrió una fisura enorme, en parte por el agotamiento del sistema de recompensas y pagos, además de ciertas diferencias de opinión, incluso económicas o ideológicas; fue parcialmente una disputa acerca del proyecto nacional, no solo una cuestión de circulación de las élites.[20]

---

[17] El año 1982 establece la pauta de un modelo económico en México diferente e incluso antagónico del que propugnaba el Partido Oficial, la candidatura de Carlos Salinas de Gortari representa la estructuración bien definida de la globalización económica en México.

[18] Manuel Bartlett Díaz fue el principal competidor de Salinas en la sucesión presidencial. Sin embargo, demostró una disciplina notable cuando la candidatura de Salinas se había definido.

[19] Chávez, Elías: "El PRI como escalón de poder, relegado", entrevista a Tulio Hernández, en *Proceso* 225, 23 de febrero de 1981, p. 10.

[20] José Ramón López Portillo y Rolando Cordera desarrollan, a lo largo de sus obras, una confrontación entre los proyectos neoliberal y nacionalista que las diferentes tendencias económicas, políticas y sociales impulsaban en México; asimismo, señalaban los costos de esa enfrentamiento en todos los ámbitos. Cfr. Cordera, Rolando. *La disputa por la nación*, Siglo XXI, México, 1988 y López Portillo, José Ramón: "Nacionalistas Vs. Neoliberales", en *Nexos*, México, No. 260, agosto, 1999.

La inclusión de la tecnocracia divide profundamente al orden corporativo de la Familia Revolucionaria[21], identificando como "dinosaurios" a los seguidores del antiguo modelo y llamando a los globalizadores "tecnócratas".

La Presidencia de Carlos Salinas de Gortari significa un parteaguas en la historia política de México, sin embargo, su proyecto no fue circunstancial o de emergencia; la mayor parte de sus ideas y reflexiones tienen su origen en un plan trazado con mucha anterioridad.

En el sexenio de Luis Echeverría, la Socialdemocracia apareció como una fuerza de primera magnitud en Europa y los líderes políticos veían en tal modelo la oportunidad de un cambio en América Latina. El Gobierno de Echeverría no menospreció la posibilidad de acercarse a la Internacional Socialista, a través de Carlos Andrés Pérez y Torrijos. Buscó convertirse en el líder de un movimiento de Partidos que en Latinoamérica consideraban a la Socialdemocracia como el verdadero camino.

Sin embargo, al interior del Sistema Político, algunos personajes pensaron que el modelo en el Tercer Mundo nunca se realizaría. Moya Palencia pensaba que el proyecto de Echeverría era una utopía y se acerca a un grupo llamado "Política y Profesión Revolucionaria", integrado por Carlos Salinas de Gortari, Manuel Camacho Solís, José Francisco Ruiz Massieu, Mario Melgar Adalid, Emilio Lozoya Thalman, Raúl Salinas de Gortari, René Villarreal, René González de la Vega, Carlos Mier y Teherán, y otros; y con Adolfo Orive, el gurú de Alberto Anaya, Hugo Andrés Araujo, Manuel Camacho, Gustavo Gordillo y Emilio Lozoya. Otros personajes que también fueron compañeros de Salinas en ese momento y ahora son Adrián Lajous, Jaime Corredor y Oscar Levín Coppel.

Moya Palencia, Víctor Urquidi y Carlos Abedrop formalizaron la idea de organizar mejor a los jóvenes protegidos del primero y coordinarlos respecto de las propuestas del mundo empresarial; su objetivo era llegar a gobernar México para plantear la reforma del Sistema Político y la incorporación del país en el proceso de Globalización.

[21] Después de 1988, cuando el dominio de la tercera élite en el poder es indiscutible, la clasificación tradicional de la Familia Revolucionaria resulta obsoleta; frente al nuevo modelo económico solo hay quienes lo apoyan y quienes lo defenestran. De ahí que entre los dinosaurios encontremos corrientes y atavismos tan diversos, que antaño habían sido contrincantes, por ejemplo, los echeverristas, los alemanistas, los cardenistas, los militaristas, etc. En el bando de los tecnócratas se hayan los jóvenes políticos identificados con el modelo económico y político norteamericano, que en apariencia tiene más acuerdos con la oposición conservadora (PAN) que con el propio partido oficial (PRI).

En este momento, los jóvenes profesionistas pertenecientes a los grupos políticos insertados en este proyecto, salen becados a estudiar posgrados en las universidades de los Estados Unidos.

> Hugo B. Margain, una de las figuras más importantes en asuntos económicos mexicanos [...] ayudó a Salinas para obtener una Beca para completar su primera maestría en la Universidad de Harvard; Héctor Hernández lo ayudó a obtener otra beca en Harvard de 1974 a 1976, para una segunda maestría [...] Mario Ramón Beteta, apoyó la beca de Salinas para el doctorado en Harvard.[22]

> Leopoldo Solís Manjarrez, analista del Banco de México, impulsó a su sobrino Manuel Camacho Solís para cursar una maestría en Asuntos Públicos en la Universidad de Princeton.[23]

Otros miembros del Grupo Profesión y Política Revolucionaria, de igual, forma estudiaron en el extranjero en las Universidades de Yale, Harvard, Princeton, Standford, Oregon, Instituto Tecnológico de Massachussets, etc. Frente al proceso de globalización y a la inminente caída de los socialismos utópicos y totalitarismos, los Estados Unidos pretendían continuar con su hegemonía mundial educando jóvenes en sus universidades para que, posteriormente, gobiernen sus naciones de origen.[24]

En 1978, siendo Presidente José López Portillo, Carlos Salinas de Gortari regresó de Harvard, con el grado de Doctor, y entró a participar en el Gobierno como Director General de Planeación Hacendaria; así conoció a otro becario de Harvard, el entonces subsecretario de Hacienda, Miguel De la Madrid Hurtado, que en 1979 ascendió a

---

[22] "El Poder en México. Cuestión de Camarillas". Sinopsis del Libro de Roderic Ai Camp, del mismo título, *Proceso*, no. 997, 11 de diciembre de 1995.

[23] Caballero, Genoveva y Estrada, Eduardo. "Camacho: El Turbulento", en *Contenido*, no. 386, agosto, 1995.

[24] Después de la posguerra, conforme aumentaba el miedo a una Tercera Guerra Mundial, diversas organizaciones mundiales capitalistas como el Club de Roma, la Comisión Trilateral, el Club de Tokio, el Club de París y la Fundación Rockefeller idearon estrategias para que en el futuro de la humanidad,el capitalismo ganara la batalla sin necesidad de la conflagración militar. Para ello, se fundamentaban en la geopolítica, la economía continental y la educación de jóvenes líderes en todos los países conforme a las ideas de la globalización. A este respecto, son indispensables los criterios de autores como Henry Kissinger, Zbigniew Brzezinski, Guillermo O´Donnell, Daniel Bell, John Maddox, Andreas Papandreu, Michel Crozier y Stanley Hoffmann, Saburo Okita, entre otros.

A los Foros internacionales que se realizaban en torno a estos grupos durante los setentas acudían Mario Moya Palencia, durante su época como Secretario de Gobernación, Carlos Abedrop y Víctor Urquidi, director del Colegio de México.

Secretario de Programación y Presupuesto e invitó a Salinas como Director General de Política Económica y Social. En estos años también:

> Un sector de Política y Profesión Revolucionaria había logrado penetrar en el Colegio de México, institución que ha jugado un papel muy especial de la investigación en nuestro país. Ahí estaba Manuel Camacho como punta de lanza (poco después ingresaría a formar parte del Centro de Estudio Tepoztlán). Gil Díaz invitó a José María Córdoba Montoya a dar clases en dicho lugar [...] En el Colmex se integraron los últimos miembros: Luis Donaldo Colosio, Otto Granados Roldan, Jaime Serra Puche, que ya colaboraba con Aspe Armella, fue Director del Centro de Estudios Económicos. En 1981, Zedillo entró como profesor.[25]

Como Director de Política Económica y Social, Salinas incorporó a la Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP), en calidad de asesores o funcionarios menores, a gran parte de los integrantes del Grupo Compacto, que se enriqueció con el añadido Córdoba Montoya.[26] En jornadas de doce a catorce horas diarias, los miembros del Grupo se esforzaron por demostrar su utilidad a De la Madrid y por hacerse indispensables para éste.

> Una vez en la presidencia, De la Madrid premió los servicios de Salinas entregándole la Secretaría de Programación y Presupuesto. A su vez, Salinas premió a la mayoría de los integrantes del Grupo Compacto consiguiéndoles importantes puestos en el Gobierno Federal, [...] Ruiz Massieu se convirtió en gobernador de Guerrero y después fue Secretario General del PRI, Hugo Andrés Araujo obtendría la dirigencia de la CNC y Alberto Anaya siguió siendo asesor muy cercano de Salinas y acercó más a los jóvenes economistas Luis Donaldo Colosio y Ernesto Zedillo.[27]

---

[25] Díaz Cid, Manuel, *op. cit.*

[26] Francisco Gil Díaz, incorporado ya al grupo salinista en el Colegio de México, invitó a Córdoba Montoya a impartir cursos en la institución. Ya desde su estancia en la Universidad de Stanford, Córdoba Montoya había hecho amistad con Guillermo Ortiz y Ernesto Zedillo, así, El Colegio de México fue rehén del proyecto acorde con las ideas arriba mencionadas. Córdoba Montoya había sido pupilo de Jaques Attali, principal consejero de Francois Mitterrand en los primeros años del gobierno socialista en Francia. A su venida a México, ejercería una importante influencia en Carlos Salinas de Gortari, logrando suprimir posteriormente al propio Manuel Camacho Solís.

[27] Vida de los Gobernantes. Extra! *Contenido*, tomo IV, México, 1996.

Miguel De la Madrid fue dejando el control de la economía en manos de Carlos Salinas y de su Grupo[28], al grado que controlaron la mayor parte de las decisiones económicas, por lo que resultaba más visible quien sería el sucesor de De la Madrid. Casi al final del sexenio, el futuro Presidente no se detuvo ante nada. "Salinas se convirtió en virtual jefe del gabinete económico delamadridista y se valió de esa influencia a fines de 1986 para colocar a Camacho como Secretario de Desarrollo Urbano y Ecología".[29]

Camacho era el verdadero cerebro del Grupo Compacto: en 1969 había sido premiado por la Editorial Siglo XXI en un certamen de ensayo político, a finales de 1973 fue uno de los primeros que ingresó al Colegio de México, en noviembre de 1974 publicó en *Plural* el polémico ensayo "El Estado Mexicano del Futuro", en l976 colaboró con personalidades como Gabriel Zaid, Enrique Krauze, Salvador Elizondo, Tomás Segovia y Octavio Paz en la fundación de la revista *Vuelta*, en 1977, en otro de sus ensayos, explicó cómo el proceso de legitimación de un candidato debería pasar por algunas etapas.

La obra ensayística de Manuel Camacho puede considerarse como análisis del sistema político mexicano y manual para la toma del poder que sirvió de base para articular al grupo salinista. "En su obra Poder: Estado o Feudos Políticos, Camacho plantea como principal hipótesis que el empirismo político que ha predominado entre la clase gobernante del país está rebasado y es necesario elaborar otro proyecto social con una posición teórica y estratégica diferentes".[30] Claramente, explica al inicio de su trabajo:

> Cada gobierno posrevolucionario ofreció sus soluciones a los problemas del desarrollo social, si bien hubo un método de gobierno que los caracterizó a todos ellos: el empirismo político. Aunque el empirismo político proporcionó a los gobernantes mexicanos una peculiar confianza en su capacidad para enfrentar lo inesperado, conforme se ha venido integrando la sociedad

[28] Es necesario destacar que, cuando De la Madrid fue destapado, Salinas abandonó su cargo administrativo y se fue al IEPES, órgano ideológico del PRI, donde articula las alianzas definitivas para consolidar al grupo compacto. Salinas enroló a su causa a sus viejos compañeros de estudios, Manuel Camacho y Emilio Lozoya, a Luis Donaldo Colosio e Ignacio Pichardo, quienes serían los contactos en el Congreso del futuro titular de la SPP, a Andrés Ruiz Massieu, María de los Ángeles Moreno, Marcela González Sada, Sócrates Rizzo, Fidel Herrera y Alejandra Moreno Toscano. Contacta con Jaime Serra Puche y Pedro Aspe y con politólogos surgidos de entorno reyesheroliano, como Otto Granados Roldan, Patricio Chirinos y José Luis Lamadrid. Unidad de Análisis Prospectivo "El Financiero". *Sucesión Pactada,* p. 11.

[29] Caballero, Genoveva y Estrada, Eduardo, *op. cit.*

[30] Unidad de Análisis Prospectivo "El Financiero". *Sucesión Pactada*, p. 12.

> actual, el empirismo se ha desgastado paulatinamente, hasta el grado de que –cada vez más– lo inesperado solo podrá enfrentarse por medio de la preparación previa.[31]

Y desarrolla, a lo largo de éste, un análisis de las variables políticas en México, diseñando una estrategia general para llegar al poder. Camacho hace una crítica aguda a los feudos de poder en el país, entendidos por él como:

> [...] los poderes exteriores al Estado que cumplen dos funciones: por una parte, contribuyen a mantener el orden social interno dados la falta de participación popular y el reducido poder real del Estado; a la vez, son obstáculos ilegítimos y antidemocráticos a la consolidación del Estado nacional. En términos históricos, la hegemonía de los feudos impide la orientación del desarrollo social en la dirección del beneficio nacional y mayoritario".[32]

Para acabar con esta forma de empirismo político que daña al país, propone una estrategia para llegar al poder.[33]

1) Consolidar el Estado. Con el objeto de constituir un mayor poder político que permita orientar conscientemente ese desarrollo social de México en beneficio de la nación y de las mayorías. Para lograrlo, es necesaria una cohesión interna muy superior a la que posee la clase gobernante.
2) Un grupo dirigente con fuerte cohesión interna. Camacho destaca la necesidad de formar un grupo compacto, organizado, eficaz en cuanto a claridad y capacidad de dirección. Si un equipo de esta naturaleza llegara a ocupar los centros neurálgicos del poder económico y político del Estado, habría la cohesión necesaria para dirigir las acciones políticas de acuerdo con una línea fundamental.
3) Aprovechar las condiciones cambiantes del Estado. Para Camacho, el Estado se transforma aceleradamente y ya no es posible adoptar las medidas proteccionistas del populismo. Este ritmo de cambios, aunado a la inmovilidad política del Estado, permite concluir que sí existen condiciones que puedan llevar a la formación de un grupo compacto capaz de cohesionar las acciones políticas del Estado de acuerdo con una línea política fundamental.

---

[31] Camacho Solís, Manuel. "El Poder: Estado o Feudos Políticos", en revista *Foro Internacional*, no. 3, vol. XIV, enero-marzo, El Colegio de México, México, 1974, p. 331.

[32] *Ibidem*. p. 341.

[33] Unidad de Análisis Prospectivo "El Financiero". *Sucesión Pactada*, p. 19.

4) Combatir los feudos. Es necesario acabar con la hegemonía de los feudos porque impiden superar el empirismo prevaleciente en la conducción del Estado. La lógica camachista es muy sencilla: hay que aliarse a unos feudos para restarle el poder político y económico a otros, ya que si no se negocia con algunos feudos se unirán éstos en su contra y ejercerán su hegemonía.
5) El método sorpresa. En opinión de Manuel Camacho era de máxima seguridad que el grupo compacto rompiera la mecánica de colaboración que había en la Familia Revolucionaria, pero ello no se lograría enfrentándose directamente con todo el conjunto de grupos sino generando coyunturas que permitieran la obtención de aliados inmediatos y rupturas profundas.

A los adversarios, el Estado tendrá que sorprenderlos – utilizando en su contra todos sus recursos legales y políticos– para evitar ser sorprendido. Todo ello sabiendo que, desde un punto de vista estratégico, en México sí es posible acabar con la hegemonía de los feudos siempre que la dirección política cohesiva aplique todo el poder en los lugares y en los momentos más vulnerables para los feudos adversarios.[34]

En su otro paradigmático ensayo, "Los Nudos Históricos del Sistema Político Mexicano"[35], Camacho señala un concepto que delimitaría, en su lenguaje, las coyunturas que vive el Sistema Político: El Nudo Histórico. El nudo se forma cuando,

> [...] las instituciones políticas dejan de funcionar dentro de sus propósitos de dominación y dirección políticas y administración social o cuando la clase política pierde la capacidad de hacer uso de las instituciones políticas. Esto desemboca en una falta de cohesión, pérdida de legitimidad y de capacidad administrativa. El nudo, en la dimensión del Estado, incluye pérdida de capacidad del orden de clases y fuerzas sociales para crear las máximas posibilidades de expansión del grupo o clase en el poder, o cuando una de las clases subalternas (y sus aliados) adquieren capacidad política, intelectual y moral para imponer un nuevo orden. [...] el sistema político mexicano registra un nudo histórico que posibilita la sustitución de la clase política y la alteración de las alianzas sociales básicas en el seno del Estado".[36]

La fórmula política de la Familia Revolucionaria se había agotado, lo institucional obedecía a la pérdida de legitimidad y hegemonía que el gobierno posrevolucionario había alcanzado. De ahí que el Grupo Compacto y el proyecto que diseñó Camacho, con disciplina y capacidad, aprovecharon la mayor parte de las probabilidades para

[34] Camacho Solís, Manuel. "El Poder: Estado o Feudos Políticos", p. 343.

[35] Camacho Solís, Manuel. "Los Nudos Históricos del Sistema Político Mexicano".

[36] Unidad de Análisis Prospectivo "El Financiero". *Sucesión Pactada*, pp. 22 y 23.

estar en el gobierno. Y cada vez, de acuerdo con su método de alcanzar el poder, ascendieron en los peldaños correspondientes.

Como Secretario de Desarrollo Urbano, Manuel Camacho realizó extenuantes labores políticas en favor de quien sería el candidato a la Presidencia: Carlos Salinas. Éste, a su vez, afirmó tres alianzas para lograr la candidatura. Una alianza política con Fernando Gutiérrez Barrios[37], Víctor Cervera Pacheco y Enrique Álvarez del Castillo; la segunda es político-económica y fue con Hank González y el Grupo Atlacomulco; la tercera fue político militar con la familia Lugo del estado de Hidalgo en sus tres vertientes: Lugo Verduzco, Lugo Mora y Lugo Rojo. Gracias a estos acuerdos marginales entre los miembros de la familia revolucionaria, Carlos Salinas llega a ser Presidente de México. Pero el sistema político al estilo mexicano había caído después de 60 años en el poder con la caída del sistema de cómputo.[38] Carlos Salinas de Gortari toma posesión el 1 de diciembre de 1988, señalado como usurpador e ilegitimo y condicionado por las facciones de la familia revolucionaria.

Si bien Carlos Salinas tomó posesión el 1 de diciembre, es el 10 de enero cuando asume el poder, al ordenar ejército movilizarse para detener al líder del sindicato petrolero Joaquín Hernández Galicia "La Quina" y demuestra con ese hecho su disposición a cumplir la promesa durante su campaña en que ofrecía que las alianzas

---

[37] Los echeverristas juegan una serie de cartas de negociación que les permiten retomar el control de la Secretaría de Gobernación: por un lado, se comprometen a dejar de apoyar a Cárdenas, quien, para ese entonces está fuera de control y se siente que realmente ganó; por el otro lado, le prometen que pueden traer a su toma de protesta a los líderes de la izquierda latinoamericana para demostrar a México y al mundo que Salinas es reconocido como un Presidente legítimamente electo en todas partes y ante todas las corrientes ideológicas. Gutiérrez Barrios llega a la Secretaría de Gobernación por estos acuerdos, quitándole el puesto al amigo de Salinas que se pensaba debía ocupar ese puesto: Manuel Camacho Solís.

[38] No hay que olvidar que el secretario de gobernación seguía siendo Manuel Bartlett y él se encargó de detener los resultados oficiales hasta que ya hubieran sido negociados.

La información que salía de los diferentes partidos era muy similar al principio: el resultado está muy cerrado entre el PRI y FCDRN, al grado tal que llevó a los candidatos de oposición a no declararse triunfadores hasta que tuvieran algo más de información de sus diferentes comités distritales. Todos cumplieron excepto Cárdenas, quien viola el acuerdo y se empieza a declarar ganador de las elecciones. Al mismo tiempo, en las embajadas de México en otros países, se empieza a manejar la versión extraoficial de que ganó Cárdenas.

Por su parte, el PRI declara ganador a Carlos Salinas de Gortari. Todos los demás partidos empiezan a decir que están haciendo un lodazal de los resultados electorales y que nadie, ni el PRI ni el PAN ni el FDN pueden decir con toda claridad que alguno es el ganador.

La carta que se estaba jugando era muy poderosa, y con ella se llegaron a negociar los puestos futuros, lo que le permite a los dinosaurios seguir con la esperanza de volver a tomar el poder.

contra su partido en los hechos verían sus consecuencias.[39] La detención de "La Quina" o "el quinazo", como se le conocería en adelante, dejaba claro que solo el Presidente tenía el poder y que ni la Constitución ni las leyes le impedirían continuar con sus planes; y si al margen de las normas legales tenía que llegar a usar al ejército para conseguir sus propósitos, así lo haría.

Todos los movimientos que se presentan en ese primer año van dando la imagen de que se estaban reagrupando las fuerzas alrededor de tres bloques: el Salinista, encabezado en el campo político por Manuel Camacho Solís y Luis Donaldo Colosio y en el campo de la economía por Pedro Aspe y Ernesto Zedillo; el Gutierrista, liderado por Fernando Gutiérrez Barrios; y el Hankista, representado por Manuel Barlett. Cada grupo buscaba acomodarse lo mejor posible para contender en las siguientes elecciones como el favorecido por el fiel de la balanza.

Después del agotador proceso que significó la candidatura de Salinas y los comicios electorales, Camacho fue investido como Secretario General del PRI, con la encomienda de actuar como máximo líder del partido y de la fracción priísta en el Congreso durante los meses previos a la toma de posesión de Carlos Salinas. Le tocó no solo enfrentar la furia de la oposición, que denunciaba el fraude electoral, sino también apaciguar a los diversos sectores del PRI que se resistían a avalar las concertacesiones con el PAN, neutralizar al Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional, que exigía el triunfo de Cuauhtémoc Cárdenas y negociar con los más poderosos grupos de Estados Unidos y México.

Los afanes continuistas del llamado "Grupo Compacto" salinista tuvieron como una de sus principales tareas el reemplazo o relevo de la clase política del país, a partir del criterio de que los viejos políticos eran los responsables del problema nacional.

El Presidente Carlos Salinas de Gortari se encontró frente a una coyuntura que iba a determinar el éxito o fracaso de su gobierno: lo primero que hace es un diagnóstico del problema económico del país (se necesitaban 10 mil millones de dólares para quince años de recuperación)[40], para conocer la verdadera magnitud del asunto. Salinas

[39] A pocas semanas de tomar posesión, el Presidente Carlos Salinas probó ser mucho más arriesgado políticamente que su predecesor al destituir a dos de los "intocables" del sistema político mexicano: los líderes de los sindicatos petrolero y magisterial. La decisión de Salinas de reconocer la primera victoria de un partido de oposición para el gobierno de un estado fue también un acto sorprendente en el ambiente del fraude político. Sin embargo, el manejo que hizo el gobierno de las elecciones en el estado de Michoacán arrojó las primeras nubes sobre las intenciones reformistas.

[40] La renegociación de la deuda mediante el Plan Brady no favorecía mucho el desarrollo de la nación si gran parte del ingreso del gobierno se pagaba como interés a los bancos acreedores; eso constituía aproximadamente 10 mil millones de dólares. Frente al *boom* de los mercados emergentes, Salinas veía que la reestructuración financiera de la duda exterior no era suficiente

primero viaja a Latinoamérica y a Europa del Este, pero no encuentra solución al problema económico. Al regreso de una reunión en Davos, Suiza, se propone iniciar los trabajos para comenzar el "Tratado de Libre Comercio", que en un principio resultaba arriesgado para su proyecto, pero ahora aparecía como el instrumento vital si se deseaba solventar el problema de la nación e impulsar una verdadera reforma política. Salinas envía a Córdoba y a Serra Puche para avanzar en las negociaciones del TLC. "En el interior del PRI, sin embargo, la camarilla de Camacho Solís vio la aprobación del TLC como un triunfo de sus odiados rivales, los allegados a Córdoba, cosa que alejaría definitivamente al Regente de la Ciudad de México de la aspiración a la Presidencia, cuyo derecho creía haber ganado al ser en el pasado, el cerebro del Grupo Compacto".[41]

La modernización forzada[42] fue llamada por Salinas "Liberalismo Social" y afirmó que se basaba en la tradición mexicana del S. XIX, que supuestamente estuvo muy

---

frente a la crisis que el país vivía. Contempló, desde entonces la posibilidad de hacer de México un mercado emergente para los capitales extranjeros. De ahí su justificación sobre necesitar más de 10 mil millones de dólares para su proyecto económico. Cfr. Unidad de Análisis Prospectivo "El Financiero". *Sucesión pactada*, pp. 38-39 y Oppenheimer, Andrés. *México: en la frontera del caos*, Javier Vergara, México, 1996, pp. 102 y 103.

[41] Vida de los Gobernantes. Extra! Contenido, tomo IV, México, 1996, p. 220.

[42] Además de tener en común con De la Madrid el haber ocupado el cargo de Secretario de Programación y Presupuesto, Salinas fue la mente que elaboró el perfil económico del país en el Plan Nacional de Desarrollo de 1983, donde se reforzó la nueva concepción del Estado y se planteó como meta cambiar las bases mismas del desarrollo en el país. Como Presidente de México, garantizó el nuevo papel que tendría el Estado dentro de la economía, traduciéndolo en la venta de la mayoría de las empresas públicas y la reprivatización del sector bancario. Los mayores esfuerzos gubernamentales se dirigieron hacia la reducción substancial de la inflación que, después de haber alcanzado cifras de 100% en 1982, se redujo a 11.2% a fines de 1992. La política de reducción del Gasto Público reportó grandes beneficios: en 1991 obtuvo ingresos por 177 mil 617 millones de viejos pesos, cifra superior a los gastos gubernamentales de 148 mil 402 millones. El PIB creció 2.6% en 1992 y continuó constante hasta 1994 por un 1.9%. La producción industrial avanzó 2.8%, la Deuda Externa se redujo en un 35%, se logró un superávit financiero del 5.4%, sin embargo, el déficit de la balanza comercial aumentó a 26 mil millones de dólares. La inversión extranjera lograba sobrellevar ese margen.

Las dos principales líneas de acción del liberalismo salinista (apertura a las importaciones, para hacer más competitivos a los productores nacionales, y privatización de las empresas paraestatales) arrojaron resultados buenos y malos. La industria mexicana, protegida por decenios, obligó al país a consumir productos muy caros y de mala calidad; la apertura a las importaciones trajo enormes beneficios al consumidor mexicano, pero la incapacidad inicial de los empresarios obligó a cerrar empresas y a generar desempleos masivos. La privatización de paraestatales, verdaderos elefantes blancos, se entregaron a los amigos del Presidente y eso les permitió seguir operando como monopolios. Cfr. Krauze, Enrique. *La presidencia imperial*;

inclinada a favorecer a las masas. Salinas se apresuró a aclarar que su Liberalismo estaría suavizado por la implementación del PRONASOL y el PROCAMPO (cabe mencionar que el Programa Nacional de Solidaridad fue creado por Manuel Camacho Solís). Con estos programas, más que imponer un proyecto radical de reforma política, al estilo Gorbachov, Salinas busca un acercamiento gradual a la liberalización política, con el propósito de mantener la mayor cohesión posible dentro del aparato gubernamental del PRI y, a la vez, responder, aunque parcialmente, al clamor de cambio político, un clamor del pueblo, de los partidos de oposición y del ala reformista del mismo PRI. Esta liberalización parecía, por el contrario, más una regalía y excusa del régimen para cambiar de fracción en el poder y profundizar en el proyecto económico.[43]

La liberalización económica fue extraordinariamente rápida con Salinas, pero afectó notablemente a la élite al impactar de forma negativa a sus sectores, teniendo el efecto de fragmentarla. De ahí que los obstáculos más importantes a la liberalización política en México estuvieran al interior del PRI.[44]

Los intereses de los líderes sectoriales se ven amenazados directamente por un sistema político más competitivo. Durante este periodo las elecciones estuvieron marcadas con frecuencia por lo que parecían ser graves conflictos entre las preferencias y los objetivos de la organización del PRI a nivel nacional y los de los órganos del partido. La XIV Asamblea del PRI fue un fracaso para Salinas, quien advierte la imposibilidad de realizar la reforma del Estado. Frente a ello, decide realizar primero la reforma económica, postergando la política en forma indefinida.

El inicio del sexenio salinista contempló un acontecimiento inédito: el primer gobernador de oposición en la historia postrevolucionaria de México. A Baja

---

Agustín, José. *Tragicomedia mexicana*, Vol. 3, Planeta, México, 1998; Cansino, César. *La transición mexicana, 1977-2000*, CEPCOM, México, 2000 y Salinas de Gortari, Carlos. *México. Un paso difícil a la modernidad*, Plaza y Janes, España, 2000.

[43] Salinas habló del Liberalismo Social como el Liberalismo triunfante del siglo pasado,¿; estableció 12 grandes temas: soberanía, Estado, justicia social, libertades, democracia, educación, campo, indígenas, alimentación, vivienda, salud y calidad de vida, y nacionalismo. Este término pertenece originalmente a Jesús Reyes Heroles, quien lo identifica como el liberalismo mexicano y dice que se aparta del liberalismo doctrinario en materia económica y social.

[44] Los principales barones de la clase política mexicana que no habían apoyado plenamente a Carlos Salinas de Gortari veían en el nuevo modelo económico la venganza por su deslealtad. Pero, además, las diferentes organizaciones corporativas, sindicatos, confederaciones campesinas y populares también se sentían desplazadas con la modificación del sistema de premios y recompensas bajo el que habían cobijado su apoyo político. Carlos Salinas de Gortari estableció una regeneración completa de las estructuras de gobierno y de los puestos en el partido, consideraciones que se analizarán más adelante.

California le siguieron otros estados, *de jure* o *de facto*. Uno de los cambios políticos más notables que el sistema político experimentó fue la ampliación de aquello que Linz llamó "pluralismo limitado", que podría denominarse competencia limitada, pero que en el caso de México fue más que limitada, pues los vínculos de Acción Nacional y el PRI le permitieron a Salinas gobernar sin ver ni oír a otros partidos; tal fue el caso del PRD, cuya participación fue marginada ampliamente en ese gobierno.

La competencia limitada, no obstante, tuvo como consecuencia el socavamiento de las reglas[45] del sistema autoritario que proveían certeza a los participantes. La incertidumbre propia de la competencia democrática dislocó las relaciones de obediencia, lealtad y subordinación que caracterizaron al sistema político mexicano. Los vínculos entre los diferentes estratos del régimen eran fluidos gracias a la certidumbre que proporcionaba el autoritarismo (la principal certeza era de gobernar, aunque a ésta ha de añadírsele también la de la impunidad). La competencia, así fuera limitada, trastocó esta estructura. En una palabra: la competencia limitada modificó la estructura de incentivos que los actores políticos enfrentaban. Viejos recursos volvieron a tener sentido, entre ellos, eliminar violentamente a los adversarios políticos. La descomposición política se sumó a otra fuente de violencia que ya estaba presente a lo largo y ancho del país: el narcotráfico.[46] Un vector nuevo, la pugna violenta por el poder político, se añadió a la corrupción existente de los cuerpos policiacos y de otras autoridades que el tráfico de drogas había provocado desde hacía ya años.

La competencia limitada, sobre todo en las elecciones regionales, no provocó, como algunos creían, una serie de dominós democráticos en los estados: la democracia no llegaría de la periferia al centro, por el contrario, ante la ausencia de un marco general de reglas democráticas en la contienda por el poder, los estados se convirtieron en focos de fermento político e inestabilidad. La incertidumbre, la posibilidad de que la impunidad desapareciera, agudizó los conflictos intraélite y les dio un nuevo aspecto. Los grupos locales de poder, así como la élite central, sufrieron el mismo proceso de erosión de las certezas autoritarias. Los viejos mecanismos de mediación y las estructuras informales que antes procesaban los conflictos ya no funcionaban. Si la competencia por el poder ya no podía llevarse de la misma forma, ésta tampoco podía

[45] La ausencia de un grupo estable de reglas políticas, tanto formales como informales, abre la puerta para el desequilibrio político. Una consecuencia práctica de ese desequilibrio es la inestabilidad, que crea incertidumbre en las actividades políticas y sociales.

[46] El gobierno salinista sufre la evolución y crecimiento de los grupos de narcotraficantes. Los más conocidos son el Cártel Guadalajara-Sinaloa, el Cártel de Tijuana, el Cártel del Golfo, el Cártel del Pacífico, etc., que, a pesar de las diferencias internas, mantenían nexos con funcionarios de todos los niveles.

ser abierta: las redes de complicidades lo impedían. El expediente del asesinato, de la intimidación, que había dejado de ser necesario cincuenta años antes, volvió a ser atractivo.

La apertura del sistema afectó por igual a todos los actores. Las subsecuentes reformas políticas otorgaron aquellos deberes que impone el ejercicio del poder, así como tribuna plena a los desacostumbrados opositores, mientras los miembros del partido oficial no aprendían a separarse del gobierno. Su derrumbe lo constituyó la dificultad para desarrollar un auténtico trabajo político de base, pues estaban acostumbrados a que el voto no se buscaba, solo se acogía.

Posteriormente, otras reformas importantes serían la inserción de México en la OCDE (Organización de Comercio y Desarrollo Económico), la Independencia del Banco de México, la privatización de paraestatales, la creación de una política social amplia, la inducción de capitales a México, entre otras. Llevar a la práctica este modelo fue una tarea difícil que se mantuvo al margen hasta que los viejos políticos vieron peligrar su posición. Estas reformas se enfrentaron directamente a los Dinosaurios Políticos, lo que llevó a Salinas a romper las alianzas que había hecho con algunos de ellos.

Estos son algunos de los enfrentamientos directos con los Dinosaurios[47]:

1) Grupo de Fernando Gutiérrez Barrios[48], identificado con un proyecto militarista de seguridad nacional;

[47] He afirmado que los "dinosaurios" son aquellos que confrontaban el proyecto modernizador al verse afectados, más que una clasificación total de sus miembros se ubica a sus dirigentes; y más que proyectos, se observan solo medidas políticas que favorecen tal o cual decisión del Estado si conviene a sus intereses, de lo contrario la rechazan. Por ejemplo, el Grupo Atlacomulco ha sabido mantenerse en el poder colaborando con todos los Presidentes de la república en la época posrevolucionaria, pero no ha dejado de presionar significativamente cuando son afectados sus intereses. Carlos Hank González apoyó y promovió el proyecto de Salinas, pero lo abandonó al final del sexenio.

[48] Fernando Gutiérrez Barrios hizo carrera en el Ejército hasta alcanzar el grado de capitán; pronto fue reclutado por el Gobierno para desempeñar tareas políticas y ya en 1952, a los veintiocho años, entró en la cúpula de la Dirección Federal de Seguridad, el embrión de los servicios secretos mexicanos, organismo que dirigiría entre 1958 y 1970. Esta ex-agencia de la policía federal sería conocida por detener, torturar y eliminar a aquellos que se oponían al gobierno. Sirvió a seis Presidentes, desde Miguel Alemán a Carlos Salinas de Gortari, y ocupó cargos de responsabilidad durante 33 años. Fue el principal "negociador" del Presidente. Es lógico pues, que llegó a conocer muy bien cómo pensaba, reaccionaba, qué esperaba y aspiraba, cada Presidente y político mexicano. Detectaba los puntos fuertes y, sobre todo, débiles de cada quien. Solo reconocía un Jefe: el Presidente de la República. Y estaba siempre listo para servirlo. Así sentía que le cumplía también al país. En él se sintetizaba la ecuación de gobernabilidad como suma de coerción y consenso. La lealtad, disciplina y subordinación al

2) Grupo de Carlos Hank González, afín con una economía abierta pero proteccionista y con la sobreviviencia del partido oficial;
3) Grupo de Luis Echeverría Álvarez, apegado a un modelo populista;
4) Líderes Corporativistas, CTM, CNC, CROM, SNTE, etc., preocupados por mantener protegidos sus intereses en la burocracia y en la política social del gobierno;
5) Gobernadores, defendiendo su poder regional frente a la intervención central cada vez más totalizante.

Carlos Salinas de Gortari buscó implementar una reforma política cuyo sino era sustituir al PRI por un nuevo instrumento de poder, donde fuera imposible la influencia de la Familia Revolucionaria. Los costos de estas pretensiones se reflejan en los asesinatos políticos de 1994, que se recordará como un parteaguas en la historia política de México, toda vez que desde los años de la Revolución el país no había experimentado en tan breve tiempo una serie de sacudimientos tan profundos. Los cimientos del sistema político en su conjunto se cimbraron en unos cuantos meses.[49]

---

titular del Poder Ejecutivo le permitieron ser un hombre considerado y estimado por sus grandes secretos y acciones punitivas. Resultó ser un político plenamente institucional que acataba cualquier instrucción del sistema sin importar las consecuencias sobre su persona o los demás.

Todos estos valores también los consideró durante su gobierno en Veracruz, donde conjugó la seguridad nacional con su proyecto político personal.

Cuando fue designado secretario de Gobernación por Carlos Salinas de Gortari, a Gutiérrez Barrios se le consideraba popularmente como el ministro de mano dura que el nuevo Presidente necesitaba para controlar a un país en turbulencia. Esta imagen se vio fortalecida por el arresto de Joaquín Hernández Galicia, La Quina, en enero de 1989, en una acción que buscaba restarle poder a un sindicato petrolero que ningún Presidente se había atrevido a tocar.

A principios de 1993 el Presidente Salinas destituyó a Gutiérrez Barrios. No se dio una explicación abierta de la decisión. De manera privada se habló de que había diferencias serias entre el secretario de Gobernación y el jefe de la Oficina de la Presidencia, José Córdoba Montoya. También se dijo que el Presidente había decidido traer a su gabinete a un nuevo secretario de Gobernación, que le mostrara más lealtad en lo personal, para manejar el delicado proceso de la sucesión. El elegido fue Patrocinio González Blanco Garrido.

[49] Hay que recordar nuevamente que la unidad o interrelación de los grupos y camarillas de la llamada Familia Revolucionaria se daba siguiendo una mecánica de colaboración conflictiva pero no antagónica. Es decir, los contactos y convivencias se concretaban en un acuerdo implícito, fundamental en el aspecto referido a su propia subsistencia en cuanto partes del poder político y, por consiguiente, en una defensa sobre cualquier amenaza a la desintegración de su estructura de poder, en la que los grupos, aunque en conflicto, sustentaban su parcela de poder.

Uno de los factores que también influye notablemente en el deterioro del proyecto salinista es el rompimiento de lealtades al interior del Grupo Compacto y el surgimiento de lo que Jenaro Villamil denomina "Grupo de Interés". En su opinión, "el PRI se convirtió en el territorio de lucha de los tres grandes ejes que partían de la matriz salinista y que buscaban la nominación presidencial".[50]

1) El Eje Cordobista, integrado por José Córdoba Montoya, Luis Donaldo Colosio y Ernesto Zedillo Ponce de León. En la toma de decisiones, el eje cordobista influía en prácticamente todas las áreas: controlaba en términos reales la política interna y las líneas principales de la política de seguridad nacional; mantenía piezas claves en las áreas económicas de dominio de Pedro Aspe a través de Guillermo Ortiz; la política exterior no se dirigía en la cancillería de Fernando Solana, sino en los corredores de los Pinos, donde Córdoba controlaba la negociación del TLC con su amigo Serra Puche y la relación con los Estados Unidos a través de José Ángel Gurría. En materia de política social, el eje cordobista determinaba las líneas a seguir en la SEDESOL de Colosio y en la SEP de Zedillo. Córdoba contaba con el mando del gabinete de Seguridad Nacional, el CISEN, que colocaba bajo su control al ejército, a las procuradurías y a las otras instancias involucradas en esta área. Entre otras cosas, Córdoba fue el artífice principal del nuevo entendimiento entre el salinismo y la Iglesia Católica. Asimismo, en el PRI contaba con amplia influencia, a través del Secretario General José Luis Lamadrid, de ahí que tácitamente, Córdoba Montoya fuera denominado VicePresidente del país.

2) El Eje Camachista. Manuel Camacho se convirtió en uno de los ideólogos de Salinas en la lucha por la toma del poder. Después de 1988 su influencia fue disminuyendo, no obstante que a lo largo del sexenio su figura como negociador, concertador y apagafuegos fue funcional para el propio Presidente. Camacho se involucró en múltiples conflictos que amenazaron la gobernabilidad del sexenio salinista. Dentro de los personajes identificados con su papel político se encuentran Marcelo Ebrard, Raúl Torres Barrón, Ignacio Marván, Alejandra Moreno, Enrique Márquez y Nila Ortíz.

Las controversias que se generaron por los deseos expansionistas y competitivos de los tecnócratas, generaron una lucha encarnizada por la Presidencia de la República, en donde el grupo triunfante podría obtener para sus miembros más y mejores posiciones. En este sentido, el grupo tecnocrático desplazó de manera absoluta, como ya lo había planeado en su proyecto, a la vieja guardia revolucionaria, a los populistas, a los militaristas y, en general, a aquellos políticos y grupos que no coincidían con las reformas neoliberales.

Ello motivó que el modelo de colaboración antagónica no conflictivo se terminara.

[50] Villamil, Jenaro. *Ruptura en la Cúpula,* Plaza y Valdés, México, 1995, pp. 109-112.

Camacho Solis y su grupo apostaban por la reforma política en México, en contraste con la reforma económica Así, de acuerdo con su propio proyecto, los tecnócratas sustituirían a la clase gobernante posrevolucionaria y establecerían una hegemonía más legítima.

3) El Eje Aspista. Como tercero en discordia se encontraba el grupo de la "eminencia gris" de la reforma económica salinista, el titular de Hacienda, Pedro Aspe Armella. El hombre de las finanzas nacionales contaba con el apoyo de los grupos económicos más fuertes del país y del extranjero que veían en él al garante de la continuidad y estabilidad del modelo. Las áreas de influencia y el poder ejercido por Aspe lo fueron colocando como un punto de equilibrio entre cordobismo y camachismo, pero su posición era más bien emergente que una verdadera opción.

El grupo compacto llegó a su rompimiento total después del 26 de noviembre de 1993, cuando Luis Donaldo Colosio fue destapado como candidato a la Presidencia por el partido oficial, lo que llevó a Camacho y a su grupo al abandono y al reclamo generalizado, mientras los cordobistas afianzaban su posición. Unos meses después surgía una guerrilla que alcanzaba simpatía internacional; el candidato oficial sería asesinado y, después de nombrar a Zedillo como candidato sustituto, Ruiz Massieu también sería eliminado físicamente.

Salinas no supo o no quiso negociar con los grupos y feudos que inicialmente lo ayudaron a llegar al poder, los cuales, ante la negativa de conservar sus privilegios, han respondido y responden fuertemente en el proceso político que vive el país. El exPresidente se refirió a ello en su exilio:

> [...] es un error pensar que lo sucedido en 1994 es ajeno e independiente de los cambios introducidos en los cinco años anteriores. En realidad, los terribles acontecimientos de ese año no pueden entenderse sin vincularlos con las profundas reformas realizadas anteriormente y, sobre todo, frente a los intereses afectados por ellas. [...] Empezaron a modificarse las formas de disputar espacios de poder o de defender privilegios. En parte, porque los efectos de las reformas empezaban a minar las viejas formas de control político; en parte, porque esos mismos intereses afectados empezaron a reaccionar cada vez con mayor fiereza. ¿Quién o quiénes indujeron ese torcimiento? ¿Quién o quiénes pudieron haber estado interesados en detener aquel proceso que tan entrañablemente compartíamos? O simplemente, ¿quién o quiénes antepusieron sus ambiciones sin calcular los efectos terribles que se estaban generando en el País? [...] No tengo información para establecer vínculos entre esos hechos ni los de sus presuntos autores entre sí. Por la información de que dispuse, se trataría de acciones aisladas que, sin embargo, parecieron converger en un solo fin: abatir a personalidades; debilitar el proceso de reformas, desprestigiar no solo a

una Administración, sino a una definición de cambio y transformación del País para, con ello, luchar para el regreso al pasado.[51]

El Grupo Compacto derivó en muerte y desolación a pesar de la candidatura obtenida por la corriente cordobista con Zedillo, el destino político del país en su proyecto, se volvió cada vez más oscuro.

La lucha entre proyectos de nación[52] se comenzó a dar hasta las últimas consecuencias, acarreando una depredación política sumamente peligrosa. "Si hasta ahora no se han determinado en la indagación elementos para poder afirmar que hubo un complot para victimar a Luis Donaldo, sí creo que hubo un complot para tratar de imponer su relevo. Y quienes lo promovieron parece que siguen sin descansar en la tremenda lucha por el poder".[53] Para Salinas, este complot se había dado desde el

---

[51] Garza, Ramón Alberto, "Entrevista a Carlos Salinas de Gortari", en *Reforma*, México, enero de 1997.

[52] Esta confrontación se refiere al modelo neoliberal frente al nacionalista, es decir, el modernizador contra el populista. Algunos estudiosos consideraban que en ese momento se manifestó más claramente el proceso de transición política, donde se enfrentan aquellos que deseaban conservar el antiguo régimen y los que peleaban por construir uno diferente.

La élite tecnocrática se volvió cada vez más limitada y su centralismo afectó la instrumentación de su proyecto, tal como se observó con los sucesos trágicos de 1994.

[53] Una prueba evidente de la correlación que existe entre la pugna que se da en la élite y el deterioro del país es la coincidencia entre los momentos más álgidos de la crisis económica y los acontecimientos político-criminales del país. Los momentos en que el desplome de las reservas fue más pronunciado fueron:

1) El asesinato de Colosio y la severa crisis económica;

2) La renuncia y posterior revocación de la misma por parte de Jorge Carpizo a la titularidad de la Secretaría de Gobernación;

3) La acusación de complot al PRI y a la Procuraduría General de la República (PGR) por parte de Mario Ruiz Massieu;

4) El anuncio del gabinete de Zedillo;

5) La aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), que demuestra la supervivencia de los movimientos armados clandestinos, los cuales, acallados violentamente durante el régimen priísta, subsistieron y configuraron el sur del país como una zona inestable (el CISEN señaló la existencia de 18 grupos armados en los estados de Oaxaca, Guerrero, Puebla, Michoacán, Chiapas, Quintana Roo) y por consecuencia el surgimiento también de grupos paramilitares como expresiones armadas de cacicazgos políticos.

Partido Oficial y, por ello, lo enfrentó de una manera radical, permitiendo y gestionando acusaciones contra su dirigencia desde las estructuras del gobierno.

El triunfo del candidato sustituto delimitó el rompimiento total del Grupo Compacto, cuando a los pocos meses del gobierno zedillista el enfrentamiento con el ex Presidente Salinas fue rotundo. Ernesto Zedillo fue el candidato más débil del PRI y, en ese ambiente de descomposición institucional, se dio un reacomodo de fuerzas. De pronto, la figura de Salinas perdió legitimidad y la corriente zedillista hubo de reafirmarse pactando con algunos políticos y grupos excluidos y enfrentados con el salinato. Zedillo aceptó el apoyo del Grupo Atlacomulco, que para entonces encabezaba las fuerzas del Revolucionario Institucional, enfrentando hasta el límite a Carlos Salinas.

> En su famoso desplegado, Carlos Hank González se había ofrecido como aglutinador y defensor de la unidad priísta sin exclusiones, capaz de resucitar a los muertos, reincorporar a los olvidados y darle un acomodo respetuoso a la peor basura del sistema. Un sistema desgarrado por Salinas, por el ánimo combativo de los más aguerridos contra Salinas y por el desánimo de los demás. Muchos priístas estaban convencidos de que Salinas era un traidor que, rompiendo las reglas del sistema, había intentado quedarse con todo y hasta reelegirse; y como lo pararon y, además, no estaban dispuestos a permitirle el maximato, quería cobrarse la afrenta, pasando a la historia como el gran modernizador político que abría la puerta de la alternancia en el poder, entregándoselo al PAN.
>
> Frente al resentimiento del PRI, que no veía más que el problema de un Presidente que lo golpeaba, Hank vio la oportunidad de una solución positiva. Impedir el segundo dedazo había fallado (el intento de organizar una cargada a favor de Ortiz Arana, antes de que Salinas designara a Zedillo). Pero sabotear a Zedillo porque Salinas se había salido con la suya, era ayudarle a destruir el PRI. En todo caso, si la sucesión quedaba entre Zedillo y Diego, cualquiera de los dos le debería todo a Salinas, nada al PRI. La dulce venganza, la gran oportunidad política estaba en la vía positiva, no en el resentimiento; estaba en darle a Zedillo una votación tan por encima de su propia capacidad, que no quedara duda de quién había ganado: ni Zedillo, ni Salinas, sino el PRI. La gran oportunidad estaba en quedarse con el PRI.[54]

A raíz de los acontecimientos de 1994, la Familia Revolucionaria se dividió completamente, dando lugar a tres grupos de poder impecablemente organizados que se disputarán el control del Partido Revolucionario Institucional.[55]

---

[54] Zaid, Gabriel. *Adiós al PRI*, Océano, México, 1995, pp. 237-239.

[55] Aceituno, Rafael: "Juegos de Guerra", en *Siempre!,* no. 2300, 17 de julio de 1997, p. 13.

El Grupo del Estado de México

Esta es la denominación genérica e imprecisa que en la política mexicana se le da a un conjunto de hombres y mujeres relacionados con el Grupo Atlacomulco[56] de Carlos Hank González.[57] Dominan los nervios políticos de la nación: las cámaras legislativas,

[56] Carlos Moncada asegura que los orígenes del grupo se orientan hacia un incidente en 1942, donde el gobernador mexiquense pierde la vida, cuando "la noche del 5 de marzo, el diputado local Fernando Ortiz Rubio, sobrino del ex-Presidente, Ing. Pascual Ortíz, descargó su pistola calibre 45 en el gobernador del estado, coronel Alfredo Zárate Albarrán". La coyuntura política que se presenta en el Estado de México ante la falta de Gobernador provoca que diversas facciones se organicen y busquen alcanzar dicho estrato de poder, "los políticos toluqueños [estaban] escindidos en dos grupos, el primero, integrado por ocho de los doce diputados, era capitaneado por el senador Flores y se inclinaba a entregar la gubernatura al Lic. Isidro Fabela, prestigiado internacionalista; el otro, con el diputado Sidronio Choperena, nuevo Presidente del Congreso Local, el alcalde de Toluca Juan Fernández Albarran y el diputado Juan N. García, a la cabeza, apoyaban al Secretario de Gobierno en funciones de Gobernador, José Luis Gutiérrez [..] El senador Flores y su grupo lograron entrevistar al Presidente Ávila Camacho [le pidieron] que era necesario nombrar un Gobernador [...] y que ese hombre era Fabela [...] Ávila Camacho dio luz verde a Isidro Fabela" . Otros personajes que participaron con el grupo y fueron notables políticos, son: Arturo García Torres, Alfredo del Mazo y Mario Sánchez Colín. Moncada, Carlos. "Nació el Grupo Atlacomulco", en *Impacto*, No. 1778, marzo 29, 1984, México, p. 25.

[57] A pesar de ser un empresario exitoso, la ambición de poder siempre permaneció en Carlos Hank González. Su padre, de origen alemán, fue quizá el único obstáculo para llegar a Los Pinos. Su escalinata política dio inicio como líder estudiantil normalista. Posteriormente, se graduó como profesor de educación primaria en la Escuela Normal de Toluca y como catedrático de historia y biología en la Escuela Normal Superior de México. Entre el periodo de 1947-51 ejerció el magisterio de Atlacomulco y al año siguiente se estrenó como funcionario público local; en 1954 fue tesorero del Ayuntamiento de Toluca y de 1955 a 1957 fungió como Presidente municipal de Toluca; posteriormente, fue director de gobierno del estado y más tarde diputado federal en la XLIV Legislatura. En 1961 atendió la subgerencia de ventas de la CEIMSA, antecedente de la Conasupo, de la cual se hizo cargo en 1964. Su éxito en esta dependencia lo llevó a su candidatura para gobernador del Estado de México, la que alcanzó en 1969 en un periodo de crecimiento y desarrollo nunca antes visto en el estado bajo el régimen de Luis Echeverría.

En la administración de José López Portillo, fue designado Jefe del Departamento del Distrito Federal, para que, en un afán modernizador, destruyera media ciudad de México con la construcción de la red de ejes viales, a pesar de las protestas de los habitantes, ya que dividió barrios, colonias y cuadras. Sus compañías constructoras fueron las principales responsables de la creación de esas vías rápidas, que, según algunos expertos, dividen a la ciudad de México con una cuadricula militar, de tal forma que no puede ser sitiada y siempre hay vías de salida para gran parte de sus habitantes.

los servicios de inteligencia civil, mantienen influencia importante en el DF, así como en varios estados de la República y cuentan con presencia en el Gabinete Presidencial, etc.

El Grupo del Estado de México[58] "está dispuesto a todo, a pasar por encima del PRI, incluso, con tal de conseguir su objetivo. Se han preparado casi 50 años, desde el

---

Los millones de dólares que se gastaron en esa obra, que es práctica y funcional casi 20 años después, son uno de los misterios de la administración como regente de Carlos Hank González.

Al finalizar el sexenio de José López Portillo, se dice otorgó préstamos de 200 millones de pesos para que el ex mandatario iniciara la construcción de una mansión en Cuajimalpa, conocida como la Colina del Perro.

Desafortunadamente para él, en la administración siguiente, encabezada por Miguel De la Madrid, la "Renovación Moral" fue impuesta por el gobierno y eso equivalió a impedir ser empresario y político al mismo tiempo, por lo que desapareció momentáneamente de la vida política en 1983, porque la Contaduría Mayor de Hacienda de la Cámara de Diputados encontró un desvió presupuestario por más de 52 millones de pesos en sobregiro, intereses y comisiones no pagadas. Hank González dijo en 1980 que la ciudad de México era a prueba de sismos tras el movimiento telúrico, que se registró en ese año. Los daños fueron menores en la capital del país. Cinco años más tarde, las afirmaciones de "El Profe" fueron desmentidas por los sismos de septiembre de 1985. En 1987 reapareció durante la gira del entonces candidato presidencial Carlos Salinas de Gortari en La Marquesa. Eran sus terruños para hacer declaraciones sobre la debilidad del sistema y aprovechar para atacar a algunos colegas de su mismo partido. El Presidente Salinas confirmó la amistad y lo nombró secretario de Turismo.

Los escándalos de narcopoder desatados a finales del salinismo lo obligaron a otro retiro momentáneo de la política. Se le vio en muy pocas ocasiones, como en los informes anuales del Estado de México, donde su apariencia anímica, tal vez por su renuncia involuntaria al poder, acrecentaron los rumores sobre una supuesta enfermedad terminal que le aqueja.

[58] El grupo Estado de México busca llenar un espacio de poder vital: el liderazgo del PRI reformado. Para lograrlo, cuenta con el apoyo de los siguientes hombres: Víctor Manuel Tinoco Rubí, Arturo Romo, Renato Vega Alvarado, Heladio Aguirre Rivero, Maximiliano Silerio Esparza, Rigoberto Ochoa Zaragoza, Guillermo Mercado, Enrique Burgos, Oscar Espinoza Villarreal, Alejandro Carrillo Castro, Mario Ruiz de Chavez, Humberto Lira Mora, José Merino Mañon, Alfredo Baranda, Arturo Martínez Legorreta, Cesar Camacho Quiroz, Gerardo Ruiz Esparza, Enrique Olivares Santana, Leopoldo Sánchez Celis, Germán Corona del Rosal, Alfredo del Mazo, Ignacio Pichardo Pagaza, Emilio Chuayffet, Francisco Galindo Ochoa, Luis René Martínez Suberville, Juan Monroy Pérez, Enrique Jacob Soriano, Jorge Laris Casillas, Jesús Abedrop Dávila, Gustavo Baz Días Lombardo, Alexander Naime Libien, Jorge Aguilera Noriega, Antonio Murrieta Necoechea, Roberto Soto Prieto, Máximo Hevia, Humberto Mayans, Fructuoso López, Jesús Garduño, Humberto Navarro, Enrique Olazcoaga, David López, Humberto Lira Mora, Eduardo Gutiérrez Hevia, José Fauch Beltrán, Marcela González Salas, Manuel Mondragón, Carlos Arguelles del Razo, Juan Carlos Gómez Aranda, Regina Reyes Retana, Laura Pavón Jaramillo, Melquiades Morales, Enrique Jackson Ramírez, Mireille Roccati, Luis Téllez, Dionisio Pérez Jácome, Antonio Díaz Lombardo, Roberto Albores

gobierno de Isidro Fabela a la fecha, para gobernar al país"[59]. El Círculo es uno de los más poderosos que hay en México, una de sus principales características es la capacidad económica.

Los Tecnócratas

El sello característico de este poderoso grupo es el saber técnico y la especialización financiera. Forman parte del sector gubernamental más odiado por los políticos profesionales. Dominan las principales áreas estratégicas de la economía nacional y sus cotos de poder más importantes son el Banco de México, la Oficina de la Presidencia, Petróleos Mexicanos y las Secretarias de Comunicaciones y Transportes, Comercio y Fomento Industrial, Hacienda y Relaciones Exteriores. Son los herederos del poder de la tecnocracia y desean continuar su proyecto.

Los miembros más relevantes de este grupo son Guillermo Ortíz Martínez, José Angel Gurría, Martín Werner, Miguel Ramos Tercero (+), Carlos Mancera, Aarón Dychter, Andrés Casco Flores, Javier Moctezuma Barragán, Eduardo Robinson Bours, Esteban Moctezuma Barragán, Ruíz Sacristán, De la Fuente, entre otros.

El Sindicato de Gobernadores

El nombre de este grupo tuvo su origen en la fantasía popular, sus acciones no. Sus integrantes son hombres con intereses encontrados pero unidos por una razón política: volver al poder real en México. Reivindican principios ideológicos un poco pasados de moda: nacionalismo revolucionario, justicia social, política de masas, nacionalización, etc., Algunos miembros del Club de Gobernadores integran, también, el grupo del Estado de México. Algunos de sus líderes son Jesús Murillo Karam, Manuel Bartlett Díaz, Roberto Madrazo, Diodoro Carrasco, Mario Villanueva, Víctor Cevera Pacheco, etc. Manuel Bartlett, en su aparente campaña por la candidatura oficial para la presidencia del año 2000, reconoció públicamente la existencia de este sindicato: "El Sindicato de Gobernadores es Serio y su dirigencia es Móvil pues depende del estado donde la oposición tenga un problema. El Sindicato de

---

Guillén, Julio César Ruiz Ferro, Jesús González Portugal, Armando González Salas, Armando Fernández Velasco, Antonio Ruiz Galindo, Manuel Senderos, Roberto y Francisco Trouyet Haus, Juan Orozco Gómez, Gaspar Rivera Torres, Roberto González Barrera, Jorge Sthal, Miguel Alemán Velazco, etc.

[59] Monge, Raúl: "El Grupo del Estado de México", en *Proceso*, no. 1065, 30 de marzo de 1997, pp. 6-13.

Gobernadores es una organización muy sólida y su número de integrantes es secreto, pero somos muy fuertes y capaces de salir de uno o pares".[60]

Una facción conformada durante el proceso de selección interno priista a la candidatura presidencial es la Camarilla Labastida, integrada por Francisco Labastida Ochoa y 13 personajes mas: Jorge Alcocer, Roberto Zavala, Fernando Solís Cámara, Emilio Gamboa Patrón, Guillermo Jiménez Morales, Adolfo Orive, Ojeda Mestre, Jorge Cárdenas, Sergio Orozco, Alejandro Carrillo Castro e Ignacio Lara Herrera. Ellos son, "el núcleo de la nueva familia y de la nueva facción priísta, dispuestos a enfrentarse a Bartlett y Madrazo, a los blandos de Zedillo y todo lo que intente disputarles lo que consideran ya su hegemonía".[61]

El desgaste del viejo modelo se hizo evidente durante el sexenio salinista, periodo en el que se produjeron tres asesinatos de Estado. Pero fue más notorio durante la primera parte del mandato constitucional de Ernesto Zedillo. Se volvió a los antiguos pleitos de la familia revolucionaria de los tiempos de los plebiscitos del PNR, en los años 30.

El sexenio zedillista promovió aún más el rompimiento de la familia revolucionaria y del grupo compacto[62], haciendo que en los tres bloques de poder se vieran entrelazados salinistas, cordobistas, hankistas, colosistas, etc., y usando a las facciones según el *termidor* de su sexenio. Por ejemplo, utilizando a los hankistas para someter a los salinistas, pero abandonándolos al iniciar la sucesión.

Ernesto Zedillo rompió todas y cada una de las reglas del pacto revolucionario: abdicó sus funciones, la sana distancia del partido, la feroz persecución a su antecesor, la evidente parcialidad a su camarilla cerrada, la falsa honestidad pregonada a los cuatro vientos, los pasos zigzagueantes; todo contribuyó al colapso. Sus débiles seguidores burocráticos se sintieron autorizados a hacer lo mismo. La "influencia moral" de Zedillo o, si se prefiere, una comprensible preocupación política, habría considerado los peligros de un PRI llegando a la elección del 2000 con un candidato incapaz de galvanizar a la militancia y de convencer al aparato dirigente del partido, y menos aún a la ciudadanía. El inminente riesgo de perder, por fragmentación, las elecciones de ese año, habría sido la causa determinante de una participación autoritaria en el partido al final del sexenio.

El resquebrajamiento del antiguo régimen ha propiciado, entre otras cosas, que las facciones, mafias y organizaciones criminales que formaron parte de la llamada "familia revolucionaria" cobraran autonomía y multiplicaran su poder. Más allá de la

[60] Caballero, Sergio, nota periodística en *Reforma*, 17 de junio de 1998.

[61] Cepeda Neri, Álvaro: "Van por la presidencia", en *Siempre!*, no. 2328, 29 de enero de 1998.

[62] El rompimiento total del grupo compacto ocurre durante la confrontación entre Zedillo y Salinas.

lucha política entre estas facciones, las evidencias indican que la Familia Revolucionaria trataba de convertir a México en un narcoestado, o en un "Estado mafioso", debido al complicado tejido entre el crimen organizado y los aparatos del poder.

Hacia el final del sexenio, la división en el PRI se hizo innegable. Por un lado, estaba el candidato híbrido del Presidente Zedillo: Francisco Labastida Ochoa. Por el otro, el candidato del salinismo y de Hank: Roberto Madrazo Pintado.

Las reyertas abiertas entre las corrientes del partido y de la Familia Revolucionaria, así como los discutibles antecedentes personales de corrupción en la función pública o de participación en trasfondos delictivos de los candidatos rompieron completamente la estabilidad del sistema político mexicano. El mecanismo que en 1929 conformó el superorganismo de la "familia revolucionaria" fue sumamente exitoso. Durante 71 años controló la vida y las haciendas de millones de individuos, volviéndose incapaz de sostener al superorganismo priísta que lo abrigó tanto tiempo.

Metafóricamente, y anticipando un poco la conclusión de este capítulo, diría que los priístas ya no se sintieron viables como tales, cada uno buscó salvarse por sí mismo. El barco partidista hizo agua y el pánico se apoderó de los pasajeros y de la tripulación. Su capitán los abandonó, y aunque después buscaron retomar el control, no encontraron ninguna autoridad. Buscaban salvar el Botín, pero ya estaban condenados. Ahora, su incertidumbre son las llamas y una tumba en el fondo del mar.

Durante 1995, Carlos Salinas de Gortari hizo referencia a las fuerzas del PRI que se oponían a los cambios democráticos, políticos, económicos y sociales en México, denominándolos Nomenklatura.[63] Antonio Kaminski explica el término como una

[63] En su artículo publicado en la revista Newsweek, el exPresidente Carlos Salinas se refiere a una nomenklatura mexicana, que, según él, aglutina a "enemigos poderosos" de las reformas sociales y económicas impulsadas en su sexenio y que, movida por "resentimientos" y "deseo de venganza", ha "envenenado la atmósfera de nuestros procesos políticos y la procuración de justicia". En sus conferencias en Harvard, en 1996, Salinas habló maravillas del Pronasol. "Sorprendentemente lo calificó como el mayor logro de su gobierno, aun por encima del Tratado de Libre Comercio". El exPresidente dijo que el Pronasol fue ideado como parte de una "estrategia para reemplazar al PRI". Afirmó que la nomenklatura del PRI había asesinado a Colosio para impedir que eso ocurriera. Luego comentó que la nomenklatura estaba reconstruyendo sus posiciones y esperando un buen momento para revertir la estrategia económica y los cambios políticos. El 27 de junio de 1996, el diario El Financiero publicó declaraciones del catedrático e historiador John Womack, quien fue uno de los encargados de organizar las conferencias que dictó el exPresidente en Harvard (Womack es también exprofesor y amigo de Salinas desde hace dos décadas. En los últimos tres años, ha defendido al exPresidente en artículos y declaraciones, aparecidos en publicaciones estadunidenses).

Sin embargo, ocho meses después, publicó un artículo en el diario Reforma, en el que explicó lo dicho por Salinas: que la nomenklatura se oponía a las reformas que encarnaban

característica del sistema de la URSS, que funcionaba mediante una lista de quienes ocupaban posiciones importantes en las organizaciones "voluntarias" y que se integraban en comités de nomenklatura del partido, así como con los personajes que ocupaban cargos de elección, previamente seleccionados por el Consejo del Partido Comunista o por la Asamblea General. Este mecanismo permitía al sistema integrar

---

Carlos Salinas y Luis Donaldo Colosio. En su artículo, Womack incluyó entre los reformistas del sexenio pasado a Raúl Salinas de Gortari y a José Francisco Ruiz Massieu. Y planteó que durante el sexenio de Salinas se dio una lucha "tras bambalinas" entre los "jefes del PRI" –o la nomenklatura– y los reformistas encabezados por el entonces Presidente. Escribió: "Cruciales para sus luchas negociadas con los jefes [...] fueron tres agentes de Salinas totalmente leales: Luis Donaldo Colosio, José Francisco Ruiz Massieu y Raúl Salinas de Gortari".

Asesinado Colosio, escribió Womack en Reforma, "los jefes cobraron un precio muy alto por su lealtad" al candidato presidencial que Salinas "había elegido por segunda vez como su sucesor, el exsecretario de Educación y jefe de la campaña de Colosio, Ernesto Zedillo".

Según Womack, "los jefes del PRI no son los "dinosaurios" que sus críticos han descrito como antiguos caciques provincianos, sino políticos profesionales, experimentados y sofisticados que manejan miles de millones de pesos en contratos y concesiones". Los "jefes del PRI", agregó en su artículo, "en conjunto constituyen una fuerza tremenda; son la nomenklatura de México". Pero a diferencia de Carlos Salinas, que usa el término sin ponerle nombres y apellidos, Womack lanzó una lista de miembros de la nomenklatura: Ignacio Pichardo Pagaza (Grupo Atlacomulco), Gustavo Carvajal Moreno, Fernando Gutiérrez Barrios, Alfonso Martínez Domínguez, Fernando Ortiz Arana, Alfredo del Mazo, Augusto Gómez Villanueva, Javier García Paniagua y Francisco Labastida Ochoa.

La palabra nomenklatura se incorporó al léxico de la ciencia política a finales de los setenta, escrita con k, para distinguirla de nomenclatura, derivada del latín, sin significado político. En Enciclopedia de la Política, de Rodrigo Borja –exPresidente de Ecuador–, editada en 1997 por el Fondo de Cultura Económica, se define nomenklatura como "la lista secreta de las personas "confiables" que manejó el Partido Comunista de la Unión Soviética [...] Antes de expedir un nombramiento o de asignar una misión, era obligado consultar la nomenklatura para verificar si el nombre propuesto constaba en ella".

El 29 de noviembre de 1996, la prensa mexicana difundió un texto firmado por Salinas, que fue presentado al fiscal especial en la capital irlandesa, donde el exPresidente residía desde abril de ese año. En el documento, Salinas aseveró que el asesinato de Colosio "fue, y que esto quede muy claro, un tremendo golpe en contra mía y de mi gobierno". Afirmó que, para él, "Colosio era quien mejor representaba las tendencias modernizadoras y democráticas dentro de mi partido, así como el más comprometido entre todos mis colaboradores con la agenda de reforma económica, política y social que yo impulsé desde mi administración". Agregó que el homicidio del candidato presidencial "privó al país de un liderazgo que representaba en ese momento una gran esperanza para el cambio. Beltrán del Río, Pascal: "Womack identificó a los integrantes de la nomenklatura mexicana satanizada por Salinas", en *Proceso*, no. 1150, 15 de noviembre de 1998.

todas las posiciones de significado social en una categoría muy definida, al servicio del partido; no obstante, la nomenklatura era solo una lista, no un organismo establecido y era potestad de quienes ejercían el poder de agregar o eliminar nombres.

Ciertamente, existe alguna semejanza con las características del Partido Oficial en México, pero la comparación no es completa. Resulta incierto que Salinas haya utilizado dicho término; sin embargo, es posible coincidir en entender a la Nomenklatura como un órgano opresivo que pretende controlar al país. ¿Podemos hablar de "Nomenklatura" como una evolución del de "Familia Revolucionaria" o como una destrucción?

A la Familia Revolucionaria, como a toda familia, le sucedió que sus hijos han crecido y son capaces de actuar por sí mismos; han formado sus propias familias y ahora tratan de convencerse unos a otros sobre quién tiene la razón. El único vínculo que los une es el apellido. Así, puede entenderse la aplicación del término Nomenklatura como una descomposición del de Familia Revolucionaria.

El priísmo permitió una circulación de sus élites cada vez que el Presidente en turno designaba a su heredero y éste escogía nuevas individualidades de otros grupos. Así, por compromisos o excepcionales atributos, el Ejecutivo trataba de conservar la unidad de la Familia, pero, a su vez, a lo largo de esos 70 años, las complicidades entre los diferentes grupos sellaron un encubrimiento mutuo, de tal manera que impidieron una mínima oxigenación para deslindar responsabilidades entre si y, por consecuencia, una circulación más eficaz. El régimen, pues, quedó atrapado en sus propias redes y se redujeron las posibilidades para su regeneración. Es un poder que empieza a resquebrajarse, pero sus usufructuarios no lo quieren reconocer. Es natural y lógico: ningún grupo desea abandonar el poder, y tiene que emplear toda su imaginación para conservarlo.

La desconfianza, la hostilidad y los resentimientos recíprocos han sido, desde 1982, los rasgos sobresalientes en la relación entre los modernizadores en el poder y la mayor parte del priísmo nacional, creándose así una situación de malentendidos e incomunicación que ha imposibilitado cualquier renovación ordenada y orientada de la Familia. La fórmula política que les daba legitimidad también ha terminado y su unidad endeble frente a las bases, enterró su hegemonía.

Unidos, entonces, solo por razones puramente pragmáticas, recelando recíprocamente de sus iniciativas e intereses y sujetos a una sistemática campaña de denuncias y a una opinión pública irritada, parecen dedicados a un juego de amenazas recíprocas sustentado en que ninguno puede sobrevivir por sí, en que, aunque les pese, se siguen necesitando para conservar el poder y mantener sus intereses. Pero al precio de una cada vez más sórdida y costosa forma de entender y practicar la lucha política, que parece convertirse cada vez más no en un juego de suma cero, sino en un juego donde todos pierden porque lo único importante es que nadie gane.

Capítulo VI

Selección, estructuración y cohesión de la Familia Revolucionaria

El autoritarismo mexicano tuvo como uno de sus principales ejes la unidad de la élite política. Este tipo de unidad, con todo, no es saludable en un sistema democrático, pero sustentó las décadas de estabilidad del sistema político mexicano. Desde el análisis político surge una pregunta: ¿cómo se logró esto? El análisis político-histórico precedente resulta sumamente aleccionador, pero la Ciencia Política requiere también de explicaciones sistemáticas y analíticas, por lo que, a partir de las categorías de élite y gobernabilidad, se tratará de explicar este desarrollo de estabilidad.

Las élites son grupos de personas que, por su posición estratégica en organizaciones poderosas, tienen la posibilidad de influir en los resultados de la política nacional regular y sustancialmente. Las élites están formadas por los principales tomadores de decisiones en las organizaciones políticas, gubernamentales, económicas, militares, profesionales, de comunicaciones, culturales o con más recursos de una sociedad.

En la historia del pensamiento, la doctrina de la élite precede a la formulación marxista de la lucha de clases. Henri de Saint-Simon fue el primer pensador moderno que proclamó la ley de las dos élites permanentes, una de las cuales se ocupaba de los valores, mientras la otra controlaba los bienes materiales de la sociedad. Ambas élites, en conjunto, forman la minoría dominante, situada por encima de las masas sometidas y contrapuesta a ellas. Inspirándose en el francés Saint-Simon, el italiano Mosca creyó haber descubierto la herramienta ideal para destruir el concepto marxista de clase, como recurso heurístico. El término élite –al cual otro italiano, Vilfredo Pareto, dio valor científico internacional– era una bandera para todos los liberales a la antigua que querían luchar contra la democracia y el socialismo, a los que consideraban hermanos siameses, de los cuales no podía esperarse nada bueno. En particular, el proletariado marxista, la clase presuntamente destinada a eliminar todas las clases, fue denunciada por Mosca como matriz de la Nueva Clase, propietaria colectiva de la economía colectivizada.

La circulación de las élites –término acuñado por Pareto– tendría permanente vigencia, y Robert Michels, el joven discípulo de Mosca, formuló con tristeza su Ley de Hierro de la Oligarquía, la cual convertía en un absurdo los objetivos democráticos

de los partidos y sindicatos sociodemocráticos. La escuela elitista se apuntó, así, algunos puntos importantes en su favor. Mosca tuvo que ampliar su primera concepción, rigurosamente dualista, para incluir las élites situadas fuera de la estructura oficial de poder. En su versión definitiva, el sistema descrito por Mosca estaba integrado por una pluralidad de endo y exo-élites, las cuales mantendrían conjuntamente el equilibrio social. Este "equilibrio de las fuerzas sociales" fue sancionado en el Imperio del Derecho; el código jurídico no hizo sino formalizar, a su vez, la ley moral, aceptable para todos.

El concepto de Gobernabilidad está asociado a la capacidad de una comunidad política para desarrollar equilibrios virtuosos (o por lo menos razonablemente estables) entre los sistemas económico, político y cultural, que permitan, a su vez, conducir con relativa armonía los asuntos públicos. Naturalmente, remarcar el hecho de que la gobernabilidad se finca primordialmente en el ejercicio efectivo del poder no significa menoscabar los componentes consensuales y legitimadores del ejercicio del gobierno; de hecho, sin un grado elevado de consenso es difícil pensar que las medidas de un gobierno se vuelvan eficaces. Una gobernabilidad ideal supondría la neutralización de antagonismos, que permitiría aplicar sin contratiempos las supuestas fórmulas óptimas. La ingobernabilidad se propicia, al contrario, cuando uno o varios elementos de la realidad se obstinan en interferir con el funcionamiento puro del modelo ideal. La sobrecarga de demandas es, probablemente, su expresión más notoria. Cinco son los pilares que sostienen la gobernabilidad en un país. Las diferentes corrientes y los estudios de caso han puesto más o menos énfasis en cada uno de ellos:

a) Viabilidad del proyecto gubernamental;
b) Acuerdos básicos con los principales grupos de presión;
c) Percepción de legitimidad de poder público;
d) Eficacia para integrar a todos los contendientes al juego político;
e) Atención de demandas.

El concepto de gobernabilidad se refiere a la interacción entre gobernantes y gobernados, entre capacidades de gobierno y demandas por políticas de gobierno. Hace referencia a la tensión que existe entre las dos partes y pone en cuestión al sistema de gobierno como productor de decisiones políticas y encargado de su ejecución y su capacidad para estar a la altura de los problemas por resolver. Ahora bien, veamos cómo se han traducido estos estudios en México.

De acuerdo con el análisis temporal elaborado por Álvarez Mosqueda, de 1934 a 1982, la Familia Revolucionaria estuvo representada a partir de su segunda generación, del siguiente modo[1]:

	Familia Revolucionaria	
Segunda Generación	**de 1934 a 1958**	**Primer Ciclo de Sexenios**
Lázaro Cárdenas del Río	Socialista	de 1934 a 1940
Manuel Avila Camacho	Obregonismo	de 1940 a 1946
Miguel Alemán Valdéz	Callismo	de 1946 a 1952
Adolfo Ruíz Cortínez	Carrancismo	de 1952 a 1958
Tercera Generación	**de 1958 a 1982**	**Segundo Ciclo de Sexenios**
Adolfo López Mateos	Cardenismo	de 1958 a 1964
Gustavo Díaz Ordaz	Obregonismo	de 1964 a 1970
Luis Echeverría Álvarez	Callismo	de 1970 a 1976
José López Portillo	Carrancismo	de 1976 a 1982

Conforme a la facción en el poder, el resto permanece dentro del esquema del gobierno, "En un tiempo se está en el poder, en el siguiente se va de bajada, en el subsiguiente se recupera, en el sucesivo está en ascenso y en la cuarta oportunidad regresa al poder"[2], diseñándose un esquema de rotación como el siguiente:

Niveles				
Gobierno	Grupo A	Grupo B	Grupo C	Grupo D
Ministerial	Grupo B	Grupo C	Grupo D	Grupo A'
Gobernador	Grupo C	Grupo D	Grupo A'	Grupo B'
Senador	Grupo D	Grupo A'	Grupo B'	Grupo C'
Diputado	Grupo A'	Grupo B'	Grupo C'	Grupo D'

*Nota: el símbolo (´) se establece como el producto de la facción que, estando en el poder, se regenera, dando lugar a una facción similar pero renovada que llegando al poder prohijará otra.

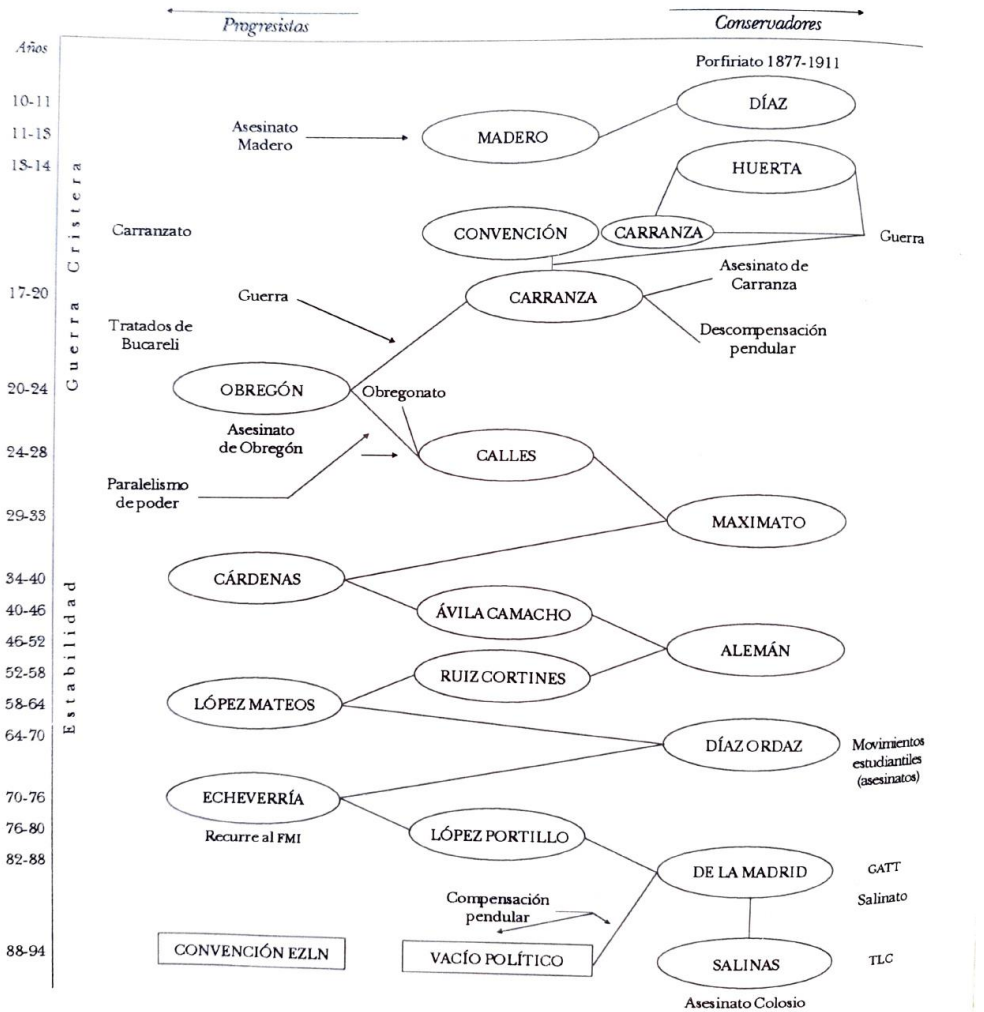
El autor afirma reiterativamente que la mecánica de la Familia es rígida e irrenunciable, aunque susceptible de modificaciones sobre la marcha. Esta configuración se diseña probablemente por el origen armado-militar-faccionista de los sobrevivientes de la Revolución, pero cada Presidente tuvo sus circunstancias y actuó de acuerdo con su criterio. Debe considerarse este interesante esquema, pero hay que

[1] El esquema pertenece a Álvarez Mosqueda, Saúl, o*p. cit.*, p. 101.

[2] *Ídem*.

dudar de la rigidez que menciona el autor, pues las facciones mostraban más interés en sobrevivir que en planificar una forma de dominación o proyecto político. Por lo demás, los compromisos políticos en la época nunca se cumplían a cabalidad y las rebeliones armadas parecían más efectivas.

Cuadro A. Péndulo de Cornelius y Craig (*económico y político*)



Fuente: Wayne Cornelius y Ann Craig, *The Mexican Political System in Transition*, Center of U.S. Mexican Studies, University of California.

Otros académicos que han profundizado también en el estudio de la Familia Revolucionaria indican distintos detalles de gran importancia. La llamada Teoría del Péndulo ha sido desarrollada, en cuanto a su aplicabilidad a la política económica y social mexicana, por los investigadores Wayne A. Cornelius y Ann L. Craig, así como por el analista Tannenbaum. La idea central de esta teoría es que la posición que ocupan los regímenes en la historia obedece a un movimiento pendular entre progresistas y conservadores, cuyo impulso se lo otorga la combinación de fuerzas políticas y económicas que empujan el péndulo de la historia. Su finalidad es ir realizando compensaciones a partir de los énfasis puestos en un régimen anterior y equilibrar el sucesivo. Su interpretación gráfica[3] se presenta en el Cuadro A.

El esquema de Craig y Cornelius empieza en el maximato debido a que, solo teniendo tres Presidentes a sus órdenes, Calles pudo dominar el momento político; mientras vivió Álvaro Obregón, tuvo que transigir con el mandato obregonista y realizar a medias sus propósitos en la presidencia, generándose una especie de doble poder. Siguiendo la lógica del movimiento pendular que desarrollan, Samperio agrega los óvalos que van de Calles a Porfirio Díaz y en lugar de Calles ubica al maximato. Para indicar la posición hacia la izquierda, los autores emplearon el término progresista y hacia la derecha, conservador; sin embargo, también esta noción se traduce como progresista en aquellos gobiernos que impulsaron reformas sociales y populares, mientras los conservadores desarrollaban el poder económico e industrial, al margen de las ideologías tradicionales de izquierdas y derechas.

Un primer matiz que vale resaltar es que la pareja Porfirio Díaz-Victoriano Huerta diferiría de la de Miguel Alemán-Carlos Salinas en grado de conservadurismo, siendo más extremo el punto pendular en Porfirio Díaz-Victoriano Huerta, aunque en Miguel Alemán-Carlos Salinas reaparezcan signos porfiristas en torno a la idea de modernización y, específicamente en Salinas, índices de marginación, pobreza y riquezas extremas.

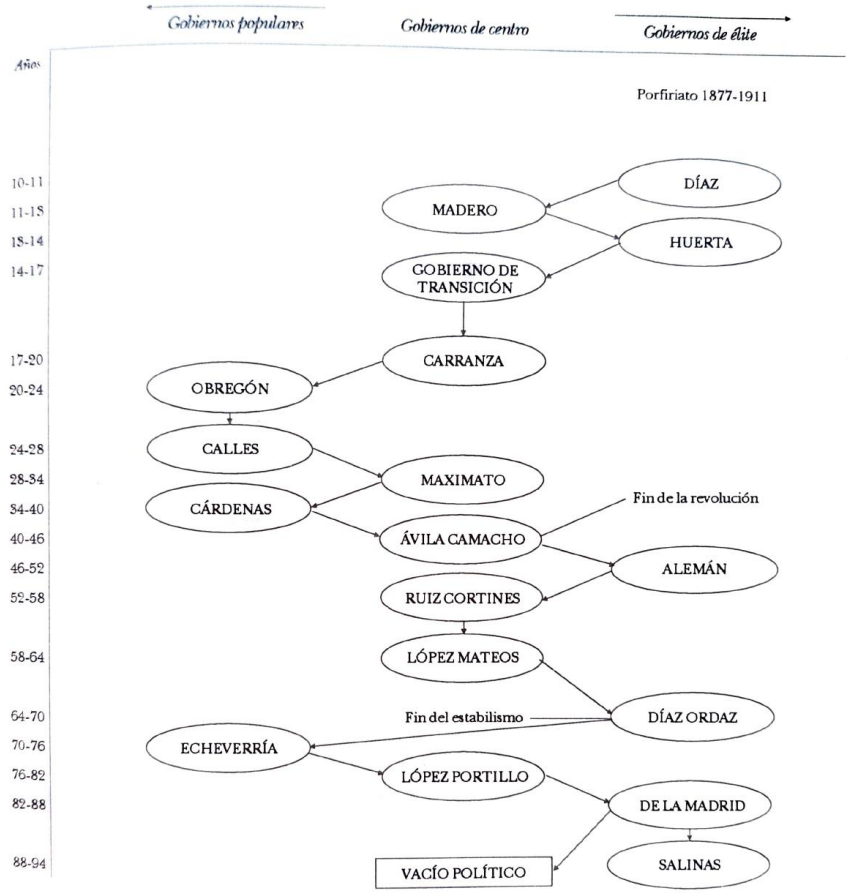
Una diferencia dentro de la pareja Alemán-Salinas es que Alemán inicia una etapa de desarrollo que desembocará en la crisis agrícola de 1965 y en la crisis general de crecimiento de los setenta; a Salinas le tocará administrar las repercusiones de aquella crisis y las ocasionadas por el fracaso de la petrolización lopezportillista de la economía nacional, más la crisis generada por su sistema económico neoliberal o conservador en el contexto de las modificaciones de políticas económicas del exterior. Su administración y la de Miguel De la Madrid podrían denominarse salinato; en tanto que Salinas conduce la política económica delamadridista que desembocará en la que Salinas ejecutará como Presidente.

[3] Los cuadros han sido extraídos de la obra de Guillermo Samperio *¿Por qué Colosio?*, pp. 60-62.

José López Portillo está al centro, en tanto que el manejo de la petrolización le permitió tomar distancia de los grupos financieros mexicanos; se apoyó en una política seudopopulista.

Entre Luis Echeverría, Adolfo López Mateos, Lázaro Cárdenas y Álvaro Obregón hay, en unos casos, diferencias de matiz y, en otros, sustanciales. López Mateos tiende más hacia el conservadurismo que Echeverría, éste más que Obregón y el sonorense más que Cárdenas; de tal suerte que el punto pendular más extremo parece localizarse en Cárdenas y el más débil en López Mateos. Del lado derecho, en los extremos conservadores, se ubican a Díaz, Huerta y Gustavo Díaz Ordaz. En general, como puede observarse, se verifica la teoría del péndulo.

Cuadro B. Péndulo de Guzmán Burgos (*político*)



Fuente: Francisco Burgos, *Archivo.*

El cuadro B, factura del investigador mexicano Francisco Guzmán Burgos[4], ofrece diferencias interesantes respecto de Cornelius y Craig. En principio, cambia la denominación de los puntos extremos del péndulo, llamando gobiernos populares (GP) al progresista; introduce el nombre de gobiernos de centro (GC) y llama gobiernos de élite (GE) al conservador. Parece entender por GP cuando ese gobierno se apoya en algunos sectores sociales; el GE responde al gobierno que es dominado autoritariamente por un grupo de élite cerrado, apoyándose, en principio, en los sectores inversionistas; el GC incorpora elementos tanto del GP como del GE, siendo la ruptura pendular, la mayor preocupación del autor. Es decir, la descompensación del movimiento pendular y, por consecuencia, la prolongación de un solo extremo, de un solo grupo, que deja a los otros en el vacío político; tal es el caso de Obregón, Ruiz Cortines y De la Madrid.

El cuadro C es una interpretación que realiza el propio Samperio a partir del análisis desarrollado por Adolfo Gilly Díaz en su obra *La Revolución Interrumpida*. El esquema no revela caídas libres, pero el movimiento pendular responde a la formación de sistemas autocráticos donde cada extremo busca prolongarse cada vez más de acuerdo con su turno.

La teoría del péndulo resulta muy ilustrativa, pues señala los proyectos políticos de los grupos que llegan al gobierno, aun cuando no menciona la unidad íntegra de la Familia Revolucionaria ni un mecanismo de gobernabilidad en la élite.

Otros autores reflejan en sus investigaciones diferentes mecanismos de análisis, por ejemplo, la estructuración del gobierno y la burocracia como ordenamiento jerárquico de la Familia Revolucionaria. “Los cambios en los mandos políticos no deben oscurecernos la realidad de la situación. El Sistema Político Mexicano –creado en 1929 con la fundación del PNR– ha estado durante 48 años en manos de una Familia Revolucionaria que nunca excede de 2008 miembros”.[5] Los datos que afirmaban esta cifra fueron presentados en el estudio del Dr. Peter Smith[6], de la Universidad de Winsconsin, cuyo análisis sobre el Sistema Político Mexicano abarcaba una longitud temporal de 31 años (1940-1971). Peter Smith clasifica en la “Familia Revolucionaria” a los siguientes funcionarios públicos (según una escala de 1 a 10 puntos, correspondiente a la influencia en la vida política nacional): Presidente de la República, Secretarios de Estado, Jefes de Departamentos Autónomos, Regente Capitalino (recordando que, anteriormente, ésta autoridad era designada por el Presidente), Procuradores Generales y Embajador Mexicano en Washington; con 8

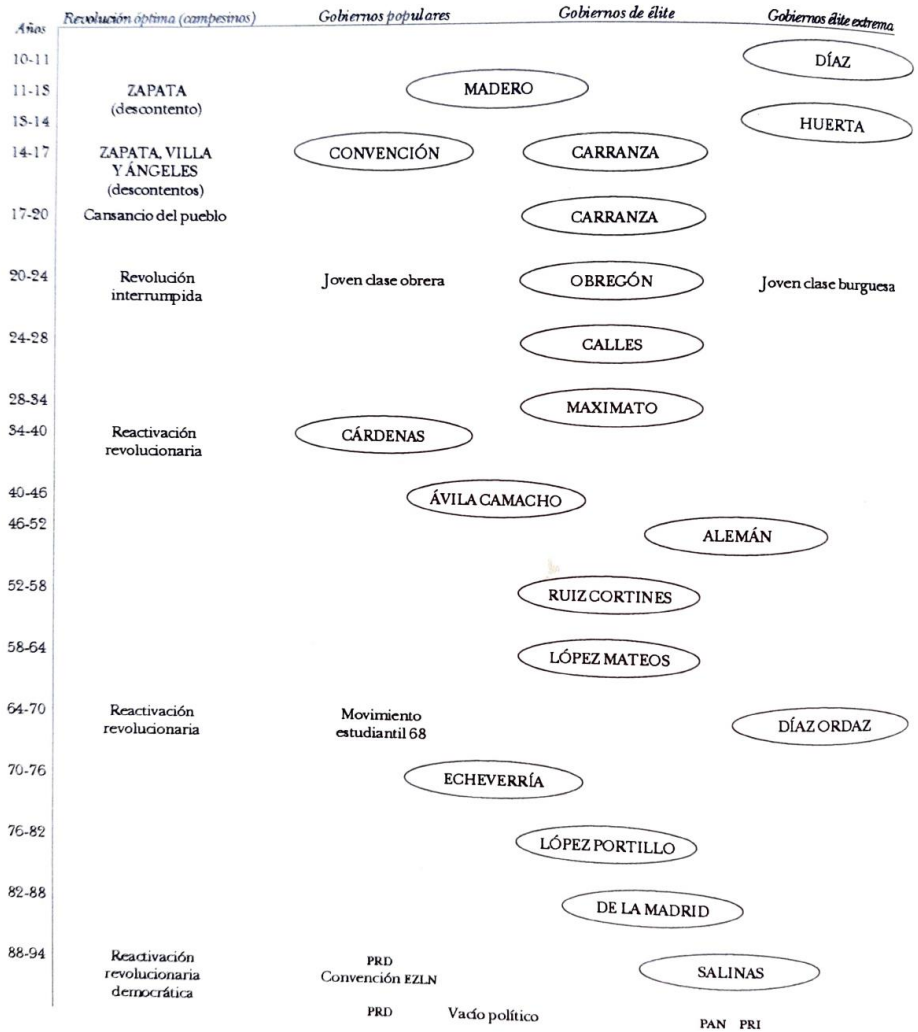
[4] Citado en Samperio, Guillermo, *op. cit*., p. 55.

[5] Smith, Peter H. *Los Laberintos del Poder Político en México*. *El reclutamiento de las élites* políticas*, 1900-1971*, El Colegio de México, México, 1981, p. 21 y 375.

[6] *Ibidem.*, p. 375.

puntos. Presidente del PRI, Directores de empresas descentralizadas y compañías estatales: CFE, FNM, IMSS, ISSSTE, PEMEX, AHMSA, Banco de México, Banrural,

Cuadro C. Péndulo de Gilly



Fuente: Interpretación a partir de Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida,* y de acuerdo con sus posteriores artículos y ensayos. Esquematizado por Guillermo Samperio.

Bansop y Nafinsa; con valor de 7 puntos. Gobernadores de los 10 estados más poblados de la República y CEN del PRI, con 6 puntos. Subsecretarios de Estado, Oficiales

Mayores y Jefes de Estado Mayor del Ejército, con 4 puntos. Senadores, 3 puntos. Gobernadores de otros Estados, 2. Diputados Federales, 1. Y los embajadores mexicanos en Argentina, Brasil, Chile, China, Francia, Alemania, Gran Bretaña, Guatemala, Italia, Japón, Liga de las Naciones, Unión Soviética, España, ONU y otras representaciones importantes, con 0 puntos. La lista completa del Dr. Peter Smith[7] suma los 2008 miembros.

Esta élite se renueva en forma sexenal de acuerdo con las circunstancias, aunque debe aclararse que gran parte de ella constituye una herencia del exPresidente inmediato, que también influye, indirectamente, en los primeros años de su sucesor. Hay que mencionar la relativa importancia que este analista otorga a los proyectos y tendencias políticas pues, como Saúl Álvarez Mosqueda, analiza a la Familia Revolucionaria como un tótem mecánico y sistematizado.

Es necesario considerar también que, atrás o por arriba de alguno de los funcionarios mencionados, existe un grupo político o asociación importante, por ejemplo, la Masonería:

> En la integración de la Familia Revolucionaria, la influencia masónica es incuestionable; y debemos reconocer que, la consolidación del sistema político que en estos tiempos vivimos, se debe, sin duda, a la hegemonía de la masonería, misma que existió entre los oficiales del

[7] El corpus que reunió Smith para su periodo abarca un total de 6,302 nombres; incluyen a los que han ocupado un cargo público de importancia a nivel nacional entre 1900 y 1971: Presidentes (vice Presidentes cuando los hubo), miembros del gabinete, directores de agencias descentralizadas y de empresas estatales, dirigentes del partido gubernamental, gobernadores, senadores, diputados, embajadores.

Según las necesidades del análisis, esta cohorte global se dividió en diferentes subgrupos, principalmente tres: un grupo "pre-revolucionario" que agrupa a los altos funcionarios que participaron en los últimos años del régimen de Díaz, de 1900 a 1911 (610 individuos), una cohorte "revolucionaria" constituida por los poseedores de algún cargo político a nivel nacional entre 1917 y 1940 (2,289 personas), y la cohorte "post-revolucionaria", integrada por los que ocuparon estos puestos entre 1946 y 1971 (2,008 personas). Estas cohortes dividen a la élite en poblaciones de tamaño apreciable y, por lo tanto, permiten completar las observaciones obtenidas a través de comparaciones longitudinales, en el largo plazo, y transversales entre regímenes sucesivos, sobre todo cuando se trata del estudio de los cargos a nivel superior que tienden a ser poco numerosos (fluctúan entre 15 y 66 en cada régimen presidencial), resultando siempre arriesgado calcular sobre tales bases proporciones y porcentajes. Entre 1900 y 1911, 30 personas ocuparon un cargo de nivel superior, entre 1917 y 1940 este número ascendió a 185 y entre 1946 y 1971 volvió a disminuir a 159.

> ejército y varios destacados políticos, los cuales, mediante su filosofía, su organización y sus cuadros de mando, cimentaron las instituciones públicas.[8]

En efecto, se afirma que " la masonería es el ámbito donde grupos de la Familia Revolucionaria encuentran su forma de organización y de compactación, para identificarse y reconocerse, pudiendo programar sus acciones de una manera concertada sin que esto trascienda al público".[9] La masonería mexicana está dividida en tres grandes ritos: el Escocés Antiguo y Aceptado, el de York y el Nacional Mexicano. Todos los Presidentes hasta José López Portillo han sido masones. La masonería en general apoya al gobierno, la mayoría de sus miembros son priistas y hasta hace algunos años la Confederación Masónica Nacional[10] registraba 30 grandes logias en todo el país. Puede desestimarse la influencia de la masonería en los últimos treinta años, ya que su análisis parecería anacrónico y hasta conspirativo; sin embargo, en la conformación del régimen y en su estabilización, la masonería tuvo un gran auge: ningún funcionario del gobierno podía abstenerse de pertenecer a una logia, que si bien podríamos comparar con un club de fútbol, también podría catalogarse como un grupo cohesionado para competir por el poder.

Todo ello supera fácilmente el número de integrantes que define Peter Smith y opaca más el concepto de Familia Revolucionaria.

Dentro del análisis de los componentes de esta Familia, también se propone su composición en tres niveles.[11]

- *Primer nivel*, integrado por el Presidente, los exPresidentes, algunos líderes sindicales. En este nivel, se toman las decisiones por consenso y son seguidas por todos los demás.
- *Segundo nivel,* se conforma con un par de centenares de dirigentes de las finanzas, la industria, el comercio, secretarios de estado, directivos de empresas paraestatales y organizaciones de veteranos, líderes religiosos y profesionistas, incluida la prensa.
- *Tercer nivel,* en la jerarquía de la Familia, sería el correspondiente a la burocracia nacional, tanto en las ramas del Ejecutivo, del Legislativo y del

[8] Hernández Padilla, Remberto, *op. cit*., p. 126.

[9] Álvarez Mosqueda, Saúl, *op. cit*., p. 206.

[10] Chávez, Elías: "Autorretrato de masones", en *Proceso*, no. 84, 12 de julio de 1978, p. 14.

[11] Brandenburg, citado en Ramírez Jácome, Gilberto y Salim Cabrera, Emilio. *La clase política mexicana*, Edamex, México, 1987, p. 73.

> Judicial, como en los representantes de las fuerzas armadas, el partido oficial, la oposición controlada y los representantes de los poderes públicos estatales.

Como podemos observar, la Familia Revolucionaria se constituyó como un mecanismo de unidad y organización sumamente importante para la élite que gobernó México. Sin embargo, caben dos preguntas respecto de un tema tan poco tratado en el país: ¿Es la Familia Revolucionaria más poderosa que el Presidente? ¿Sigue funcionando en armonía y sincronización la mecánica de la Familia Revolucionaria? Saúl Álvarez opina que la Familia Revolucionaria es más poderosa que el Presidente, quien solo es un tetrarca que debe garantizar la supervivencia, tanto de su facción como de las demás:

> La práctica que es la maestra más severa, corrigió el error y el Presidente ha sido, antes que nada, orquestador de los intereses políticos que, por muy arreglados y convenidos que fuesen, tenían que ser conducidos por una mano rectora, evitando las fricciones y los excesos que una u otra facción podrían tener y cometer. Este roce con realidades concretas hace del Presidente de la República un árbitro muy maltratado en situaciones comprometidas, desde el momento en que asume el poder, porque al ceñir la banda presidencial ya lleva una carga de compromisos que tiene que cumplir, diga lo que diga en contrario.[12]

Respecto a la mecánica de la Familia, Álvarez Mosqueda establece que

> [...] las facciones revolucionarias mantienen entre sí, relaciones paritarias de igualdad de derechos políticos, que constituye la amalgama que los mantiene unidos en un bloque común [...] hay una distancia simétrica entre las cuatro ramas fundamentales de la Familia Revolucionaria [...] Cada facción tendrá un número determinado de posiciones de poder, en el gabinete, en todos los niveles. [...] El acomodamiento de los grupos de poder es indestructible e irrenunciable y va inscrito en la dinámica de cada sexenio, de tal modo que también así se presentarán en ascenso paulatino, constante y seguro, los grupos que van a gobernar al país después.[13]

Este autor considera que cada ciclo de 24 años es planeado rígidamente y nadie puede desobedecerlo. Afortunadamente, todo sistema humano es perfectible; los sistemas no pueden ser perfectos para siempre, es una de las virtudes que tiene la política: los

[12] Álvarez Mosqueda, Saúl, *op. cit*., p. 139.

[13] *Ibidem*., pp. 140-166.

problemas de la política como los de la vida, son eternos e irresolubles; ese es el signo de las cosas.

Es imposible dudar de la hegemonía y organización que mantuvo la Familia Revolucionaria a lo largo del tiempo, donde quizá parte de los argumentos de Álvarez Mosqueda sean certeros, aunque es muy difícil aceptar que actualmente se den las mismas circunstancias.

Los análisis de Smith (l979) y Ai Camp (1980) buscan los factores que configuraron a la élite política mexicana, aunque básicamente produjeron directorios o se concentraron en la búsqueda de relaciones formales. Si bien algunas de estas relaciones son importantes, son insuficientes para explicar la complejidad de la red. Identificar la universidad donde fueron reclutados los políticos puede decir mucho sobre la creación de cliqués y su influencia sobre el sistema político, pero no es suficiente para explicar la arquitectura de la red y su cohesión. Los análisis mencionados anteriormente muestran la existencia de una estructura de poder en el sistema político mexicano, pero difícilmente explican su articulación, los factores que le dan solidez y la forma como toma decisiones la élite política, especialmente con referencia a la designación del futuro Presidente.

La excepción parece ser Álvarez, quien menciona la existencia de un acuerdo político para rotar de la presidencia entre cuatro grupos identificados con generales revolucionarios (Carranza, Obregón, Calles y Cárdenas). A través de esta rotación, cada grupo tiene oportunidad de acceder a la presidencia cada 24 años. Esta explicación, aunque muy sugerente, deja muchas preguntas abiertas, por ejemplo, qué tipo de conexión se requiere para incluir al próximo Presidente dentro del gabinete presidencial. Cuestión relevante, porque desde 1929 el candidato del PRI siempre ha sido secretario en el gabinete presidencial. Así como también la identificación de los cuatro grupos fundacionales, ¿qué significa ser callista, obregonista o carrancista hoy?

Para Samuel Schmidt, es posible innovar en el análisis de la élite política en México. De ahí que, conjuntando metodologías matemáticas y sociales, desarrolle lo que ha llamado Análisis Dinámico de la Red de Poder en México. Este análisis de la condición cambiante de la red de poder mexicana toma el centro de la misma, incluye a todos los Presidentes y algunos personajes influyentes, seleccionados a partir de las descripciones aportadas por los propios mandatarios en sus autobiografías o por historiadores y analistas de la política mexicana.

En este núcleo, que incluye a 39 actores, se identifican tres generaciones. La primera estuvo involucrada en la revolución y está estrechamente ligada al ejército revolucionario (Madero, Cárdenas); la segunda aparece alrededor de 1940 teniendo conexiones familiares con la primera (Miguel Alemán); la tercera entra a la red en la década de 1970-80 y tiene relaciones familiares con la segunda generación (Carlos Salinas).

Al analizar la centralidad por medio del índice de poder (*In*) por nodo, que indica un mayor número de conexiones, encontramos que éste es más elevado para aquellos que tuvieron un rol directo durante la revolución de 1910 o para aquellos que tuvieron conexiones con ellos. Conforme pasan los años, éste se va reduciendo. La primera generación controla el sistema político. Todos los Presidentes son generales que crearon sus conexiones durante la revolución. Algunos miembros de la segunda generación (Miguel Alemán) tienen intersecciones entre cliqués[14] y generaciones. En 1940, 19 actores forman 20 cliqués, registrando altos valores en el índice de cliqués. En 1950, la centralidad empieza a moverse hacia la segunda generación. Los miembros de la primera generación todavía tienen elevados valores de índice de poder (Adolfo Ruiz Cortines), aunque la segunda también empieza a registrar elevados valores, como lo demostró Adolfo López Mateos. La red está muy cohesionada.

Ya en 1960, los líderes revolucionarios mueren y los valores de índice de poder empiezan a disminuir. Los valores de la segunda generación se incrementan porque ya están en el poder, aunque la primera generación todavía tiene cierta influencia.

Para 1970, solamente pocos miembros de la primera generación continúan vivos y sus valores de *In* son bajos, mientras que los valores de la segunda generación se continúan incrementando, aunque nunca hasta alcanzar los niveles que tuvo la primera generación. Hipotéticamente, es posible presumir que la red empieza a perder cohesión.

Para 1980, algunos miembros de la tercera generación (Salinas) entran a la red. Se observa un reacomodo de valores, y algunos de los miembros más viejos de la segunda generación (Miguel Alemán) empiezan a registrar una disminución en sus valores *In*, aunque los miembros de la tercera generación no logran alcanzar valores elevados.

Hacia 1990, los viejos políticos han desaparecido y la tercera generación llega al poder. Los valores *In* de los actores que están en la intersección de cliqués y de generaciones son elevados, y los nuevos actores alcanzan altos valores (Carlos Salinas).

El análisis de los cliqués muestra una tendencia similar a la de los nodos. La primera generación tiene una fuerte conectividad que alcanza su clímax en 1950, para luego empezar a declinar. La disminución de los valores en ambos índices muestra una red que pierde cohesión, y esto ayuda a explicar algunos de los eventos dramáticos que sucedieron en México durante los noventa, incluyendo el asesinato político, inestabilidad y triunfos de la oposición, terminando, de hecho, con el orden político cerrado y sólido que impuso la primera generación.

[14] El cliqué representa a un grupo de actores interconectados con diferentes distancias. El número de conexiones que un actor necesita para conectar con otro, es la distancia entre ambos, por lo que el número de las distancias en un cliqué muestra la conectividad. Schmidt, Samuel. "La red de poder mexicana", en revista *Instituciones y desarrollo,*1997, *no. 3.*

Dentro de su complejidad, la red de poder mexicana es una superimposición de redes[15] donde un actor puede participar simultáneamente en varias redes. El tipo de relaciones formulado es inusual. Puede haber casos en que el número de redes sobre-impuestas sea mayor, como podría ser el caso de un ex-gobernador que, además de sus conexiones con las redes nacionales, mantiene sus redes regionales.

Esta red[16] registra una conectividad múltiple que ha permitido un control muy eficaz del conflicto y ha generado un sistema de transmisión del poder estable y con relativamente pocas turbulencias. De esta manera, en México se creó un sistema autoritario con estabilidad. La democracia estaba limitada, pero había competencia interna y una red que incorporaba nuevos actores constantemente. Este sistema pareció agotarse con el paso de los años sin llegar al colapso.

---

[15] La teoría de las redes sociales se basa en la interdependencia entre redes sociales y corrientes de actividad humana. Una red está formada por pares de nodos interconectados por conexiones que representan relaciones formales, informales, sistémicas y organizacionales. El tipo de conexiones que se establecen en la red se traduce en una cierta arquitectura que muestra el flujo de la información y el patrón de las relaciones.

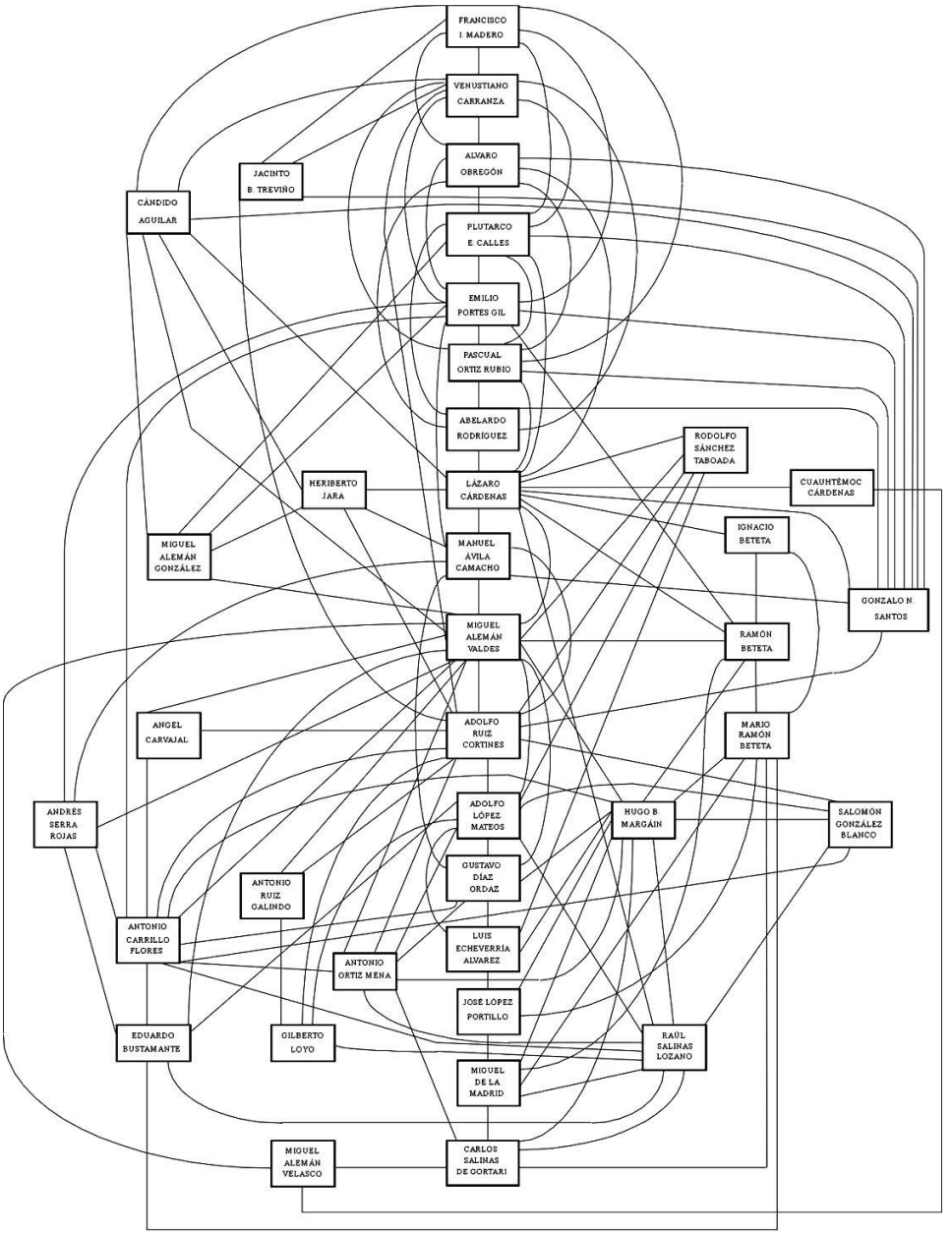
El cliqué representa a un grupo de actores interconectados con diferentes distancias. El número de conexiones que un actor necesita para conectar con otro actor es la distancia entre ambos, por lo que el número de las distancias en un cliqué muestra la conectividad. Los valores de contigüidad muestran el curso entre dos nodos y sus distancias. Una red muy densa refleja una red cohesionada, mostrando una alta concentración de valores.

El análisis del grado de centralización de una red nos ayuda a identificar la cantidad y calidad de las conexiones. Éstas implican disponibilidad y movilización de recursos. Las conexiones entre nodos o actores representan puntos de coincidencia y pertenencia (escuela, deportes, negocios, participación política, etc.), o un interés común (poder político). El tipo de vínculo crea un sentido de pertenencia distintivo que afecta la naturaleza de la red. Los elementos específicos de participación en diferentes actividades, como son grupos políticos, relaciones familiares, escuela, religión, empleo en oficinas de gobierno, etc., pueden determinar el tipo de valores que se transmiten dentro de la red e influir sobre su cohesión.

La influencia que los individuos tienen dentro de la red está determinada por su centralidad. Ésta resulta de la participación, simultánea o a través del tiempo, en varios grupos y el establecimiento de conexiones con otros miembros de la red. Los individuos que se ubican en la intersección de grupos tienen mayor influencia porque se convierten en un nodo central con la capacidad de movilizar recursos. *Ibidem.*

[16] El esquema es extraído de la revista Metapolítica Schmidt, Samuel. "Un análisis dinámico de las redes de poder. El caso de México", en revista *Metapolítica*, no. 7, Vol. 2, México, 1998, p. 427.

La red de poder mexicana 1920-1990



El mecanismo interno de la Familia Revolucionaria resulta difícil de comprender, de ahí la riqueza y pluralidad de los distintos análisis. Sin embargo, hay un elemento común, el de jerarquizar a la élite política en México como la variable que genera estabilidad y orden. Por consecuencia, estudiar y describir los procesos funcionales de las élites contribuye, dentro de la Ciencia Política, al estudio de la gobernabilidad.

Conclusión General

Algunos países castigan su pasado, otros lo entierran en un ataúd. Propongo una tercera vía: la reexaminación del México que fue. Quienes hurgan en el pasado lo hacen motivados por la nobleza o la mezquindad, la revancha o la reconciliación. Entienden que el pasado importa; el ayer pesa, nos alcanza. Existe, sin embargo, un motivo fundamental: la única manera de exorcizar el pasado es entenderlo.

¿Cuál fue el sustento del sistema político mexicano? Las tesis tradicionales señalan al presidencialismo y al partido. ¿Pero qué se encierra detrás del presidencialismo y qué detrás del partido? ¿Qué es lo que entró en crisis para que el funcionamiento eficiente del sistema fuera aniquilado?

El presidencialismo mexicano comenzó, ciertamente, en 1917. Pero el formalismo del presidencialismo fue ineficaz desde el principio. El presidencialismo se consolidó en la medida en que contó con instrumentos que permitieron al Presidente de la República contar con factores reales de poder social; cuando pudo imponer su hegemonía sobre la milicia, los trabajadores y el capital; cuando, además de convertirse en el gobierno de la nación, se convirtió también en árbitro, juez y parte en la lucha política dentro de la sociedad a través de tres instrumentos: el ejército, el partido y la empresa paraestatal.

El ascenso a la presidencia no se basó en el ejercicio de la democracia, sino en la capacidad de los miembros de la Familia Revolucionaria para encumbrar a un líder circunstancial sin oposición real al frente, porque contaron con los instrumentos políticos para lograrlo ante una sociedad desorganizada; esos instrumentos eran los sectores del partido oficial.

La Familia Revolucionaria conformó una clase política con sentido patrimonialista del Estado, que cada seis años presentaba ante la sociedad a uno de sus miembros para su confirmación democrática; por eso fue tan importante la fundación del partido del poder. Los caudillos y caciques de la Revolución que no habían resuelto la negociación interna sobre su propio liderazgo, lo hicieron cuando esa conducción fue subordinada por el camino institucional, de tal manera que una corporación política consagró el poder de todos al mismo tiempo que lo subordinó a un poder central reconocido, fuerte, indiscutible y alternativo.

El partido de la Revolución fue, finalmente, un mecanismo de negociación interna de un grupo de caudillos y caciques que evolucionó hacia la conformación de una clase que se posesionó del Estado con el auxilio de sus factores reales de poder. Así,

encuentra pleno sentido el concepto callista de la Familia Revolucionaria: mediante el partido, todo queda en familia, es en el interior de nuestras propias relaciones donde se resuelve el problema del poder.

Hay que reafirmar la tesis de este trabajo: la pieza central del sistema político posrevolucionario no fue ni el presidencialismo ni el partido, sino la existencia de una clase política, es decir, de un grupo, de una burocracia política que, posesionado del control de algunos de los factores del poder social –la milicia, el capital público y el control de los trabajadores–, ejerció el poder del Estado, entendiéndolo como patrimonio propio y subordinando a la institución presidencial y al partido a los designios de su propia perpetuación. El fenómeno que la sociedad mexicana presenció durante el proceso electoral del 2000 fue justamente la crisis definitiva de este sistema. La crisis de una élite en el poder.

Al momento en que el Presidente (Salinas, Zedillo) despreció a los miembros de su propia clase para decidir sobre la sucesión presidencial, la clase política se dividió y se hundió definitivamente. Como el candidato del poder no era aceptado por la mayoría dentro del partido (Colosio, Labastida), ante su imposición se enfrentaron las diversas fracciones del mismo, dándole al proceso electoral las características que tuvo.

Todo esto tiene una raíz histórica, porque, desde sus orígenes, la clase política no nació homogénea, siempre tuvo diferencias en el aspecto ideológico, en sus diferentes proyectos políticos y formas de gobernar, pero, sobre todo, en el manejo de un sistema de premios, castigos y recompensas que, aunque duró 70 años, se fue debilitando notablemente. En su interior se han manifestado siempre diversas concepciones sobre el camino y la forma de gobernar el país.

El maximato fue la expresión inicial de esos momentos de conflicto. Finalmente, liberales y radicales cedieron bajo aquel que, parecía, lograba una buena síntesis nacional. Lázaro Cárdenas encabezó, temporalmente, a la familia revolucionaria, pero al hacerlo, perpetuó el conflicto.

Nada extraña que los grandes conflictos electorales de la época posrevolucionaria, es decir, los posteriores a la culminación de la revolución con la expropiación petrolera, fueran conflictos entre facciones de la Familia Revolucionaria. Juan Andrew Almazán frente a Manuel Ávila Camacho, Miguel Henríquez Guzmán frente a Adolfo Ruiz Cortines, Cuauhtémoc Cárdenas frente a Carlos Salinas de Gortari, Roberto Madrazo frente a Francisco Labastida.

Es posible, entonces, ampliar la tesis. La Revolución Mexicana todavía no se resuelve a sí misma. Siguen presentes las luchas entre sus diversas concepciones, aunque hayan evolucionado a lo largo de los años. El hecho de que el partido en el poder absorbió la lucha política, monopolizándola a favor de la Familia Revolucionaria, introdujo en su seno la contradicción. Todos los proyectos

revolucionarios originales están vigentes, aun cuando, en su oportunidad, ninguno se consolidó como proyecto nacional único.

Haciendo un replanteamiento de las etapas de la revolución a partir de los elementos centrales de los diversos proyectos, podemos señalar los conflictos. Comenzaron Obregón y Calles (1921-1928), con su orientación liberal; se enfrentaron todas las corrientes durante el Maximato (1928-1934) y todos los puntos de vista se expresaron en la cooperación conflictiva no antagónica; el populismo cardenista, con su preocupación por la suerte de las clases populares, gobernó un sexenio (1934-1940); ante la reacción que provocaron sus reformas, que llevaron a sus últimas consecuencias las tesis sociales de la Constitución y, por lo tanto, llevaron a su clímax la Revolución, vino una etapa de conciliación (1940-1958); administrada por los veracruzanos, en su proyecto centrista las dos corrientes básicas tuvieron cabida; los liberales retornaron al poder con López Mateos y lo ejercieron condicionados por los efectos de la conciliación alcanzada por sus antecesores (1958-1970); un radical, Echeverría, pretendió reorientar totalmente el proceso (1970-1976); a él siguió un hombre pragmático, básicamente liberal, pero casi exento de ideología y con raíces criollas (1976-1982); provocó la gran crisis y los liberales recobraron otra vez el poder (1982) y replantearon el proyecto de desarrollo económico. Militares, partidistas, burócratas y tecnócratas son fracciones de la clase política que encarnan al mismo tiempo diversas etapas y diversas relaciones, incluso de carácter familiar, dentro de la vieja Familia Revolucionaria.

Con sus artes administrativas, los tecnócratas se quedaron con el poder. Desplazaron del poder a quienes tienen la herencia de aquellos que tuvieron el mérito del triunfo militar (Cuauhtémoc Cárdenas), los que heredaron el mérito de la construcción del partido hegemónico (Manuel Bartlett), los que recibieron el mérito de la subordinación de los trabajadores y del capital (Alfredo del Mazo). Y todos estos reprochan a los tecnócratas que, en la decisión para la sucesión presidencial de 1988 y 1994, ni siquiera se dignaron considerarlos.

En el fondo, fue la evolución de la economía entre 1968 y 1982 la que trajo como consecuencia la quiebra de la unidad de la clase política. Ante la crisis del modelo de desarrollo al principio de los setenta, la fracción en el poder demostró no tener proyecto alternativo que mantuviera el crecimiento económico sostenido y estable. Frente la abundancia de recursos que, provenientes de la propia economía nacional y del exterior circularon por el aparato gubernamental, la clase política demostró su incapacidad para actuar con honradez y cayó en la más evidente corrupción. Ante el advenimiento de un proceso inflacionario que mermó rápidamente la capacidad productiva de la sociedad y con ella el flujo de recursos fiscales hacia el aparato de gobierno, demostró ineficiencia en el manejo de las empresas públicas y en el cumplimiento de las atribuciones gubernamentales. Finalmente, durante esos doce años de crisis, la fracción

burocrática logró poner en entredicho la capacidad del Estado para regir la economía y para ejercer la tutela sobre las clases trabajadoras e incrementar su bienestar.

Los populistas, inclinados al estatismo, tuvieron que ceder el espacio a los liberales, encabezados esta vez por la tecnocracia. Durante el sexenio 1982-1988, esta fracción de la clase política intentó demostrar que tiene un proyecto alternativo, que puede llevar adelante una renovación moral y que es más eficiente en el manejo de los recursos públicos que sus antecesores. Pero en buena parte fue eso lo que la enfrentó con las otras fracciones de la clase política, en la medida en que el adelgazamiento del Estado significa el debilitamiento y exclusión de los viejos usufructuarios del poder, quienes pierden control sobre los recursos públicos y quienes pierden sus privilegios. Esta situación reavivó la lucha entre los proyectos.

La tecnocracia buscó sus alianzas entre las altas clases medias y la clase del capital, a la cual necesitaba urgentemente para recuperar el crecimiento económico y demostrar la viabilidad de su proyecto. La burocracia y los sectores del partido intentaron cerrar sus filas para defender sus organizaciones y sus intereses ante la embestida liberal.

Con base en las consideraciones anteriores parece claro que los tecnócratas vienen cumpliendo, dentro de las élites dirigentes, una importante función de amalgama, de producción de visiones y creencias congruentes y, más específicamente, de alegatos de políticas públicas que contribuyen a la formación de un conjunto de consensos básicos que aparece en el centro de todo paradigma de gobernabilidad hegemónico.

Aquí, es posible encontrar la explicación a muchos de los comportamientos de los miembros de las diversas fracciones de la clase política durante el proceso electoral del 2000. Éste representó la crisis más severa del sistema político mexicano. La clase política dividida y enfrentada, poniendo en entredicho a sus dos principales instituciones, el partido y el presidencialismo. Es esta crisis, la de una clase en el poder, lo que abrió las puertas a la posibilidad de la democracia en México.

La unidad de la élite política que representó el autoritarismo mexicano no es saludable en un sistema democrático.[1] Erosionados los anteriores poderes, hoy México

[1] El primer autor en plantear la incompatibilidad entre una democracia y la existencia de una poderosa élite fue Barrington Moore. Moore se interesó en las transiciones desde sociedades agrarias a sociedades modernas, y el papel desempeñado en ellas por las clases agrarias, para explicar tres resultados políticos distintos: las democracias burguesas (Inglaterra, Francia y Estados Unidos), el fascismo (Alemania y Japón), y el comunismo (China y la URSS). De su estudio se desprende que solo en aquellos casos donde la élite no desempeñó un papel protagonista en la transición hacia la modernidad, solo allí donde ésta resultó debilitada por el proceso mismo de modernización, se pudo alcanzar un resultado democrático. Ahora bien, si esa idea aparece como una conclusión clara de su estudio, Moore no explica por qué es necesario un debilitamiento, una erosión del poder de la élite agraria para que pueda emerger

tiene un régimen más acotado que el conocido en las décadas de estabilidad[2] de su sistema político; sin embargo, ante una historia de concentración del poder, necesitaremos un periodo de ajuste para que su dispersión no se traduzca en ingobernabilidad.

Durante décadas, la estabilidad y la eficacia de los gobiernos se dieron por sentadas, al grado que llegaron a asumirse como condiciones naturales, invariables. El régimen surgido en 1929 fue muchas cosas, pero, en esencia, luego de sus primeros años, no fue inestable e ineficaz. Hoy, la estabilidad y la eficacia han dejado de ser una certeza, un supuesto dado, y la democracia, superando resistencias y dificultades, ha acabado por emerger. El país cambió; sin embargo, las transiciones a la democracia no entrañan necesariamente su eficacia y su consolidación: una cosa es arribar a la democracia y otra es construir un entramado institucional sólido y funcional que asegure la estabilidad del régimen democrático.

El PRI estrena nueva posición y requerirá de grandes dosis de fuerza de adaptación y renovación política para hacer frente a la perentoria pérdida de poder, una incógnita que levanta grandes preocupaciones. No es aventurado indicar que la élite política mexicana en esta etapa de asentamiento del régimen democrático ha carecido de un comportamiento ejemplar: la pugna interminable de la élite priísta es mucho más complicada y resulta la fuente principal de inestabilidad en los últimos años.

Después de acumular enormes poderes, la élite ha visto disminuidas sus facultades y campos de acción y el poder político se ha dispersado en un esquema más acorde

---

la democracia. En otras palabras, Moore no explica qué es lo que hace difícilmente compatible la existencia de una poderosa élite con la democracia. De la observación de sus casos, sencillamente asume que la eliminación o el debilitamiento de la oligarquía se convierte en una condición necesaria de la ruta democrática hacia la modernidad. Cfr. Moore, Barrington: *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, UNAM, México, 1989.

[2] México ha sido estudiado de manera especial por haber sido gobernado a lo largo de 70 años por un mismo partido. En este estudio se hizo patente la estabilidad del país. Dicho elemento inusual en las naciones autoritarias se debió a la interacción de 6 variables:

1) La naturaleza institucional del sistema del sistema de partido;
2) La efectividad del sistema en haber conseguido un rápido crecimiento económico;
3) La adaptabilidad del régimen a presiones emergente;
4) La cohesión de la élite;
5) El buen juicio sobre el aspecto coercitivo (buen uso de la fuerza);
6) La vecindad con los Estados Unidos.

con la democracia. Los supuestos de la dominación que se han debilitado se enlistan a continuación.

a) Debilitamiento de la lealtad y disciplina incuestionables de la Familia Revolucionaria. Desde 1988 existe una mayor dificultad para mantener la disciplina y unidad dentro del PRI. La razón de ello está en que la lealtad, disciplina y unidad estuvieron basadas fundamentalmente en el poder de nombramiento del Ejecutivo en relación tanto a la estructura administrativa como a la partidaria, en su poder de selección de los candidatos a los puestos de elección, y en la garantía de que, una vez nominados, estos candidatos obtendrían el puesto de elección. La ruta de control sustentada en la posesión priista del Ejecutivo, daba margen a un sistema de lealtades, disciplinas y recompensas

b) Debilitamiento de la conducción política del sistema, derivado de la redefinición de los espacios de decisión y del aumento de choques entre élites.

c) Modificación de los códigos de relación entre la élite política priísta del país, lo que significó reacción beligerante de los sectores desplazados y supresión de límites para estas élites regionales.

d) Incremento, en volumen y velocidad de apertura política por parte de los anteriormente considerados partidos de oposición.

México transita de una red de poder cohesionada y con conexiones múltiples que controlaba las instituciones y procesos fundamentales del sistema político, a un sistema donde existen varias redes de poder que compiten entre sí.

Al contrario de lo que sucedió en las últimas décadas, cuando la élite se centralizaba, ahora hay élites regionales que configuran élites nacionales, aunque con menor eficacia. Mientras este sistema se acomoda adecuadamente, es muy posible que se incrementen las tensiones y que el sistema se vea sacudido por la turbulencia. Pero, paradójicamente, la alternancia política que frustró a muchos puede ser la salvación del nuevo sistema político ya que, entre otras cosas, ha fomentado la imagen de que el cambio político es posible y ha ampliado el regimiento de políticos que ganan más preservando el sistema democrático que apostando por un cambio muy drástico.

Posiblemente nunca se duplique una clase política como la que analizamos en este trabajo, pero hipotéticamente podría considerarse que su reemplazo por diversas élites, cuyos objetivos son mantener el sistema, le aporta a México la estabilidad política,

entendida como "la predecible capacidad del sistema de durar en el tiempo".[3] Es obvio que se podría considerar la hipótesis contraria: el conflicto entre élites antagónicas sin una cultura de alianzas y coaliciones podría llevar al sistema al punto de rompimiento, generando un nivel de conflicto y turbulencia. Pero esa cultura existe, el suceso de 1929 representa una lección histórica para salvaguardar los distintos intereses faccionistas y mantener el sistema. Ello representa el aprendizaje político[4] más significativo de la clase política mexicana.

[3] Morlino, Leonardo: "Estabilidad política", en Bobbio, Norberto, et. al. *Diccionario de política*, Siglo XXI, a-j, México, 1997, p. 533.

[4] El concepto de Aprendizaje Político está basado en la premisa de que las opiniones y creencias de la gente no son permanentes. El aprendizaje ocurre cuando las creencias individuales sobre las metas de la política o los medios óptimos para alcanzarla son modificadas como resultado de serias crisis, frustraciones y dramáticos cambios de ambiente. Las crisis, así como las estrategias fallidas, empujan a la gente a revalorizar sus ideas sobre tácticas, aliados, enemigos, partidos políticos e instituciones, para buscar nuevos elementos que permitan solucionar sus problemas. En este sentido, las fallas y las experiencias negativas pueden producir cambios de creencias, actitudes y metas. Además, la conciencia de posibles conflictos, inducidos por recuerdos del pasado, puede también compeler a las élites a tomar medidas importantes para prevenir los enfrentamientos políticos radicales.

Fuentes

Aceituno, Rafael: "Entré a la historia: Muñoz Ledo", en *Siempre!*, no. 2301, 24 de julio de 1997.

_____ "Juegos de Guerra", en *Siempre!,* no. 2300, 17 de julio de 1997.

Aguilar, Héctor y Meyer, Lorenzo. *A la sombra de la Revolución Mexicana*, Cal y Arena, México, 1989.

Agustín Ramírez, José. *Tragicomedia Mexicana*, vol. 2, Planeta, México, 1994.

_____ *Tragicomedia Mexicana*, vol. 3, Planeta, México, 1998.

Álvarez Mosqueda, Saúl. *Alta Política*, Ómnibus, México, 1985.

Barbosa, Raúl. *El Grupo Compacto*, Planeta, México, 1994.

Bobbio, Norberto, et. al. *Diccionario de política*, Siglo XXI, a-j, México, 1997.

Basáñez, Miguel. *El pulso de los sexenios,* Siglo XXI, México, 1996.

Beltrán del Río, Pascal: "Womack identificó a los integrantes de la nomenklatura mexicana satanizada por Salinas", en *Proceso*, no. 1150, 15 de noviembre de 1998.

Brachet-Márquez, Viviane. *El Pacto de Dominación,* El Colegio de México, México, 1996.

Caballero, Genoveva y Estrada, Eduardo. "Camacho: El Turbulento", en *Contenido*, no. 386, agosto, 1995.

Caballero, Sergio, nota periodística en *Reforma*, 17 de junio de 1998.

Cabrera Parra, José. *Díaz Ordaz y el 68*, Grijalbo, México, 1982.

Camacho Solís, Manuel. "El Poder: Estado o Feudos Políticos", en revista *Foro Internacional*. El Colegio de México, Enero-Marzo de 1974.

_____ "Los Nudos Históricos del Sistema Político Mexicano", en revista *Foro Internacional*, El Colegio de México, Abril-Junio de 1977.

Cansino, César. *La Transición Mexicana 1977-2000*, CEPCOM, México, 2000.

Castro, Pedro. *La integridad como arma de la revolución*, UAM, México, 1998.

Vida de los Gobernantes. Extra! *Contenido*, tomo IV, México, 1996.

Cepeda Neri, Álvaro: "Van por la presidencia", en *Siempre !*, no. 2328, 29 de enero de 1998.

Cordera, Rolando. *La disputa por la nación*, Siglo XXI, México, 1988.

Cumberlan C., Charles. *Los años Constitucionalistas*, FCE, México, 1975.

Chávez, Elías: "Autorretrato de masones", en *Proceso*, no. 84, 12 de julio de 1978.

Díaz Abrego, Carlos. *El PRI ante el cambio político en México*, U. Complutense, España, 1991.

Garza, Ramón Alberto, "Entrevista a Carlos Salinas de Gortari", en *Reforma*, México, enero de 1997.

Hernández Padilla, Remberto. *Historia de la Política Mexicana*, EDAMEX, México, 1995.

Hernández Rodríguez, Rogelio: "La división de la élite política mexicana", en *México: auge, crisis y ajuste*, Vol. 3, FCE, México, 1992.

Krauze, Enrique. *La presidencia imperial*, Tusquets, México, 1997.

_____ *Lázaro Cárdenas. General Misionero*, Colección Biografías del Poder, no. 8, FCE, México, 1995.

Lindau, Juan D. *Los Tecnócratas y la Elite Gobernante en México*, Joaquín Motriz, México, 1992.

López Portillo, José Ramón: "Nacionalistas Vs. Neoliberales", en *Nexos*, México, No. 260, agosto, 1999.

"El Poder en México. Cuestión de Camarillas". Sinopsis del Libro de Roderic Ai Camp, del mismo título, *Proceso*, no. 997, 11 de diciembre de 1995.

López Villafañe, Víctor. *La formación del Sistema Político Mexicano*, Siglo XXI, México, 1986.

Martínez Assad, Carlos. *El laboratorio de la revolución*, Siglo XXI, México, 1979.

_____ *Los rebeldes vencidos.* FCE, México, 1990.

Martínez, José. *Las enseñanzas del profesor*, Océano, México, 1999.

Matute, Álvaro. *La carrera del caudillo*, Colección Historia de la revolución mexicana, tomo 8, El Colegio de México, México, 1980.

Medina Peña, Luis. *Hacia el nuevo Estado. México, 1920-1994*, FCE, México, 2000.

Medina, Luis. *Del cardenismo al Ávilacamachismo*, Colección Historia de la revolución mexicana, tomo 18, El Colegio de México, México, 1996.

Medina Viedas, Jorge. *Elites y Democracia en México*, Cal y arena, México, 1998.

Moncada, Carlos. "Nació el Grupo Atlacomulco", en *Impacto*, No. 1778, marzo 29, 1984

Monge, Raúl: " El Grupo del Estado de México", en *Proceso*, no. 1065, 30 de marzo de 1997.

Morales Camarena, Francisco. *La Tecnocracia en México*, Colegio Nacional de Ciencia Política, México, 1994.

Necoechea y Martínez: *Panorama Político Contemporáneo de Fin de Siglo*, Tesis Profesional, UPAEP, Puebla, 1997

Oppenheimer, Andrés. *México: en la frontera del caos*, Javier Vergara, México, 1996.

Pazos, Luis. *¿Por qué Chiapas?*, Diana, México, 1994.

Et. al. *Autonomía Univesitaria*, UPAEP, México, 1991.

Plasencia de la Parra, Enrique. *Personajes y Escenarios de la Rebelión Delahuertista*, Porrúa, México, 1998.

Poniatowska, Elena. *La noche de Tlatelolco*, Era, México, 1971.

Ramírez Jácome, Gilberto y Salim Cabrera, Emilio. *La clase política mexicana*, Edamex, México, 1987.

Ravines, Eudocio. *América Latina: continente en erupción*, Claridad, Argentina, 1956.

Salinas de Gortari, Carlos. *México: Un paso difícil a la modernidad*, Plaza y Janes, México, 2000.

Riding, Alan. *Vecinos* distantes, Joaquín Mortíz-Planeta, México, 1985.

Samperio, Guillermo. *¿Por qué Colosio?*, Océano, México, 1995.

Scherer García, Julio y Monsiváis, Carlos. *Parte de guerra*, Nuevo Siglo, México, 1999.

Schmidt, Samuel, et. al. "Un análisis dinámico de las redes de poder. El caso de México", en revista *Metapolítica*, N° 7, Volumen II, México, 1998.

Smith, Peter. *Los laberintos del poder: El reclutamiento de las élites políticas, 1900-1971*, El Colegio de México, México, 1981.

Schmidt, Samuel. "La red de poder mexicana", en revista *Instituciones y desarrollo, no. 3*, 1997.

Tello, Carlos. *La Política Económica en México 1970-1976*, Siglo XXI, México, 1993.

Tello, Carlos y Cordera, Rolando (coords.). *La desigualdad en México*, Siglo XXI, México, 1984.

Urrutia Castro, Manuel. *Trampa en Tlatelolco*, Era, México, 1969.

Unidad de Análisis Prospectivo "El Financiero". *Sucesión Pactada. La ingeniería política del Salinismo*, Plaza y Valdés, México, 1993.

Villamil, Jenaro. *Ruptura en la Cúpula*, Plaza y Valdés, México, 1995.

Zaid, Gabriel. *La Economía Presidencial*, Contenido-Grijalbo, México, 1992.

Zaid, Gabriel. *Adiós al PRI*, Océano, México, 1995.

El cuidado de la obra estuvo a cargo de Montiel & Soriano Editores S.A. de C. V. El tamaño del archivo es de 3.3 MB

¿Ha muerto la Familia Revolucionaria?, ¿Quién nos gobierna?, ¿Cómo se integra, actualmente, la clase política en México? El triunfo de Andrés Manuel López Obrador significó el retorno del Nacionalismo Revolucionario, es decir, el principal rasgo ideológico del antiguo Partido Revolucionario Institucional (PRI) y retórica del modelo hegemónico de dominación presidencialista en la mayor parte del siglo XX mexicano. AMLO tiene rasgos de una camarilla política singular que fue protagonista en la disputa por el modelo económico nacional y resultó señalada por Carlos Salinas de Gortari como la vertiente principal de la nomenklatura que impedía la modernización neoliberal.

¿Subsiste la Familia Revolucionaria en el Movimiento de Regeneración Nacional y la Cuarta Transformación? A diferencia de otras transiciones modernizadoras, en el caso mexicano, la clase política del antiguo régimen no desapareció; al contrario, el PRI ha sido la matriz de miembros y militantes para la mayor parte de institutos partidistas en las décadas que caracterizan a la democratización mexicana. El transfuguismo ha permitido que priistas y expriistas sean protagonistas en la competencia electoral a todos los niveles.

Analizar los rasgos y perfiles de la Familia Revolucionaria, así como la red de poder en México, es un ejercicio importante para reflexionar sobre la política contemporánea y las posibilidades verdaderas de la democracia en nuestro país. El estudio de la élite que constituyó el núcleo del extinto Partido Oficial permitirá entender los linajes, facciones, camarillas, cacicazgos y personalismos que se han adaptado a la modernización democrática y continúan incorporando una cohorte de poder que el estudio histórico, las ciencias sociales y la opinión pública tienen que recuperar.

Montiel & Soriano
EDITORES

9 786078 728466

creative commons
LICENCIA CREATIVE COMMONS